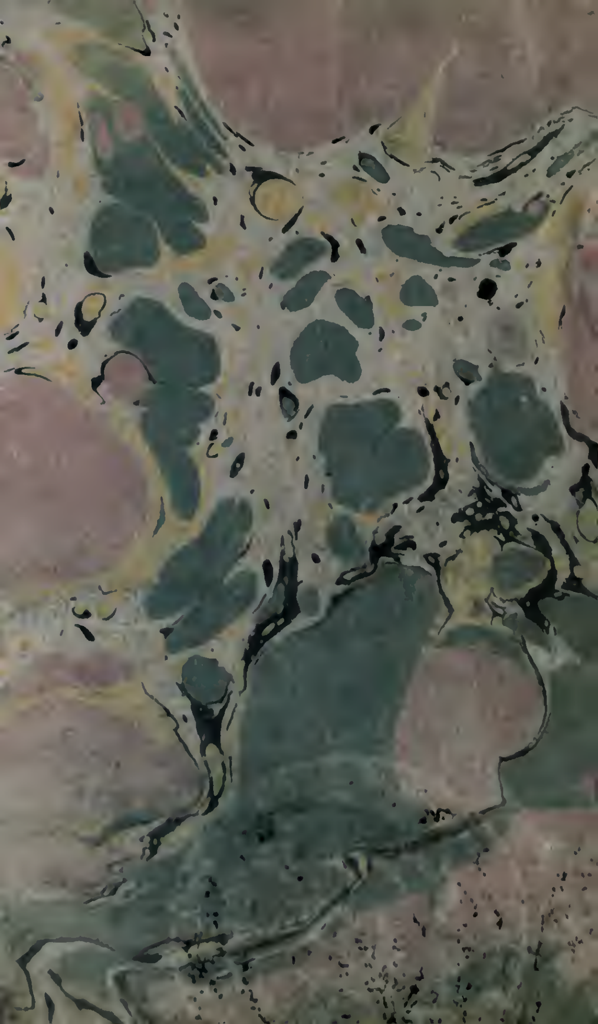
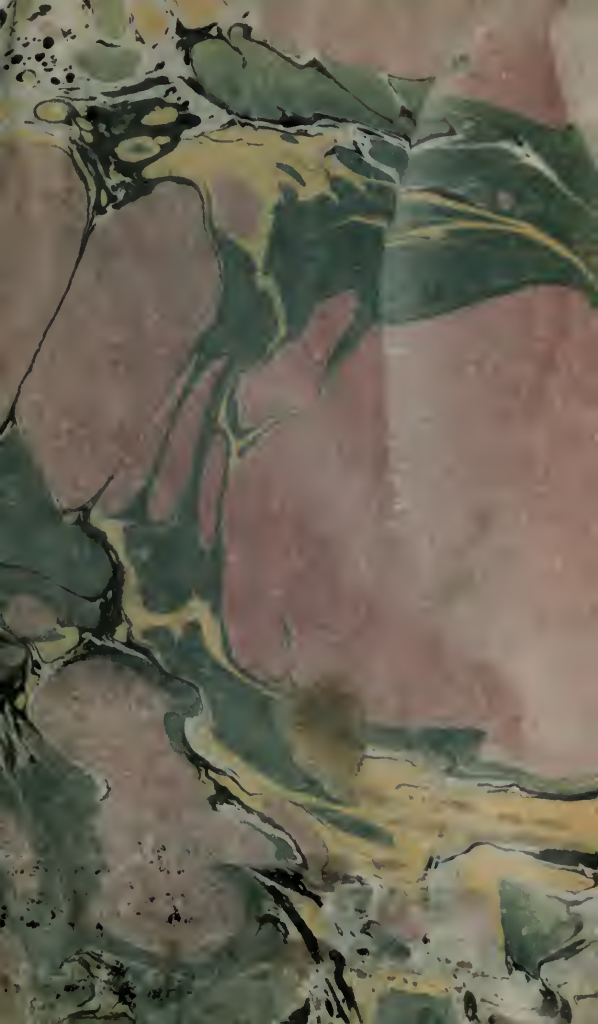






THEATRO HESPAÑOL

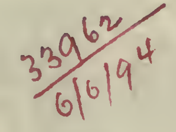
POR DON VICENTE GARCIA
DE LA HUERTA.

[Vol. 4]

PARTE PRIMERA.

COMEDIAS DE FIGURÓN.

TOMO IIII.



CON LICENCIA EN MADRID
EN LA IMPRENTA REAL
MDCCLXXXV.

EL HONOR
DA ENTENDIMIENTO,

Y

EL MAS BOBO SABE MAS,

COMEDIA

DE DON JOSEPH DE CAÑIZARES.

El mas necio sabe mas,
en lo que á su asunto toca:
que la honra dá entendimiento. Jorn. III.

ARGUMENTO.

Don Pedro de Utrera, Caballero de Granada, tenia ajustado el casamiento de su hija Doña Leonor con Don Lorenzo de Maqueda, tan falto de entendimiento, que nunca pudo alcanzar la menor instruccion á pesar de las diligencias y maestros que le destinó su padre para este fin.

Amaba de antes Doña Leonor á un Caballero llamado Don Henrique, por cuya repentina ausencia, y porque en dos años que duró, no la habia escrito estaba zelosa, creyendo la hubiese olbidado por otra dama, fundandose en noticias poco seguras y exáctas.

Vuelve Don Henrique á Granada al tiempo, en que estaba para efectuarse la boda: y entrando en casa de Doña Leonor, descubre en ella á su hermana Doña Inés, que huyendo de él, se habia disfrazado, y con el nombre de Dorotéa servia á Doña Leonor, la qual, engañada, con haberla asegurado Doña Inés,

que era la dama que Don Henrique perseguia, sin declararla, que era su hermana, se despecha y resuelve, casarse con Don Lorenzo.

Casada Doña Leonor, revela Dorotéa á su Ama ser ella Doña Inés, y ser su hermano Don Henrique, igualmente que la causa de huir de su hermano, que la perseguia, por haberla hallado hablando con su amante Don Felix, que estaba ya en aquel tiempo en la misma Ciudad. El disgusto de Doña Leonor con su casamiento desgraciado, la asiduidad de Don Henrique en la casa de Don Pedro, tanto por ver á Doña Leonor, quanto por averiguar, si estaba alli su hermana, el empeño de Doña Isabél, prima de Doña Leonor, en atraher á Don Henrique á su voluntad, él acecho continuo de Don Felix, por ver á Doña Inés, y un papel amoroso de ésta, dirigido á aquel, pero escrito á sus instancias de letra de Doña Leonor dan motivo á várius lances, y á las sospechas de los padres de los novios, poco favorables al honor y recato de ella: pero Don Lorenzo constante, en juzgar bien de su muger, averigua la verdad, por medio de

Doña Inés ó Dorotéa, y descubriendo la inocencia de su esposa, se burla de los viejos, verificandose asi, que el honor da entendimiento.

PERSONAS.

DON HENRIQUE DE GUEVARA.

DOÑA INES *su hermana.*

DON SANCHO DE MAQUEDA.

DON LORENZO *su hijo.*

DON PEDRO DE UTRERA.

DOÑA LEONOR *su hija.*

DOÑA ISABEL *su sobrina.*

DON FELIX DE TOLEDO.

JUANA, *criada.*

ESPARABAN.

MARTIN.

UN MAESTRO *de leer.*

UN MAESTRO *de esgrima.*

Tres hombres.

Música.



EL HONOR DA ENTENDIMIENTO, Y EL MAS BOBO SABE MAS.

JORADA PRIMERA.

Salen Doña Leonor, Doña Isabél y Juana.

D. LEONOR.

¿Qué dices, Juana?

JUANA.

Que es él.

D. LEONOR.

¡Don Henriqué!

D. ISABEL.

Yo le ví;
que á la ventana salí.

D. LEONOR.

Fuerte mal! ¡Lance cruel!
Anda, detenle; anda aprisa.

JUANA.

Yo no le podré la puerta
cerrar, pues viendola abierta,
querer, que no se entre, es risa.

D. LEONOR.

Pues yo podré huir; que no
tengo ánimo, de hablarle.

D. ISABEL.

Tente: yo saldré, á encontrarle.

Salen Don Henrique y Martin de camino.

D. HENRIQUE.

Felíz mil veces, quien vió
del alcazar celestial,
adonde habita su bien,
franca la entrada.

D. ISABEL.

Por quien
el que entráre, entrará mal.
Y asi, no paseis de aqui.

MARTIN.

A Dios: mudanza infalible.

D. HENRIQUE.

Bella Isabél, ¡ es posible,
que eso se me dice á mí!
¿Quando á mí se me negó
la dicha, que hallo y que dúdo?
¿Quién dar un precepto pudo
tan contra mi vida?

D. LEONOR.

Yo.

D. HENRIQUE.

¡Vos! No me espanto, de vér
desayrada mi esperanza;
que en mi ausencia en vos mudanza,
es cumplir, siendo mujer.
Yo me engañé; perdonad;
que pues muerto en vos estoy,
á morir á todos voy.
Dadme licencia.

D. LEONOR.

Esperad.

MARTIN.

No ha de esperar; ni es razon.
Despues de vernos hundidos,
venidos y ahun revenidos,
mas que en Septiembre el turron,
salir con una quimera,
es muy grande porquería.
¿Y tú, hermosa Juana mia?

JUANA.

Hermano, por la otra hacera.

MARTIN.

¿Tambien estás demudada?

JUANA.

No extraña, pero indecisa.

MARTIN.

Asi fuera de camisa
y ahun de pellejo, taymada.

D. LEONOR.

Quien os oyere, señor
Don Enrique de Guevara,
disculpando vuestra ausencia,
encarecer mi mudanza,
á vos os tendrá por fino,
y á mí me culpará ingrata.
Seis años me habeis servido.
Sí con expresiones raras
de sencilla fé, las voces,
los billetes y las ansias
de vuestro encarecimiento
lo dixeran, si no halláran,
que, con sus obras, de infieles
su mismo dueño las tacha.
Yo, que nací roca expuesta
de amor á las asechanzas,
os ví, os oí, y me rendí.
Culpa fué; pero engañada,
es culpa, en que hoy en el mundo

hay muy pocas, que no caygan.
Digalo yo, que despues
de franquearos la esperanza,
que á nadie dí, continué
las veras, con que os amaba,
hasta que, sin saber cómo,
por que razon ó que causa,
sin despediros de mí,
faltasteis de vuestra casa.
No es eso lo mas; sino es,
que esta, ó locura, ó mudanza
continuada en vos dos años,
ni un aviso ni una carta
os debió mi amor; y quando
triste, sola y despechada,
por los vuestros saber quise,
qué haciais, y adónde estabais:
supe, que andabais en busca
de una bellísima Dama.
Y asi, porque no es razon,
despues de ausencia tan larga,
que sobras de otras finezas
querais conmigo gastarlas,
idos con Dios, Don Enrique;
que no quiero, os hagan falta
para cartas amorosas,
que os merecerá esa Dama,
y que yo no os merecí,
las frases extraordinarias,

las voces encarecidas
y las ardientes palabras,
que gastais, en persuadirme,
lo que yá sé. Vamos, Juana.

D. HENRIQUE.

Oye, espera.

D. LEONOR.

No hay, que espére.

D. HENRIQUE.

Darasme motivo, á que haga
un desatino, si no oyes
mi disculpa.

D. LEONOR.

Ahunque la hallárais,
viene tarde, Don Henrique,
despues de tibiezas tantas.

D. HENRIQUE.

Ahunque sea tarde, si yo
tu juicio desengañára,
vieras mi razon, y vieras,
que no es culpa; y és desgracia;
la que me ha hecho padecer
tu enojo.

D. LEONOR.

Y ahun no bastára.

D. HENRIQUE.

¿Por qué?

D. LEONOR.

Porque soy, quien soy:

Sufrí, esperé contrastada
de mi padre y mis parientes;
y, como dió tu tardanza
motivo, á qué se creyese
tu muerte, buscaron traza,
de darme esposo mis padres.
He dado mi fé, y palabra
de obedecer á los mios:
no es posible, quebrantarla.
Si tú has tenido la culpa,
tú allá contigo te habla,
y te responde; que ahunque
mil satisfacciones haya,
no llegando á tiempo, solo
me está bien, el no escucharlas. *vase.*

D. HENRIQUE.

Cayga el cielo sobre mí.

MARTIN.

No quiera el cielo, que cayga,
estando yo cerca.

D. HENRIQUE.

Dime,
(¡ay de mí!) dime, mi Juana:::

MARTIN.

Como el ama se despinta,
me enamora la criada.

D. HENRIQUE.

¿Qué és esto?

JUANA.

Que mi señora
de boda está enquillotrada.

D. ENRIQUE.

¿Pues desde quándo?

D. ISABEL.

Mi prima,
Don Enrique, os manda, os vayais,
antes que mi tio vuelva.

D. ENRIQUE.

Haré, lo que se me encarga,
como os deba una fineza.

D. ISABEL.

No seré yo tan avara
(¡ay muda inclinacion mia!) Ap.
á vuestras prendas gallardas,
como mi prima. Decid.

D. ENRIQUE.

¿Que novedad tan infausta
es esta? ¡Leonor casarse!
¿Cómo, y con quien?

D. ISABEL.

En el alma
siento, que lo que quereis,
que haga por vos:::

D. ENRIQUE.

¡Pena extraña!

D. ISABEL.

Sea daros un pesar.

Pero consolado vaya
vuestro pecho, con saber,
que os venga, quando os maltrata.

D. ENRIQUE.

¿ Quién ?

D. ISABEL.

Leonor.

D. ENRIQUE.

¿ Por qué ?

D. ISABEL.

Porque
con Don Lorenzo se casa
de Maqueda, el Mayorazgo
Bobo (que es como en Granada
le apellidan) por la mucha
hacienda, con que se engaña
la codicia de mi tio,
queriendo vér empleada
la belleza de Leonor
en un bruto, tan sin traza
de hombre, que por no afrentar
su progenie, encarcelada
tiene su padre su necia
persona, dandole en casa
toda la doctrina inutil,
que no le sirve, y le cansa.
Esto os puede consolar.
¡Pero qué es esto!

D. PEDRO *dentro.*

Abre, Juana.

JUANA.

¡Ay Jesus! Este es mi amo.

D. ISABEL.

¡Mi tio! En aquella quadra
os retirad; que en pasando,
podeis, ahunque esté cerrada,
abrir la puerta, y salir. *vase.*

D. ENRIQUE.

Que estos sustos se pasáran,
para ser favorecido,
yá fuera dicha; mas, para
ser infelíz, solo yo
lo experimento.

JUANA.

Entra, y calla.

MARTIN.

Despues de desprecios palos
es solo, lo que nos falta. *Entranse.*

Salen Don Pedro y Doña Inés tapada.

D. PEDRO.

Mientras yo, señora, entro,
á que á esta pieza no salgan
mi hija y sobrina; pues no es
razon, que vean, que haya
mujer, que les dé otro exemplo,
que el del recato, que guardan,
esperad un rato.

D. INES.

Penas,
¡quando tendrán mis desgracias
satifecha la crueldad
de mi fortuna inhumana!

D. PEDRO.

Juana, vén. *vase.*

D. INES.

¡Qué venerable
anciano! ¡Qué noble casa!
¡Qué sumptuosa y compuesta!
Ya agradezco, que encontrára
Fábio amigo, que parece
de suposicion, en que haya,
pues ha de ser en quien tome
puerto mi incierta borrasca,
respeto y autoridad.
¡Qué superiores alhajas!
Por quanto fuese un cristal,

Encarase á un espejo, que ha de estár en el paño.

que sin temor desengaña,
el primero, que á mí misma
me acuse mi semejanza.
Pues :::-

MARTIN.

Yá es tiempo, que nos vamos.

D. ENRIQUE.

Mira, que ruido no hagas. *vanse.*

D. INES.

¡Mas ; ay infelíz de mí!
Sombra injusta, ilusion vaga,
que á Enrique me representas,
no me adelantes (aguarda)
mi muerte ; que::-

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

Ya segura
estais : hablad confiada,
de que nadie oye.

D. INES.

¡Ay de mí!

D. PEDRO.

¡Qué es eso! ¡Que os sobresalta!

D. INES.

Nada , y mucho; pues::-

D. PEDRO.

Hablad.

D. INES.

Mirando á ese espejo estaba,
y ví en él á mi enemigo,
que acechando á mis espaldas,
mi ruina::-

D. PEDRO.

Eso es fantasía.
Yo veré toda la quadra.
Solo está todo.

D. INES.

Mis propias
aprehensiones me arrebatan.
Yo, Señor Don Pedro, (¡ay triste)
como habrán dicho las cartas,
que para vos me dió Fábio,
soy de Enrique de Guevara
hermana.

D. PEDRO.

¿Qué me decís?
No le conocí; mas tanta
su fama fué::-

D. INES.

Como hoy es.

D. PEDRO.

¡Qué ahun vive!

D. INES.

Sí, señor.

D. PEDRO.

Falsas
las noticias de su muerte
fueron, sin duda, en Granada.

D. INES.

Hizo él echar esas voces
en Madrid, en donde estaba,
por lograr con mas cuidado
perfeccionar su venganza.
Pero pues de todo, es fuerza,
daros cuenta, una mañana

ví á Don Felix de Toledo.

D. LEONOR *dentro.*

Trahenos las labores, Juana.

D. PEDRO.

Esperad; que ya discurro
en solo quatro palabras
de hermano, ausencia y agravio,
que es, lo que os trahe á mi casa,
caso de honor. Esta pieza
es pâso de las criadas,
y todo el trafago. Entrad
en mi despacho; que en árduas
materias, solo las logra,
el que mejor las recata.

D. INES.

Vuestro amparo:::

D. PEDRO.

Andad, señora.
¿Ahora quereis, que faltára
á mujer de obligaciones,
que se vale de estas canas?
Posada, auxílio y socorro
teneis.

D. INES.

Beso vuestras plantas.

D. PEDRO.

Ah, sí, ¿Vos cómo os llamais?

D. INES.

¿Yo? Doña Inés de Guevara.

D. PEDRO.

Pues no ha de ser ese nombre,
el que tengais; que no es chanza
hermano noble ofendido,
y otras dos mil circunstancias,
que habrá sin duda en el cuento,
para no andar recatada.
Venid, donde con mi hija
vivais segura, estimada
y querida.

D. INES.

Con el nombre
me contento de criada
suya y vuestra.

D. PEDRO.

No lloreis. *Entrase.*
Extraños sucesos pasan
por las gentes; á bien, que
Leonor ha de estar casada
presto, y estaré sin sustos;
que hijas bellas son alhajas,
que el medio de no perderlas,
es, ser breve en despacharlas.

Vase, y salen Don Sancho, un Maestro de leer y Espárában.

D. SANCHO.

¿Ha tomado ya leccion
Don Lorenzo?

ESPARABAN.

Está ahun roncando.

MAESTRO.

Y yo, habrá una hora, esperando.

Salen Don Lorenzo en chupa y valona

D. LORENZO.

Padre, la benedicion.

D. SANCHO.

Hijo, hoy has tardado á fé,
en levantarte.

D. LORENZO.

Por mi,
presto me vistiera, si
no hubiera sido, porque
esta pierna no queria,
hasta que estotra riñó
con ella, y fuera la echó,
y ella despues no salia.
Calzaronse, y demás de esto
tubieron pendencia un rato,
porque se perdió un zapato;
y es, que el uno estaba puesto,
y otro que me iba á poner,
y otro zapato faltaba,
y la pierna regañaba.
¡Jesus lo que hubo de habér!
Despues de tanto reñir,
yo las dixe á sus mercedes:
dense por esas paredes;

que yo no me he de podrir.

MAESTRO.

¡Vióse tal majadería! *ap.*

ESPARABAN.

Es un bruto mi señor. *ap.*

D. SANCHO.

Es este vencible error
candidéz de fantasía;
y siendo sinceridad,
espero, que nos dé indicio,
de vencerla, el exercicio
del estudio. A Dios quedad,
y dad leccion de leer. *vase.*

D. LORENZO.

Sí, que ya quiero almorzar.

MAESTRO.

Vamos á deletrear.

D. LORENZO.

Mejor es délecomer.

MAESTRO.

¿Qué es esta?

D. LORENZO.

Letra.

ESPARABAN.

Penetra
como un bruto.

MAESTRO.

¿Y esta aqui?

D. LORENZO.

Letra.

MAESTRO.

Que es letra, es asi;
¿pero quál letra?

D. LORENZO.

Esta es letra.

MAESTRO.

¡Ahora con Berçebú
estamos aí! Dí, pues,
¿es a, e, i, o, u? ¿ó qué es?

D. LORENZO.

Esta es a, e, i, o, u.

MAESTRO.

Todo lo de ahier se fué.
Decid conmigo; bea ba.

D. LORENZO.

¿Qué es eso, de que se vá? *Agarrale.*
¿Pues adónde se vá usté?

MAESTRO.

Son letras. Yo estoy perdido.
Dí, be a ba aqui, bruto.

D. LORENZO.

Calle!
¿Cómo quiere, que las halle,
si dice usted, que se han ido?

MAESTRO.

Esto es inutil. Segun
su chola él no dará en ello.

D. LORENZO.

Mucho mejor es aquello.

MAESTRO.

¿Quál?

D. LORENZO.

El chan, chen, chin, chon, chun.

ESPARABAN.

Como es medio rebuznar,
le ha agradado.

MAESTRO.

Vuestro padre
quiere, que el estudio os quadre
y es en vano el porfiar;
pues la primer juventud
pasada, y el genio vuestro
lo impiden.

D. LORENZO.

Señor Maestro,
yo todo soy jumentud:
¿Mas, si no me castigais,
cómo tengo de aprender?

MAESTRO.

¿Castigado quereis ser?

D. LORENZO.

¿Por qué no?

MAESTRO.

¿Vos lo mandais?
Dadme la mano.

D. LORENZO.

¿Qué son amistades?

MAESTRO.

Yo soy Juez,
Tomad, para que otra vez
estudieis bien la leccion.

Dale con una palmeta, corre Don Lorenzo trás él, y él la dexa caer en el suelo, y se vá.

D. LORENZO.

Ah perro.

ESPARABAN.

A escapar se aplica.

D. LORENZO.

Que me muero.

ESPARABAN.

¿Qué te ha dado?

D. LORENZO.

En la mano me ha pegado
una cosa, que me pica.

ESPARABAN.

Este palo es.

D. LORENZO.

Ve con tiento:
no le llegues.

ESPARABAN.

Es quimera;
que es madera.

D. LORENZO.

Si es madera;
es madera de pimiento.
Mas daca, sea lo que fuere.

ESPARABAN.

¿Dónde la quieres echar?

D. LORENZO.

Por Dios, que la ha de probar
el primero, que viniere.

ESPARABAN.

Aqui está el maestro de Esgrima.

Sale el Maestro de Esgrima.

MAESTRO.

Benos dias nos dé Dios.

D. LORENZO.

¿Sabeis bien la leccion vos?

MAESTRO.

Por diestro el Lugar me estima:
ahunque vér perdido siento
el tiempo, en que no aprendeis.

D. LORENZO.

Es que si no la sabeis,
habrá para vos pimiento.

MAESTRO.

Poneos recto. *Toman espadas negras.*

D. LORENZO.

¿Cómo?

MAESTRO.

Asi.

Ese es ángulo.

D. LORENZO.

Me rio:
¡Angúlo! Ese era mi tio.

MAESTRO.

Dad ahora un paso hácia mí.

D. LORENZO.

No solo uno, sino tres.

MAESTRO.

¿Y la espada?

ESPARABAN.

Es bestia ruda.

D. LORENZO.

¿Qué quereis, que á un tiempo acuda
á las manos y á los pies?

MAESTRO.

Son dos acciones forzosas.

D. LORENZO.

Ya es vuestra tema importuna.
Bueno es, no sabiendo una,
pretender, que haga dos cosas.

MAESTRO.

Pues todo lo erramos.

D. LORENZO.

¡Qué!
¡Que lo erramos!

MAESTRO.

Claro está.

D. LORENZO.

Pues dadme la mano.

ESPARABAN.

Ta.

D. LORENZO.

Dad la mano.

MAESTRO.

¿Para qué?

D. LORENZO.

Aqui para entre los dos,

Dale con la palmeta.

para siempre que se os pida,
trahed la leccion sabida.

ESPARABAN.

¿No os avisé?

MAESTRO.

Vive Dios,
que es un grande atrevimiento,
y le tengo de matar.

D. LORENZO.

Aprended, para enseñar.

MAESTRO.

¿Yo tal afrenta consiento?
Por vida:::

Sale Don Sancho.

D. SANCHO.

¿Qué ha habido aqui?

D. LORENZO.

Nada, señor: que le ha dado

pimiento, para que aprenda,
pues ha de enseñar á tantos.

ESPARABAN.

Al Maestro de leer,
que le pegó un palmetazo,
él le quitó la palmeta,
y vá á los demás cascando.

D. SANCHO.

Ya veis, quán infelíz soy,
en tener un insensato
por hijo; perdon os pido
de un error tan temerario:
y admitid esa cadena
en recompensa del daño.

MAESTRO.

Bien os puede agradecer,
que hayais al tiempo llegado,
de que no le escarmentase;
y con un aviso os pago
vuestra bizarría. Tratad,
de no intentar apuraros
vida y hacienda; porque,
ahunque viva çien mil años,
es incapáz vuesto hijo,
de mas que ser un gran asno;
y no teneis que aguardarme
mas. *vase.*

D. LORENZO.

Oygan, quál se ha picado.

Mas es verdad, que el pimiento
escuece como los diablos.

D. SANCHO.

Hasta aqui juzgué, Lorenzo,
que poniendo mi conato,
en vencer vuestra rudeza,
se lográran los trabajos,
que en adquiriros los bienes
de mas de cien mil ducados,
de quien único heredero
sois, he sufrido y pasado.
Vuestra sangre es tan ilustre,
como vuestro juicio falto
de sentido natural;
achaque de los humanos
placeres: ¡que hayan de dar
las riquezas y los faustos
del rico en manos del necio,
para solo disiparlos!
Mas ya confieso, que en nada
acierto, sino en llorarlo.

D. LORENZO.

¿En nada acierta? Pues mire,
que habrá pimiento de palo
para usté, como le ha habido
para el otro, que era guapo.

D. SANCHO.

Pero no tiene remedio;
ahunque sean señalandoos

un curador, que os gobierne,
es fuerza, daros estado,
para dilatar mi prole.

D. LORENZO.

Pues deme usté al cirujano,
si me ha de dar curador,
porque el doctor es un asno.

ESPARABAN.

Para tí sobra el albeytar.

D. SANCHO.

Hijo, yo he determinado,
con Doña Leonor de Utrera
unirte, un bello milagro
de perfeccion y virtud.
Vesla aqui: este es su retrato.

Saca un retrato pequeño.

Esta es tu esposa.

D. LORENZO.

¿Esta es?

D. SANCHO.

Sí.

D. LORENZO.

No la quiero.

D. SANCHO.

¿Has hallado
alguna falta en su rostro?

D. LORENZO.

Y mucha. ¡He de estar casado
yo con mujer tan chiquita,

que ahun no tiene medio palmo?

D. SANCHO.

Esta es la pintura solo
del medio cuerpo.

D. LORENZO.

¡Oyga el diablo!
¿Pues dónde está el otro medio?

D. SANCHO.

Ese no se le pintaron.

D. LORENZO.

Pues digame usted, si es coxa,
ó tiene los pies con callos,
¿cómo se ha de averiguar?
No, mi padre: no me caso
con mujer, que está sin piernas;
que parirá hijos enanos.

D. SANCHO.

Tú irás, á verla conmigo
hoy.

D. LORENZO.

¿Pues está en otro cabo?

D. SANCHO.

Pues claro está, que esta es copia.

D. LORENZO.

¿Luego es dos?

D. SANCHO.

La ha duplicado
el pincél.

D. LORENZO.

Pues dos mujeres
se rebanarán á araños.

D. SANCHO.

Es, que las dos una sola
son.

D. LORENZO.

Será como el quarto,
que es uno grande el que es dos;
y siendo asi, me ha gustado;
porque la podré trocar,
en haciendome embarazo,
por dos mujeres sencillas.

ESPARABAN.

El que las haya, es el caso.

D. SANCHO.

Hablados ya los parientes,
solo falta:: ¿Mas llamaron? *Llaman.*

ESPARABAN.

Si, señor.

D. SANCHO.

Mira, quién es.

Sale Don Felix.

D. FELIX.

Decid al señor Don Sancho::
Mas nada le digais; pues,
pueden hablarle mis brazos.

D. SANCHO.

Amigo, y señor Don Felix

de Toledo, ¿pues qué acaso
os trahe á Granada? ¿Cómo
tanta dicha y gozo tanto,
tan sin pensarlo, en mi casa?

D. LORENZO.

Tanta suerte, tal fracaso,
tal ventura, tal desdicha:::
Abrazadme, primo hermano.

D. FELIX.

Caballero, no os conozco;
y asi:::

D. LORENZO.

Que todos estamos
á esa fecha; pero es fuerza
quereros, y apretujaros
con mucho afecto; porque
me pareceis gran pedazo
de amigo nuestro.

D. SANCHO.

Es mi hijo,
Don Felix, Lorenzo; es sano
de natural, y se explica
sin cultura, y sin ornato,
pero con buen corazon.

D. FELIX.

Yo os beso, señor, las manos.

D. LORENZO.

Yo pescuezo y pies, haciendo
pepitoria el agasajo.

D. FELIX.

¡Extraño hombre!

D. SANCHO.

Pues, amigo,
¿qué es esto?

D. FELIX.

Esto es, confiaros
(pues en Granada no tengo
amigo de mayor garvo
silencio y fineza) un nuevo
pesar, un grave cuidado,
con que estoy.

D. SANCHO.

¿Caso de honor?

D. FELIX.

De amor fué; y ya se ha pasado,
á ser de honra: puesto que hay
mujer, á quien sirvo y amo,
hermano, que la persigue
por mi causa; y :::

D. SANCHO.

Vamos, vamos,
donde con menos testigos,
podamos hablar despacio.
Ven, Lorenzo.

D. LORENZO.

Oye usted ¿Viene,
á hallarse de convidado
á mi boda?

D. SANCHO.

¡Qué locura!

D. LORENZO.

Es, que hay estomagos grajos,
que huelen, donde hay carniza,
y se vienen al olfato
desde cien leguas.

D. SANCHO.

Vé, y ponte
el vestido mas bizarro;
que has de ir conmigo, á que veas,
como que á otra cosa entramos,
á tu esposa.

D. LORENZO.

Llevaré
aquel vestido de paño
azul con franjas moradas
y boton escarolado?

D. SANCHO.

Qualquiera.

D. FELIX.

Vamos, señor.

D. LORENZO.

Veré á mi novia de plano;
pero si no tiene piernas,
que se case con un zambo.

Vanse, y salen Doña Leonor, Doña Isabél, Doña Inés y Juana.

D. LEONOR.

Creedme, Dorotéa, [vea,
que si en qualquiera hallais, luego que os
el afecto que en mí, teneis buen hado;
porque al punto con vos he confrontado.

D. INES.

Gracias doy á mi estrella venturosa.

D. LEONOR.

¿Isabél, no es honesta? ¿No es hermosa?
¡Mira, qué aseada está! ¡Qué bien prendida!

D. ISABEL.

¿Juana, has visto mujer mas presumida?
¡Qué esto guste á Leonor! *ap.*

JUANA.

Lo nuevo aplace.

D. INES.

Vuestra vista, señora, es la que hace
con su perfeccion propia,
fingir en mi semblante vuestra copia.

D. LEONOR.

Discreta tambien es ¡Quanto he debido
á mi padre, en haberos admitido
en su casa á mi lado!
No es decible el contento que me ha dado
con vos.

D. INES.

Efectos son de sus piedades.

D. LEONOR.

Fuerza es, tengais mil habilidades.

D. ISABEL.

A risa me provoca. *ap.*

JUANA.

¿Ya tu no sabes que mi prima es loca?

D. INES.

Alguna vez solia,
quando era menos mi melancolía,
cantar alguna cosa; mas ya ignoro,
quanto aprendí, pues gimo, siento y lloro.

D. ISABEL.

Pues, haz, que cante.

D. LEONOR.

Ahora lo que quiero,
es, que descanse; que eso es lo primero;
que luego habrá lugar, para escucharla.

D. ISABEL.

Lo que gustares.

D. LEONOR.

Tú has de acompañarla,
Juana, á mi quarto, y haz, que allí se ponga
una cama.

JUANA.

Con plaza de mondonga *ap.*
entra esta señorita.

D. INES.

Dame los pies.

D. LEONOR.

A Dios.

JUANA.

Si es que hay visita,
trata, de no llamarme;
que no puedo en dos cosas emplearme;
y es lo primero:::

D. LEONOR.

¿Qué?

JUANA.

Que servir sea
á mi señora Doña Dorotéa. *vase.*

D. ISABEL.

De verte tan divertida
con tu huespeda me alegro;
pues de Don Henrique:::

D. LEONOR.

¡Ah prima!
¿Irás á decir, que puedo
olbidarle? ¿Cómo es facil,
si despues de amor hay zelos?
Y en igual de:::

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

¿Leonor mia?
¿Isabél? Entraos dentro,
á poneros muy bizarras.
¿Juana?

Saie Juana.

JUANA.

Señor.

D. PEDRO.

Anda presto,
viste á tus amas: preven
dulces, bebidas::: ¿ Qué es esto?
¿En qué te paras?

JUANA.

Señor,
que trecientas amas tengo;
parezco Inclusa, y no sé,
á quál acuda primero.

D. LEONOR.

¿Pues, padre, qué novedad
es ésta?

D. ISABEL.

¿Qué cumplimiento
es éste tan repentino?

D. PEDRO.

Sabe, que con Don Lorenzo
tu esposo salió Don Sancho
su padre de casa. Entiendo,
segun su criado ha dicho,
que con no sé qué pretexto
vienen, por ver si consiguen
verte; y estando el concierto
de tu boda en el parage
que está, escrupulo no advierto,

en que los dexes entrar
á tu presencia ; pues creo,
que no vendrán tan curiosos,
como saldrán satisfechos.
Ahunque ésta es pasion en mí.
Mas soy tu padre , y te quiero.
Adornate por tu vida:
que á salirles al encuentro
voy. Don Lorenzo es buen mozo,
y en sus riquezas tendrémos
descanso. A Dios , hijas mias.
Llorando voy de contento. *vase.*

JUANA.

¡Ah vejete codicioso!

D. ISABEL.

¿Lloras , señora ?

D. LEONOR.

Hacer debo
las exêquias á un cariño
tan en sus verdores muerto.

Salen Don Henrique y Martin.

D. HENRIQUE.

Por vér , bellisima ingrata,
si , aquel enojo primero
pasado , oír mis culpas,
mitiga tus iras , vuelvo.
¡Mas qué es esto!

MARTIN.

Ya nos lloran:

tenganos Dios en el cielo.

D. LEONOR.

Isabél, ponte á la puerta.

D. ISABEL.

¡Que esto vean mis sentimientos
y no me maten!

D. HENRIQUE.

¡Señora,
cómo:::!

D. LEONOR.

No estamos en tiempo,
de gastar muchas rozones;
satisfaceme, y sea presto;
pues si tardas::: ¡Ay de mí!

D. HENRIQUE.

¿Qué?

D. LEONOR.

No podré, lo que hoy puedo.
Dime, ¿qué mujer seguiste
en Madrid, y con qué intento?

D. HENRIQUE.

¡Ay infelice de mí!
¡Cómo á nedie he de hacer dueño *ap.*
de mi afrenta! ¡Oh vil hermana!

D. LEONOR.

¿No respondes?

D. HENRIQUE.

Solo tengo
que decirte, que es verdad,

que una mujer (yo no acierto
con la voz) seguí y busqué;
mas para tan otro efecto,
que amarla, que era á matarla.

D. LEONOR.

Sin duda que te dió zelos.

D. HENRIQUE.

Zelos fueron, pero de otra
especie.

D. LEONOR.

¡Ah ingrato! ¡Qué es esto!
¡Voy buscando las verdades,
y responden los misterios!
¿Quién era?

D. HENRIQUE.

No sé.

D. LEONOR.

¿Por qué
la buscabas?

D. HENRIQUE.

No sé.

D. LEONOR.

¿A efecto
de qué cuidado?

D. HENRIQUE.

No sé.

D. LEONOR.

¿Era ofensa, ó era empleo?

D. HENRIQUE.

No sé.

D. LEONOR.

Pues, si nada sabes,
¿quién lo ha de decir?

D. HENRIQUE.

El tiempo.

D. LEONOR.

Oráculo es perezoso;
y asi, antes que corra el velo
á ese enigma, lo que callas,
has de decir; porque luego,
llega tarde.

D. HENRIQUE.

¿Por qué?

D. LEONOR.

Porque
hoy me pierdes y te pierdo.

D. HENRIQUE.

Pues, Leonor, mi bien, mi gloria,
mi amor, mi hechizo, mi cielo,
creeme, sin que lo diga;
porque soy Etna tan nuevo
de pesares, de congojas,
que al revés del Mongibelo,
si él muere por reventar,
yo, por no exhâlar, reviento.
Jamás te ofendí.

D. LEONOR.

Es mentira.
No hay confianza en un pecho,
que de quien ama, no fia.

D. HENRIQUE.

Pues con tan cruél tormento
callo, y me dexo matar,
no puedo hablar; que no puedo.

D. LEONOR.

Pues yó puedo conocer,
que ha sido en tí fingimiento
tu amor, tu fé y tu lealtad,
con oírte, he satisfecho
mi duda. A Dios, Don Henrique.

D. HENRIQUE.

¡Qué desdicha!

D. LEONOR.

¡Qué despecho!

MARTIN.

A Dios, Juana.

JUANA.

¿Te despides?

MARTIN.

¿No vés, que lloran aquellos?
Recibe en ultimo culto
estos:::

JUANA.

¿Qué?

MARTIN.

Mocos espesos,
de quien es mi inclinacion
mental reverente lienzo.

JUANA.

¡Ay qué hasco de Lacayón!

D. ISABEL.

Mi tio viene subiendo
la escalera.

D. LEONOR.

Don Henrique,
idos.

JUANA.

No puede, sin verlo,
los que suben.

D. ISABEL.

Esta quadra
los escondá.

D. HENRIQUE.

¿En qué, mi dueño,
quedamos?

D. LEONOR.

En que, si atiendes,
verás:::

D. HENRIQUE.

¿Qué?

D. LEONOR.

Como me vengo,
y la ruina, que en los dos

ha causado tu silencio.

Escondense, y salen D. Pedro, D. Sancho, D. Lorenzo y Esparabán.

D. PEDRO.

Estas mi hija y mi sobrina
son, señor Don Sancho.

D. SANCHO.

Centro
de perfecciones direis.

D. LORENZO.

¿Adónde está el medio cuerpo
de mi novia?

ESPARABAN.

¿Estás en tí?

D. LORENZO.

¿Qué me gobiernas, camueso?

D. LEONOR.

Vengais muy en felíz hora,
señor Don Sancho.

D. ISABEL.

A tenernos
por muy vuestras.

D. SANCHO.

¡Quántas honras
á un solo instante le debo!

D. LORENZO.

¿Padre, llego yo?

D. SANCHO.

Sí, hijo;

pero muestrate muy cuerdo,
y muy fiel.

D. LORENZO.

¡Fiel! Pues envisto.
Señoras, si para veros,
siendo preciso, el miraros,
es lo propio, que lo mesmo,
alabado sea el
Santisimo Sacramento.

D. ISABEL.

¡Qué necedad!

D. LEONOR.

¡Ay de mí!

D. SANCHO.

¿Barbaro, bruto, qué has hecho?

D. LORENZO.

Si dice usté, que me muestre
fiel, ¿cómo he de parecerlo,
sin decir el Alabado?
Ahora diré el Padre nuestro.

D. SANCHO.

No; que mejor es, que calles.

Al paño Don Henrique y Martin.

D. HENRIQUE.

¿Lo oyes, Martin?

MARTIN.

Yo no atiendo,
sino es á lo que me importa.
¿No vén, cómo le hace gestos

Juana al fantasmón?

ESPARABAN.

Responda.

JUANA.

Callandito ha de ser esto.

D. PEDRO.

Si esa dependencia os trahe
aqui, los papeles tengo,
de que podeis informaros.

D. SANCHO.

Venid: al despacho entrémos. *vanse*.

D. LORENZO.

Ya que hèmos quedado solos, *á D. Leon*.
¿novizuela, qué os parezco?
¿Soy cosa?

D. LEONOR.

¿Qué me quereis
decir?

D. LORENZO.

¿Qué es lo que tenemos?
Mas ya sé, que no sabreis,
que venimos, solo á veros
mi padre y yo; porque está
entre los dos el secreto;
y si otro no os lo dixere,
por mi seguro está el cuento.
Mas eso á parte, sabed,
que yo, hija mia, á lo menos
tengo piernas.

D. ISABEL.

¡Ay Leonor!
¡Qué necísimo es tu dueño!

D. LEONOR.

¿Y que las tengais, qué importa?

D. LORENZO.

Dios me entiende, y yo me entiendo.
¿Pensais, que ya no os he visto?
Pero estoy pasmado de ello;
porque apenás habrá un hora,
que os ví de unos ocho dedos
de altura, y habeis crecido
en tan poquisimo tiempo
mas de dos varas. ¿Dos varas?
bobas. Ah, veamos si miento.

D. LEONOR.

¿Qué haceis? *Va á medirla.*

D. LORENZO.

Os quiero medir.

D. HENRIQUE.

Ya me falta el sufrimiento.

D. ISABEL.

Mirad:::

D. LEONOR.

Sois un ignorante,
un atrevido, un grosero,
un:::

D. LORENZO.

¡Ay, padre; que me riñe!

Vente, Esparaban. ¡Qué miedo!
Que me pega esta mujer. *vanse.*

Salen Don Henrique y Martin.

D. HERIQUE.

Martin, salgamos de presto.

D. ISABEL.

¿Dónde vas?

D. HENRIQUE.

A dar lugar,
á que se logre un empleo
tan felíz por esa ingrata.

D. LEONOR.

Tu lo quieres,

D. HENRIQUE.

¡Yo lo quiero!

D. LEONOR.

¿Quién lo duda?

D. HENRIQUE.

¿Cómo, aleve?

D. LEONOR.

Traydor, no satisfaciendo
mis dudas.

D. HENRIQUE.

¿Y una sospecha
no la castiga un desprecio?
¿Es forzoso un precipicio?

D. LEONOR.

Con eso estarás mas cierto,
de que me casa la ira,

no el amor.

Sale Don Felix, y se esconden los dos.

D. FELIX *dentro.*

¿Un caballero,
que es Don Sancho de Maqueda:::?

D. ISABEL.

Que viene gente, escondeos.

D. FELIX.

¿Está aqui?

JUANA.

Aqui está.

D. FELIX.

Decidle,
que le espera aqui un sujeto.

JUANA.

Está bien.

D. LEONOR.

Echa la llave
á esa puerta: no otro extremo
salir haga á Don Henrique.

Vase, cerrando la puerta, donde están los dos.

JUANA.

Ya está segurito y bueno.

Sale Inés.

D. INES.

Señora, en el tocador
te dexastes este lienzo.

D. LEONOR.

Damele, y díle á aquel hombre,

Dorotéa, que este puesto
no es, para esperar á nadie:
que salga al recibimiento,
ó que espére en la escalera.

D. INES.

Hados, ya á servir empiezo. *ap.*
¿Caballero::: ¡Mas qué miro!

D. FELIX.

¿Señora::: ? ¡Pero qué veo!

D. INES.

¡Es ilusion!

D. FELIX.

¡Es fantasma!

D. INES.

¿Felix?

D. FELIX.

¿Inés?

D. INES.

No podemos
hablar. Leonor, mi señora:::

D. FELIX.

,,¡Mi señora!" ¿Pues qué es esto?
¡Quien lo es de de mi corazon,
llama á otra señora!

U. INES.

El cielo
lo quiere asi: que espereis
abaxo, me ordena.

D. FELIX.

Harélo
con gran gusto; pues no pudo
lograr mi amante deseo
diligencia mas felíz;
que saber, donde es el centro
de la que me trahe.

D. INES.

A Dios;
que detenerme no puedo.

D. LEONOR.

¿Qué te decia ese hombre?

D. INES.

Cortesanías.

D. LEONOR.

Y advierto
tu rostro alegre.

D. INES.

Me has dado,
señora, un grande contento
con eso, que me mandaste.

D. LEONOR.

¿Cómo?

Dá golpes Don Henrique, y luego abren.

D. INES.

Cómo considero,
que ya empiezo, á ser tu esclava. *vase.*

D. LEONOR.

Vete. ¿Qué golpes son estos?

D. ISABEL.

Loco está, Leonor, Henrique.

D. LEONOR.

Abre; que él quiere perdernos.

Sale Don Henrique.

D. HENRIQUE.

Vive Dios, que he de mirar
toda la casa.

D. LEONOR.

¿Qué exceso
es este?

D. HENRIQUE.

¡Ay de mí, infelíz!
Es una rabia, un despecho,
un basilisco, un volcan,
una furia, un mongibelo.

D. LEONOR.

¿Pues qué has visto?

D. HENRIQUE.

Una fantasma,
una sombra, un devanéo
de quien causa mis desdichas:
que aunque de la llave el hueco
me la ofreció mal distinta,
basta juzgar:::

D. LEONOR.

Tu te has vuelto
el juicio.

MARTIN.

Está endemoniado.

D. LEONOR.

Tenle tú, mientras yo veo,
si salen: ¿Ah Dorotéa?

D. INES.

Señora.

D. LEONOR.

Pasa corriendo;
cierra la puerta á esa sala.

Ve á Don Henrique, y se asusta.

D. INES.

¡Ay señora; que no puedo!

D. LEONOR.

¿Por qué?

D. INES.

Porque ese hombre, (¡ay triste!)
que está ahí, es de quien huyendo
vivo, y quien de mí zeloso,
(decóro disimulemos) *ap.*
me sigue, para matarme;
y no hay duda, que á ese efecto
me busca en tu casa.

D. LEONOR.

¿Pues
le debes algo?

D. INES.

Le tengo,
y me tiene obligaciones

tales::: Pero yo no acierto
de temor, á hablar. A Dios;
que ahun en mi sombra tropiezo. *vase.*

D. LEONOR.

¡Valgame Dios! Ya está todo
este enigma descubierto.
Esta es la dama, no hay duda,
de este traydor. ¿A qué espero?

D. SANCHO *dentro.*

Ya oí:::

D. LEONOR.

Advertid que salen.

D. HENRIQUE.

¡Oh pese á mí!

MARTIN.

Parecemos
lanzaderas.

Vuelven á esconderse, y salen Don Sancho, D. Pedro, D. Lorenzo, y Esparabán.

D. SANCHO.

Que me están
esperando.

D. PEDRO.

No os deseo,
hacer mala obra.

D. LORENZO.

¡Ay, padre;
que de solo verla, tiemblo!
¿Y si me caso, y me azota?

ESPARABAN.

No es el marido primero,
á quien le sucede.

D. PEDRO.

Hija,
ya se van: dame un consuelo.
¿Qué te ha parecido?

D. LEONOR.

Padre,
obedecerte resuelvo.

D. PEDRO.

No esperaba yo otra cosa
de tí.

U. ISABEL.

Albricias, pensamiento.

D. SANCHO.

Señoras, á Dios.

D. LEONOR.

Señor,
vuestra soy.

D. ISABEL.

Guardeos el cielo.

D. LORENZO.

Oye ella, dexese estar;
que en casandonos, veremos,
quien puede mas á moquetes.

D. ISABEL.

¡Qué cortesano!

JUANA.

¡Qué atento!

ESPARABAN.

Agur.

D. SANCHO.

Todos somos unos;
no hay que andar en cumplimientos. *van*.

Abre Leonor á Don Henrique y Martin.

D. LEONOR.

Ea, señor Don Henrique,
id con Dios; que yo ya quedo
de todo enteráda.

D. HENRIQUE.

¿Cómo?

D. LEONOR.

Como sé, quién ès objeto
de vuestro amor.

D. HENRIQUE.

Oye, espera.

D. LEONOR.

Sí haré, por deciros esto:
quedaos á Dios para siempre. *vase.*

D. HENRIQUE.

Ah mal haya mi tremendo
destino!

D. ISABEL.

A Dios, Don Henrique;
mas para siempre atenderos,
y estimaros. *vase.*

D. HENRIQUE.

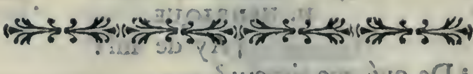
¡Ay de mí!
¿De qué me sirve::: ?

MARTIN.

¿Qué hacemos?
Vamos.

D. HENRIQUE.

¿Si, Leonor perdida,
todo de una vez lo pierdo?
Pero hasta inquirir, si fue
sombra, vanidad ó sueño
lo que ví, honor, y amor, dadme
paciencia, ó matadme presto.



JORNADA SEGUNDA.



Salen Don Sancho, Don Lorenzo y Esparabán.

D. SANCHO.

¡Quánto me alegro, hijo mio, de oirte hablar de esa suerte!

D. LORENZO.

Padre, yo la quiero mucho.
Bien sé, que soy un zoquete,
y en la lengua que la hablo,
la pudro, pero me entiende.

ESPARABAN.

A qualquiera, que te trata,
eso mismo le sucede.

D. LORENZO.

Ella, en quanto á la comida,
me hinche hasta tente bonete:
me dexa dormir diez horas;
y ahunque ella dice, que suele
guardarme el sueño, no sé,
en qué escritorio le mete,
que yo, sin quererle hurtar,

le pillo ah .in el que ella tiene
para sí, y ambos los ronco,
mientras ella sutilmente
en el monte de la caspa
me anda buscando las liendres.

D. SANCHO.

Es honesta, es virtuosa,
y es mas de lo que mereces.
Lorenzo, el saber servirla,
es lo que mas te conviene:
y puesto que en una casa
vivimos, como parientes,
amantes, y bien unidos, :::
solo falta::: Pero vete
allá fuera, Esparabán.

ESPARABAN.

Voyme á vér, si hablar pudiese
con Juanilla, de quien tengo
el cariño medio en cierne. *vase.*

D. SANCHO.

Dime, Lorenzo, ¿qué fue
lo de á noche?

D. LORENZO.

Que al quererme
entrar en casa, encontré
con espadas y broqueles
dos fantasmas á la puerta.

D. SANCHO.

¿Y de éso, qué juicio puedes

hacer?

D. LORENZO.

Padre, usté está chocho:
¿Qué juicio quereis que hiciese,
que no fuese hacer locura,
mas, qué juicio?

D. SANCHO.

Eres prudente.
Mujeres mozas en casa
hay, y dos mil accidentes,
sin eso, tener pudieron
á nuestra puerta esa gente.
No juzgues:::

D. LORENZO.

¿Qué he de juzgar?

D. SANCHO.

Es, que es bien, que se recele,
quien tiene mujer y honor.

D. LORENZO.

Digole á uste, que uste tiene
mas malicias, padre mio,
que los niños inocentes.
¡Jesus! Uste me abre ahora
los ojos á que yo piense
desatinos. ¿Con que uste
lo que es casual, lo hace adrede?
Diga, viejo de mi vida:
¿las mujeres propias pueden
querer á otro, que á su esposo?

D. SANCHO.

No; porque su punto pierden,
y el respeto á Dios.

D. LORENZO.

No es nada.
¿Y si uste un hijo tubiese,
le trocára por el hijo
del vecino, que está enfrente?

D. SANCHO.

Tampoco.

D. LORENZO.

Pues si me dice
mi paloma cien mil veces,
que soy su hijo, y su honor
aventura, si me pierde;
¿cómo es facil, que hijo y honra
por otras cosas las trueque?
Ande, señor; que aunque tonto,
no soy tan impertinente
como uste.

D. SANCHO.

Tienes razon:
pidote, que te conserves
en esa opinion. A Dios.

D. LORENZO.

A Dios; pero allá se lleve
este consejo.

D. SANCHO.

¿Quál es?

D. LORENZO.

No despertar, á quien duerme.

D. SANCHO.

Discreto te vas haciendo,
mas no tanto, que no llegues
á ignorar, que otro dilema
está lidiando con ese;
pues el que es interesado
en lo que le toca, debe
enseñar, al que no sabe. *vase.*

D. LORENZO.

¡Hay demonio de vejete!
¡Que por ultima el ser suegro,
le ha de convertir en sierpe!
Yo apuesto, que mas de quatro
pasan inocentemente
por cosas, que no son cosas,
hasta que hay, quien las aceche,
y aquellos las dan lo malo,
que ellas por sí no se tienen;
que yo, por Leonor:::

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

Me alegro,
que de mi nombre te acuerdes.

D. LORENZO.

¿Quándo me olbido yo dél?

D. LEONOR.

Ya yo sé, lo que te debe

mi amor.

D. LORENZO.

El se lo sabrá;
que yo no sé, quánto fuese,
lo que hasta ahora le he prestado,
qué es, lo que podrá deberme.
Pero en conclusion, bobilla,
dime una verdad, si quieres.

D. LEONOR.

Sí haré.

D. LORENZO.

¿Tu prima Isabél,
Dorotéa ó Juana tienen
algunos atisbadores?

D. LEONOR.

¿Qué dices? ¡Jesus mil veces!
Toda es gente honrada en casa.

D. LORENZO.

Y mi capa no no parece.
¿No es eso?

D. LEONOR.

¿Por qué lo dices?

D. LORENZO.

Hija, ya yo empiezo, á hacerme
malicioso.

D. LEONOR.

No hagas tal;
que eso es ser necio dos veces.

D. LORENZO.

Si mi padre me lo enseña,
y ello tan facil se aprende,
¿qué he de hacer? En fin, dos hombres
ví á noche de perendengues
de los postes de la puerta.

D. LEONOR.

Estarian por accidente,
aguardando á alguien.

D. LORENZO.

El alguien
es el diablo, que los lleve.
Tú, pues no habrás menester,
que á maliciosa te enseñen,
procura saber, si hay algo,
que toque á nuestras paredes,
y verás, cómo las pongo
á todas con un rebenque.

D. LEONOR.

Sí haré; yo te informaré,
si algo descubrir pudiere.

D. LORENZO.

En esto quedamos, hija;
y yo me voy á traherte
una::: ¡valgame Dios! una:::

D. LEONOR.

¿Qué es?

D. LORENZO.

Una::: Dios me lo acuerde:

Marta con sus pollos, Marta.

D. LEONOR.

Estufilla será.

D. LORENZO.

Tienes
razon: asi la llamaron,
una escudilla de pieles.
Verás, qué hermosa. Ya vuelvo. *vase.*

D. LEONOR.

Dexame, no me atormentes,
pensamiento. ¿Qué te importa,
qüe Henrique rondando vele
la beldad de Dorotéa,
si ya tú no has de tenerle
mas que por un enemigo,
tan conforme con tu suerte,
como disgustada; puesto,
que aunque necio, aunque imprudente
tu esposo es al fin tu esposo;
y esto baste, á que ni ahun quede
memoria en tí, de que pudo
haber, quien te mereciese
inclinacion; que los zelos
en odio y rencor convierten,
quanto:::

Sale Doña Inés.

D. INES.

¿Señora, tan sola?

Sale Doña Isabél.

D. ISABEL.

Prima, no hay quien logre verte.

D. LEONOR.

Quien está con sus pesares,
acompañada está siempre;
y pluguiese á Dios, no fueran,
los que otras darla pretenden.

D. ISABEL.

¿Pues quién, Leonor:::?

D. INES.

¿Quién, señora:::?

D. ISABEL.

Es causa, de que te quexes?

D. INES.

¿Puede darte á tí disgustos?

D. LEONOR.

Quién atrevida y aleve,
tiene galan, que la ronde,
y amante, que la festeje;
para que, al entrar en casa
mi esposo, sombras encuentre,
que le impidan, y ahun le avisen.

D. ISABEL.

Yo::: quando::: si:::

D. LEONOR.

¿Tú enmudeces?

D. INES.

¡Ay infelice!

D. LEONOR.

¿Tú lloras?
No sé, en quál de ambas sospeche,
viendo nacer de una causa
extremos tan diferentes!

D. ISABEL.

No es mucho, (¡ ay de mí) turbarme: *Ap.*
bien que hay pasion, que me fuerce
al engaño, con que logro
contrastar las esquiveces
de Henrique, pues le persuado
con recados y billetes
mios, á que todavía
del todo no le aborrece
Leonor, por tenerle asi
suspenso, mientras hacerle
mio, consigo.

D. LEONOR.

¿No hablas?

D. ISABEL.

¿Por quién he de responderte?
Por mi parte ya tú sabes;
que jamás hubo, quien ferie
sus desvelos, á quien no es
beldad tan sobresaliente
como tú. Quien ha logrado,
que todos á amarla lleguen,
eres tú. Si ahun todavía
hay, quien á intentar se arriesgue

temerarios imposibles,
tú lo sabrás; y tú puedes,
á tí misma preguntarte,
y á tí propia responderte. *vase.*

D. LEONOR.

Viven los cielos, villana:::

D. INES.

No, señora: no te empeñes,
en culpar á quien, es fuerza,
que esté de todo inocente.

D. LEONOR.

¡Inocente! ¿Cómo?

D. INES.

Como
todo lo que sucediere
de desdichas, de pesares, *llora.*
de sustos, de inconvenientes
en tu casa, estando en ella
yo, por mí sola acontecen.

D. LEONOR.

Pues fiate, Dorotéa,
de mí, si amante tubieres,
que te merezca. ¡Qué enfado!
¿Mas de qué puedo tenerle?
¿Qué se me dá á mí? Para eso
remedio hay: no te avergüences.

D. INES.

Sí, señora: amante tengo,
que me sirve, y me pretende.

D. LEONOR.

¡Ah injusto Henrique, qué bien *ap.*
hice, en no satisfacerme!

D. INES.

Pero no es ese mi mal.

D. LEONOR.

¿Pues quál es?

D. INES.

Tener presente
un hermano con honor,
que intenta darme la muerte,
y buscarme á ese fin.

D. LEONOR.

Cosas
extraordinarias refieres.

D. INES.

Señora, pues fuera ingrata,
á lo que el alma te debe,
si mis desdichas no hiciera
á tu clemencia patentes,
no es tiempo ya, de callar.

D. LEONOR.

Dí; que en todo he de atenderte.

D. INES.

¿Conoces á Don Henrique
de Guevara?

D. LEONOR.

Sí.

D. INES.

Pues ese:::

D. LEONOR.

¿Es tu amante?

D. INES.

No, señora:
el que me sirve es Don Felix
de Toledo: Don Henrique
es mi hermano.

D. LEONOR.

Espera, tente.
¡Don Henrique de Guevara
es tu hermano!

D. INES.

A Dios pluguiese,
no fuera asi, Leonor bella.
La que ahun tus pies no merece,
es Doña Inés de Guevara,
á quien sus hados crueles
pusiéron:::

D. LEONOR.

¡Ay desengaño, *ap.*
á qué mal tiempo que vienes!
Y pues ya no hay en mi pecho
lugar, bien puedes volverte.

D. INES.

En el estado que ves.

D. LEONOR.

No es mucho, que enmudeciese, *ap*

por no declarar su injuria.
Yo me arrojé facilmente:
hice mal; pero hice bien;
que ahun no es licito, el ponerme
á disputar, lo que ha sido,
siendo lo que es.

D. INÉS.

¿Te diviertes,
por no oirme?

D. LEONOR.

No, Inés mia.
Una fantasma aparente,
que acudió á mi pensamiento,
ya el ayre la desvanece,
y yo haré, porque no vuelva.
Dime, quanto tu quisieres.

D. INES.

Diré, que en Madrid estaba,
y Henrique en Milán: que, ausente
mi hermano, á Don Felix ví;
que sin saber, que viniese
de la campaña, una noche
entró Don Felix á verme
desde un patio hasta un balcon,
donde le escuché otras veces.
Que entró mi hermano embozado:
que al oirnos, acomete
á Don Felix: que le sigue,
sin lograr reconocerle:

que yo asustada y sin tino,
informada, de que fuese
mi hermano por sus criados,
salí á la calle, y entréme
en casa de Fabio, qué es
antiguo correspondiente
de tu padre, y quien me envia
á que su piedad me albergue.
Esta es mi historia contada,
Leonor, tan sucintamente;
porque mientras menos tiempo
dure, menos me avergüence
á vista de quien, es fuerza,
que mal una accion le suene
tan:::

D. LEONOR.

No pases adelante.
¿Pues soy yo de las mujeres,
á quien espantan del mundo
los extraños accidentes?
Antes me dá tu tragedia
medio, de que me consuele.

D. INES.

¿Cómo?

D. LEONOR.

Yo lo sé. Bien digo, *ap.*
pues ya que pagar no puede
en amor mi honor á Henrique,
para que se desempeñe

el afecto que le tube,
es bien, que en honra le premie.
Yo, Inés, tengo de saber,
quién es aquese Don Felix;
te he de ayudar en tu amor;
he de hablarle, y he de hacerle,
que casandose contigo,
todo el caso se remedie.

D. INES.

El está en Granada, y si
tú, señora, le escribiese,
que venga á verte, no hay duda,
que consiga convencerle
tu divino entendimiento,
á que en bonanzas se truequen
las tormentas de mi vida.

D. LEONOR.

Mira: no sé yo, qué hacerme.
Yo le escribiera á ese amante,
que á hablar conmigo viniese:::

Vá saliendo, y oyendola Don Pedro, y se detiene al paño.

D. PEDRO.

,,¡Yo le escribiera á ese amante,
,,que á hablar conmigo viniese!"

D. LEONOR.

Pero entre tantos testigos,
y tantos inconvenientes,

como hay en casa.::

D. PEDRO.

¡Qué escucho!

D. LEONOR.

No he de poder resolverme;
que tengo honor.

D. PEDRO.

Hija vil,
si tal haces, no lo tienes.

D. LEONOR.

Y::: Mas á mi padre he visto.
Disimulemos.

D. PEDRO.

¡Oh aleve!
No piensa bien, quien hacer
publicos sus juicios teme.
¡Es posible, que esto escucho!
¡En Leonor pudo otra especie
quedar, despues de casada,
mas del amor que le debe
á su esposo! ¿Mas qué extraño,
quando fui tan imprudente,
que casi contra su gusto,
por civiles intereses
la entregué?

D. LEONOR.

¡Qué enajenado
vá!

D. INES.

Algun cuidado vehemente
le lleva tan discursivo,
que, sin que nos advirtiese,
pasa á tu quarto.

D. PEDRO.

¡Ay recelo,
quánto me dás, en que piense!
Y pues el hablar, y darme
por entendido del fuerte
dolor, que me oprime, ni es
posible, ni conveniente,
disimulemos y demos
tiempo al tiempo. Abre el retrete
de mi despacho, Juanilla. *vase.*

D. LEONOR.

Sin duda las cartas deben
del correo haber trahido
algun cuidado, y aprende
con tal vehemencia mi padre,
que, quando algo qué hacer tiene,
no está en sí.

D. INES.

¿Pues, Leonor bella,
qué me dices? ¿Qué resuelves?

D. LEONOR.

Que escribas tú.

D. INES.

Ay, Leonor mia:

oxalá que yo tubiese
esa habilidad.

D. LEONOR.

¡No sabes
escribir!

D. INES.

Tube parientes
de aquella errada opinion,
de que enseñar las mujeres
á escribir, es arriesgado.

D. LEONOR.

Necio dictamen es ese.
¿Pues es mejor, que se fien
de otro, en lo que se ofreciere
de amor y honor, sin que puedan
celar los inconvenientes?
Nota tú, escribiré yo;
y, que esta es fineza, advierte,
que solo por tí la hiciera,
y que solo me la debe
la compasion hácia Henrique.

D. INES.

El Cielo tu piedad premie.

D. LEONOR.

Dí.

D. INES.

¿Pues ha de ir de mi parte?

D. LEONOR.

Claro está.

D. INES.

Señor Don Felix,
porque vuestra pasion vea,
quanto mi afecto merece:::

D. LEONOR.

Merece:::

D. INES.

Hoy nos da ocasion,
de poder vernos, la suerte.

D. INES.

Y asi:::

D. PEDRO *dentro.*

¿Dorotea?

D. INES.

¿Señor?
Voy á ver, lo que me quiere
tu padre, y vuelvo. *vase.*

Al paño Don Lorenzo con la estufilla haciendo cocos.

D. LORENZO.

Excelente
escudilla de pellejo
la traygo; pero no huele,
ahunque me dixeron, que era
cebollina.

D. LEONOR.

Como lleven
el billete con cuidado,

no conociendo Don Felix
mi letra:::

D. LORENZO.

Tengo de entrar,
haciendo con ella un dengue.
Coco.

D. LEONOR.

¿Qué importa, que la haga
este gusto?

D. LORENZO.

No me entiende.:
Coco.

D. PEDRO *dentro.*

¿Leonor?

D. LEONOR.

¡Ay de mí!
No es bien, que el papel me dexe.
¿A dónde está?

Sale Don Lorenzo.

D. LORENZO.

¿La escudilla¿
Bien cerca de tí la tienes.
Adivina, adivinajo.

D. LEONOR.

Aparta.

D. LORENZO.

¿Qué buscas?

D. LEONOR.

¡Puede
haber desgracia mayor!

D. LORENZO.

¡Que andas tentando papeles!

D. LEONOR.

Son unas coplas de un tono,
que ahora acaban de traherme.

D. LORENZO.

¿Son unas de Baldovinos,
que las mas noches me lee
Esparaban, para estar
compungido, quando reze?
Yo las tengo.

Sale Doña Inés.

D. INES.

Mi señor
te está aguardando impaciente.

D. LEONOR.

Oyes, pues aquel papel
se queda en ese bufete,
coje quantos hay en él,
y rasgalos; no le lleguen
á leer. *vase.*

D. LORENZO.

Leonor, Leonor,
toma, que te traygo::: Fuese.
Pues maldita sea mi alma,
si la escudilla la diere.

D. INES.

A bien que entre estos está.

D. LORENZO.

Oyes, ¿qué coraje es ese?
¿Qué hacen los papeles, para
que asi con ellos te emperres?

D. INES.

¿Y qué importa, que los rasgue?

D. LORENZO.

Pues diga, ¿tan facilmente
se ganan tres quartos para
un quadernillo?

D. INES.

Yo:::

D. LORENZO.

Pese
al alma que la crió.
Asi la procesion crece
de la cuenta, y no hay rosario,
que alcance con quince dieces.

D. INES.

Perdonad. *vase.*

D. LORENZO.

¡Qué la perdone,
para que yo me condene!
Bien se ve, que no ha tomado
la cuenta del gasto un viernes.
Valgate el diablo las coplas,
en que cuidado las mete,

que, ahun trayendole á Leonor
un regalo tan solemne,
no hace caso. ¿Si estarán
por aqui? Pero pardieces,
que di con ellas. Caidas
estaban adredemente
detras de la mesa; á bien,
que á deletrear pocos pueden
apostarme. Irelas yo
mascando despacio. Efe,
y, efe, y, fi, de, ó, ese, dos,
fideos. Gran tono es este,
como azucar y canela
por estribillo se le eche.
Pe, ó, ere, por, que, e, re, i, ria,
porqueria. El tono miente.
¿Fideos son porqueria,
y mas cocidos con leche?
Se engaña, quien tal presume.
¡Valgame Dios, lo que puede
un buen discurso! Ya he dado
en lo que es, ó que me tuesten.
Como estas son tan golosas,
este es algun ingrediente
de golosina, que á solas
hacer á mi costa emprenden,
y no darmele á probar;
pues al primero, que encuentre
he de hacer, que me le lea.

¿Merenditas (¡ah insolentes!)
sin mí? Pues aquesta tarde,
yo solo, porque me vengue,
sin darlas una migaja,
me he de atestar de pasteles. *vase.*

Salen D. Henrique, D. Felix y Martin.

D. FELIX.

¿Siempre áqui os he de hallar?

D. HENRIQUE.

Donde os consigue traher,
segun decis, un placer,
me conduce á mí un pesar.

D. FELIX.

Ya que haberos conocido
la casualidad lo ha dado
de sí, pues vuestro cuidado
á mi intento parecido,
á una calle con un fin
(cautela, disimulemos) *ap.*
venimos, ahunque nos vemos,
yo con venturas, y sin
dichas vos, y tan distantes
en los objetos amados,
basta, ser nuestros cuidados
en lo demás semejantes,
para ayudaros en todo.
No tengais de mí embarazo.

MARTIN.

El hombre es fiero pelmazo.

D. HENRIQUE.

Son mis pesares de modo,
señor Don Juan, que ahun quisiera,
que el pecho los ignorára,
porque una empresa tan rara,
en un hombre no se viera
estrenar, como querer
ver, lo que le ha de matar,
y á otro semblante buscar,
lo que es fuerza, aborrecer.
Tan ciega complicacion
á nadie ha de ser fiada.

D. FELIX.

Decis bien. ¡O qué engañada *ap.*
vive su imaginacion!
Pues viendo, què Don Henrique
no me conoce, intenté
la introduccion, que logré,
para que, á quanto se aplique
contra Doña Inés su ardor
vengativo, le embarace
mi advertencia, pues no hace
compañia en un amor,
quien en él no puede hablar.
Quedad con Dios, y sabed,
que haciendome vos merced,
tengo de solicitar
ocasion, si es que los dias
lo vencen todo y el cielo:::

D. HENRIQUE.

¿De qué?

D. FELIX.

De que hallen consuelo
vuestras ansias y las mias.

D. HENRIQUE.

¿Pues, si distantes los dos
caminamos, cómo puede
ser eso?

D. FELIX.

A un tiempo sucede
otro tiempo. A Dios. *vase.*

D. HENRIQUE.

A Dios.
¡Ay, Martin, quién me dixera,
que yo esta calle pisára,
y que Leonor se casára,
y yo su casa no huyera!
En fin (¡ay dolor profundo!)
¡que donde me traxo amor,
me trayga pesar y honor!

MARTIN.

Potages son de este mundo.

D. HENRIQUE.

Si lo que vi, fue verdad!

MARTIN.

Yo, que fue mentira, infiero.

D. HENRIQUE.

¿Por qué?

MARTIN.

Tan corto agujero
no tiene capacidad,
para poder distinguir.

D. HENRIQUE.

Bien dices: de mi dolor
la sombra avultó mi error.

MARTIN.

Pues no nos dexa dormir,
ni comer, no hay que dudar,
que es espantajo.

D. HENRIQUE.

¡Es posible,
que un necio tan insufrible
pueda Leonor tolerar!
Si bien, que me da Isabél
esperanza, de vencella;
señal, de que ahun dura en ella
aquel, (¡ ay cielos!) aquel
aprecio, que la debí.
Mas soy tan amante yo,
que siendo contra ella, no
quiero alivios para mí.
Consolado viviré,
con que en su indisposicion
merezca en su corazon
algun lugar.

Sale Don Lorenzo.

D. LORENZO.

Ya le hallé.
Con este quiero pegar,
que en lo malcarado y tieso
tiene cara de proceso.

D. HENRIQUE.

No me dexa sosegar
mi pena.

D. LORENZO.

Chi, chi. ¿ Ah, señor?

MARTIN.

No te mates.

D. HENRIQUE.

Estoy ciego.

D. LORENZO.

¿ Mas que he dado con un lego,
yendo á buscar un lector,
Chi.

D. HENRIQUE.

¡ Qué estrella tan fatal!

D. LORENZO.

Chi, y treinta veces chi.

D. HENRIQUE.

¿Es á mí?

D. LORENZO.

No, sino á mí.
¡ Viose mayor animal!
¿ Sabeis leer?

MARTIN.

Este es el.

D. HENRIQUE.

Yo sé leer bastantemente.

D. LORENZO.

Pues si leeis facilmente,
leedme en este cartel.
Ahí vereis, como le va
á mi hacienda, ahunque es donosa,
con una mujer golosa.

D. HENRIQUE.

Dadme.

D. LORENZO.

No: acercaos acá.

D. HENRIQUE.

¡Cielos, qué miro!

D. LORENZO.

Fatales
gestos.

D. HENRIQUE.

Letra es de Leonor.

D. LORENZO.

¿Mas que quiere coliflor,
y está la libra á dos reales?

D. HENRIQUE *lee.*

Señor Don Felix, porque *ap.*
vuestra pasion vea, quanto
debe á mi afecto::: (¡Qué espanto!)

D. LORENZO.

Vive Christo, que acerté.

D. HENRIQUE *lee.*

Hoy nos da ocasion la suerte,
de poder vernos.

D. LORENZO.

¡Cochinos!
Ahun si quisiera pepinos.

D. HENRIQUE.

Penas, ya he visto mi muerte. *ap.*

D. LORENZO.

¿No dices, lo que propone
esta receta?

D. HENRIQUE.

¡Ah, cruel,
á tu amor y honor infiel!

D. LORENZO.

¡Oygan la cara, que pone!

D. HENRIQUE.

¿Sabeis vos, Señor, acaso,
lo que este papel declara?

D. LORENZO.

A saber leer, no os buscára
yo á vos.

D. HENRIQUE.

¿Qué haré? ¡Fuerte caso! *ap.*
Si se le dexo, otro puede
declararsele, y la vida
de Leonor miro perdida.

D. LORENZO.

¡Qué es esto, que me sucede!

D. HENRIQUE.

Si se le intento quitar, *ap.*
es darle, que presumir.

D. LORENZO.

Leonor me quiere engullir
mi hacienda á medio mascar.

Sale Juana tapada.

D. HENRIQUE.

¡Qué haré!

JUANA.

Señor Don Henrique,
una palabra.

D. HENRIQUE.

Ya voy.

JUANA.

Aqui esperandoos estoy.

D. HENRIQUE.

Ya es fuerza, que no publique *ap.*
este accidente.

D. LORENZO.

Yo quedo
hecho un tonto.

D. HENRIQUE.

Hoy buscaré
á este infiel; hoy perderé
(pues que zeloso no puedo
disimular mi importuno

dolor) quanto reprimi.
Cielos, no me quiera á mí,
pero no estime á ninguno. *vase.*

D. LORENZO.

La mujer se lo llevó.
¿Oís, sois vos su criado?

MARTIN.

Un poco.

D. LORENZO.

¿Pues qué habrá hallado,
que tanto se sofocó,
en este papel maldito
vuestro amo?

MARTIN.

Zumbarle quiero. *ap.*
¿Que quereis, siendo tan fiero
bódrio, el que en él esta escrito?

D. LORENZO.

¿Pues qué pide en los asuntos
de estos renglones malvados?

MARTIN.

Pide monſuntos asados.

D. LORENZO.

Monſuntos! ¿Qué son monſuntos?

MARTIN.

Fruta, que para que cueste,
viene desde Tetúan,
y la come el Preste Juan.

D. LORENZO.

¿Y habrá algun Juan, que la preste?

MARTIN.

¡Qué es prestar! Medio siquiera
seis doblones no pagáran.

D. LORENZO.

Pues dos monfuntos dexáran
difunta la faldriquera.

MARTIN.

De esto, yo os doy testimonio;
lo demás no es mi disputa. *vase.*

D. LORENZO.

Valgate el diablo la fruta
del Preste Juan ó el demonio.
¡Monfuntos! ¡Raro misterio!
Mujer, que quiere por puntos
merendarse unos difuntos,
se almorzará un cementerio.
Mas no lo quiero creer.
Estos me quieren zumbar;
y éste lo ha de declarar,
si acaso sabe leer.

Sale Don Eelix.

D. FELIX.

De continua centinela
de Don Henrique:::

D. LORENZO.

Allá voy.

D. FELIX.

Siempre en esta calle estoy.

D. LORENZO.

Si uste lee, que se las pela,
lea este papel por Christo.

D. FELIX *leyendo.*

¡Cielos, yo soy venturoso! *ap.*

D. LORENZO.

Este no está tan furioso.

D. FELIX.

¡Quien igual traza habrá visto! *ap.*
Sin duda pretende Inés,
avisarme de este modo,
de qué:::

D. LORENZO.

¿Le leyó uste todo?

D. FELIX.

Puedo ir, á verla despues.

D. LORENZO.

¿Es algo eso, de pedir?

D. FELIX.

No es sino, amigo, de dar
gracias de un bien singular.

D. LORENZO.

Esto es cosa, de aturdir.

D. FELIX.

¡Hacer, que él mismo me dé *ap.*
el aviso! ¡Hay tal primor!

D. LORENZO.

¿Qué dice el papel, señor?

D. FELIX.

Eso es, lo que yo no sé.

D. LORENZO.

¿Pues cómo?

D. FELIX.

Iré tras de mi *ap.*
ventura al gozo anhelado. *vase.*

D. LORENZO.

Este sin duda ha encontrado
el monfunto para sí.
Pero; maldito sea él;
ya que el papel ha leido,
¿por qué este hombre no ha querido,
decir, qué dice el papel?

Sale Esparaban.

ESPARABAN.

¿Señor?

D. LORENZO.

Hijo Esparaban,
sacame de una quimera.
¿Sabes deletrear siquiera?

ESPARABAN.

Tres años fui sacristan;
mira, si sabré.

D. LORENZO.

Pues dí,
¿qué dice aqui?

ESPARABAN.

Esto es muy malo.
Letra es de tu esposa.

D. LORENZO.

Palo.
¿Y qué pide?

ESPARABAN.

Dice asi:
Señor Don Felix, porque
vuestra pasion vea, quanto
debe á mi afecto:::

D. LORENZO.

¡Es encanto!
Bellas voces de minué.

ESPARABAN.

Hoy la suerte ocasion da,
de poder vernos.

D. LORENZO.

¿Tonton,
(va de disimulacion)
burlas conmigo?

ESPARABAN.

Aqui está.

D. LORENZO.

¡Qué ha de estar!

ESPARABAN.

Lo que te digo.

D. LORENZO.

¡Lo que escribe mi mujer,

á otro que á mí habia de ser!

ESPARABAN.

¿Por que te enojas conmigo?

Sale Don Sancho.

D. SANCHO.

¿Qué es esto?

D. LORENZO.

Ese borrachuelo,
embustero, que ha fraguado
un enredo. Yo he pensado, *ap.*
si es verdad, lo que ya huelo,
que me está bien, encubrillo.

ESPARABAN.

Soy un hombre muy de bien.
Con otro hombre habla; y de quien
es la letra, he de decillo:
es de mi ama, y vive Dios::

D. LORENZO.

Que es un puro enredo todo,
que castigo de este modo. *dale.*

ESPARABAN.

¡Ay! ¡Ay! *vase.*

D. SANCHO.

Para entre los dos,
¿qué es esto de hombre y de letra?

D. LORENZO.

Un papel.

D. SANCHO.

¿De Leonor?

D. LORENZO.

Sí.

D. SANCHO.

¿A verle?

D. LORENZO.

Ya le rompí.

D. SANCHO.

Pues algo en él se penetra,
Lorenzo, quando un lacayo
puede con su necedad:::

D. LORENZO.

Señor, que es todo maldad.

D. SANCHO.

El trueno avisa del rayo.
Tú sabrás, si es cierto pues;
que no lo será, es mas cierto; *ap.*
pero:::

D. LORENZO.

¡Por Dios, que estoy muerto!

D. SANCHO.

¡Ay de tu honor, si lo es! *vase.*

D. LORENZO.

¡Ay de mi honor! ¿Luego estriva
mi honor, en que obre bien ella?
¿Pues está en mí el disparate,
para que esté en mí la enmienda?
¡Valgate el diablo el papel!
Todas las tripas revueltas
me ha dexado. Ya aborrezco

á Leonor. ¿Pero qué señas
he visto yo, para que
papel y tinta no mientan,
y ahun mundo, demonio y carne.
¿Sin oirla, echarla á cuestas
el sentencion? Ta: que el diablo
es sutil, engaña y tienta.
Yo he de gobernar el caso
con toda quanta imprudencia
cupiere; y pues es de noche,
y está mi casa tan cerca,
yo y Leonor:::

Entra por una puerta y sale por otra, y salen Don Henrique y Juana.

JUANA.

Entra conmigo,
y anda aprisa, no te vean.

D. HENRIQUE.

¡Ay Juana!

D. LORENZO.

¡Qué es lo que miro!

D. HENRIQUE.

Si yo á Leonor mereciera::s

D. LORENZO.

¡Leonor dixo!

JUANA.

Entra; que apuesto,
que mi ama está hecha una perra,
con lo que he tardado. *vanse.*

D. LORENZO.

¡Moscas!
Esta ya es solfa, que suena
de otro modo; pero á bien,
que tengo franca la puerta.
Tras ellos entro. *entra y se esconde.*

Salen Doña Isabél, Don Henrique y Juana.

D. ISABEL.

Un instante
tengo no mas, en que pueda
decirte:::

D. LORENZO.

Desde aqui puedo
escuchar, sin que me sientan.

D. ISABEL.

Quan agradecida está
Leonor á tanta fineza,
como os debe.

D. HENRIQUE.

¡Ay Isabel!
no me engañes, no me mientas.
¿Como me puede estimar,
quien papeles de su letra
envia á un Don Felix, diciendo,
que hay ocasion; que la vea?

D. LORENZO.

¡Primero y segundo, y yo
el sayo de la comedia!
Buena está mi honra. ¿Si puede

ser cierto esto?

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

Dorotea,
trahe á esta pieza vna luz.

JUANA.

¡Ay desdichada!

D. ISABEL.

Entra, entra
tras de mí.

D. HENRIQUE.

No; que he de ver
á esta ingrata, y convencerla.

D. ISABEL.

Que me pierdes; entra.

Entranse, y Don Lorenzo detras de ellos.

D. LORENZO.

Ahun bien,
que por sus pisadas mesmas
he de seguir este enredo.

D. LEONOR.

¿No me oyen?

Sale Don Felix.

D. FELIX.

La contingencia,
de estár la puerta entornada,
no es posible, que no sea
(si el aviso del papel
entiendo) hacer la desecha,

para que yo logre entrar.

D. LEONOR.

En el centro de la tierra
deben de haberse metido.
Yo voy. ¿Mas quién va?

D. FELIX.

Inés bella,
Don Felix soy.

D. LEONOR.

¡Cielos, qué oygo!

D. FELIX.

Yo soy, mi bien, el que esperas,
si el medio entiendo, con que
consiguió tu sutileza
avisarme.

D. LEONOR.

Caballero,
no soy Doña Inés; mas esta
ocasion tener estimo,
para que sepais, que ella
está en mi casa, y que soy
una mujer, que se empeña
en su honor y vuestro amor.

Sale Don Suncho.

D. SANCHO.

¡Cómo tendrán estas puertas
en el quarto de Don Pedro
con tal descuido! Ahun no hubiera
una luz.

D. LEONOR.

Y asi, señor
Don Felix:::

D. SANCHO.

¡Qué escucho, penas!
¡No es esta voz de Leonor!

D. LEONOR.

Bien podeis vuestras finezas
proseguir.

D. FELIX.

En vuestra mano
pongo, señora, mi estrella.

D. SANCHO.

¡Hay mas terrible osadia!

D. LEONOR.

Pues idos con la advertencia,
de que á mi casa otra vez
no os arrojeis, porque en ella
tenemos muchos testigos.

D. SANCHO *echando mano.*

Con uno basta, que venga
tanta injuria.

D. LEONOR.

¡Ay de mí triste!

D. SANCHO.

Hombre, qualquiera, que seas,
que al decoro desta casa
te atreves, de mi sangrienta
ira no te escaparás. *riñen.*

D. FELIX *echando mano.*

Engáñase, el que sospecha
tal accion de mí.

D. LEONOR.

Turbada,
solo elijo en mi defensa
mi fuga. *vase.*

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

¡Ruido de espadas,
y sin luces estas piezas!
¿Quién vá?

D. FELIX.

Quien á cuchilladas
abrirá el paso, que cierra
vuestro arrojo.

D. SANCHO.

Mal podreis.

D. PEDRO.

¡Como mi quarto palestra
de armas! ¿Vos no conoceis,
al que osado no respeta
mi casa?

D. FELIX.

Dichoso he sido,
pues ya he encontrado la puerta. *vase.*

D. PEDRO.

Quién es su dueño:::

D. SANCHO.

Don Pedro,
detenedle; que no pueda
capar.

D. PEDRO.

No pasará
nadie, que no le convierta
mi ardor en cenizas.

D. SANCHO.

Eso es
lo mejor. Muera.

D. PEDRO.

Pues muera.

Sale Doña Inés con luz.

D. INES.

¿Quién ha de morir, señor?

D. SANCHO.

Viva estatua soy de piedra.

D. PEDRO.

¿Don Sancho, dónde está el hombre
con quien reñiais?

D. SANCHO.

La mesma
pregunta os iba yo á hacer.

D. PEDRO.

Por Dios, que es buena la flema.

D. SANCHO.

Mejor es la vuestra, viendo,
que se escapa.

D. PEDRO.

La escalera
saltaré de un brinco en alas
de mi cólera, ahunque quiera
mi edad lo contrario.

D. LORENZO *dentro.*

Asi
se castigan insolencias.

D. ENRIQUE *dentro.*

Valgame el Cielo.

D. LORENZO *dentro.*

A mí, y todo.

Sale Doña Isabél.

D. ISABEL.

¡Hay mas infeliz tragedia!

LAS DOS.

¿Qué es eso?

D. ISABEL.

Acudid aprisa;
que Don Lorenzo (¡qué pena!)
habiendo encontrado un hombre
(claro está, que ladron era)
en esa quadra de adentro,
con él á estocadas cierra:
y él, por no ser conocido,
eligiendo por defensa
un precipicio, se arroja
por el balcon, y la mesma
accion hizo Don Lorenzo;

y no es posible, (estoy muerta)
que no se hayan ambos hecho
pedazos.

D. PEDRO.

¡Ah infames prendas!
¡Ah mujeres! ¡Desdichado
del que os tubiere á su cuenta!

D. SANCHO.

A ayudarle y socorrerle,
vamos.

D. PEDRO.

Vamos.

Sale Don Lorenzo envaynando la espada.

D. LORENZO.

¡Linda flema!
Ya yo pudiera estar hecho
mazamorra y jarcia vieja.

D. PEDRO.

¿Pues que es esto, Don Lorenzo?

D. LORENZO.

¿Y qué es esotro: con esas
espadas ambos caducos?

D. SANCHO.

Una osadia tan nueva:::

D. PEDRO.

Un atrevimiento tal:::
Pero el apurarlo, es fuerza.
Leonor:::

D. LORENZO.

Quedo con Leonor.

D. SANCHO.

Dorotea:: :

D. LORENZO.

Dorotea

no tiene aqui, que hacer nada.

D. PEDRO.

¿Cómo, que no? ¿Una sospecha
tan contra mi punto tengo
de disimular?

D. LORENZO.

Con flema;

que quien debe aqui tener
el punto, ahun hasta en las medias,
soy yo; y pues que disimulo,
nadie en el cuento se meta.

D. SANCHO.

Necio, ¿y encontrar un hombre
yo (no hay, que andar en cautelas,
tocando á todos el todo)
hablando:: ?

D. PEDRO.

¡Infeliz estrella!

D. SANCHO.

¿Con tu esposa?

D. LORENZO.

Puede ser

contingencia.

D. PEDRO.

¡Contingencia!
Vive Christo, he de matarla.

D. LORENZO.

En sacando la dispensa,
y siendo vuestra mujer.

D. PEDRO.

Pues es mi hija.

D. LORENZO.

Ahunque sea.
Ya la disteis al marido,
y siendo suya, no es vuestra.

D. SANCHO.

Eres un necio, y no sabes,
que en tal caso es la prudencia
infamia.

D. LORENZO.

Y la tropelia,
digame usted, ¿qué remedia?

D. PEDRO.

¿Y tú, Lorenzo, que viste?

D. LORENZO.

Un hombre, que en casa se entra,
que le sigo, y que se arroja
de un balcon, sin que pudiera
por la ventana alcanzarle
mi rabia.

D. SANCHO.

¡Y eso te dexa

tan sosegado!

D. LORENZO.

Señores,
en mí no hay las experiencias,
ni el discurso, que en ustedes;
pero yo en estas materias
hiciera la boberia:::

LOS DOS.

¿De qué?

D. LORENZO.

De tener paciencia.
Que puesto, que están en casa,
las qué (si acaso es por ellas)
cometen este delito,
industria, maña, cautela
han de decir la verdad,
sin darlas lugar, que mientan;
y yo siempre he de creer:::

LOS DOS.

¿Qué?

D. LORENZO.

Que mi mujer es buena.

D. SANCHO.

¿Quién os lo asegura?

D. LORENZO.

El ver,
que están las puertas abiertas;
y pues no escapa su vulto,
segura está su conciencia.

D. PEDRO.

Siga la necedad tuya,
tu poco punto esa senda;
que yo haré, lo que me toca.
Valgame Dios, si esto enreda
Doña Inés, ¡qué bien me paga
el albergue y la asistencia! *vase.*

D. SANCHO.

Corrido estoy, de mirar,
quán poco tu honor te empeña;
pero lo que á tí te falta,
sobra en mí. ¡Si es, que viniera
Don Felix hasta Granada
por Leonor! Si asi me premia
mi amistad, bueno estoy yo. *vase.*

D. LORENZO.

Haga, lo que le convenga
cada uno, como conmigo,
ni mi mujer no se metan;
que el mas Bobo, sabe mas
en su casa: y ya se empieza
á adelgazar mi calletre,
con que puede ser, que vean,
que el Honor dá Entendimiento,
y hemos de ver, el que acierta.

JORNADA TERCERA.

Salen Don Sancho y Esparabán con unos papeles.

D. SANCHO.

No sabes, Esparabán,
con quánta interior fatiga
te he estado esperando.

ESPARABAN.

A bien,
que de ella has salido aprisa.
Estos los papeles son,
que en el escritorio habia.

D. SANCHO.

Yo bien conozco la letra
de Leonor, y ya mi dicha
dió, con lo que deseaba.
Toma, y con la traza misma
aquestos papeles vuelve
á su lugar.

ESPARABAN.

Por tu vida,
señor, que no te se escape,

que yo te dí la noticia,
de dónde el papel estaba,
y lo que en sí contenia;
que me pondrá mi señor
de vuelta y media.

D. SANCHO.

¡Que digas
tal! ¿Pues era facil eso?

ESPARABAN.

A mí solo me motiva
la lastima, de saber,
como la gran bobería
de mi amo trata su honor. *vase.*

D. SANCHO.

Hasta en esta gente indigna
se extraña la ceguedad
torpe, la mal advertida
tolerancia de este necio,
ultrage de mi familia. *mira el papel.*
¡Valgame el cielo, qué miro!
Letra es suya, y muerte mia;
y si cotejo el papel,
con lo que oí, que decian,
quando á Leonor y Don Felix
escuché, lo uno confirma
lo otro, y tantas circünstancias
no pueden ser sin malicia.
Ahora bien, ya la sumaria
hecha en escrito, y de oídas

está; solo falta, el ver,
si la confesion explica
del reo el delito, para
que obre en razon la Justicia.
Y puesto que es tan temprano,
y solo Leonor vestida
está en fuerza del desvelo,
con que el temor la malquista
el sueño, hagamos lo mas
que podemos, que es oírla.
¿Leonor?

Sale Leonor.

D. LEONOR.

¿Padre?

D. SANCHO.

¿Cómo ahora
nombre de tanta caricia
me dás, Leonor?

D. LEONOR.

Como, quien
tanto á su marido estima,
debe al padre de su esposo
duplicado amor, á vista
de que es pariente del alma,
y el padre lo es de la vida.
¿Qué me mandas?

D. SANCHO.

Que parezcas,
lo que dices, y no finjas.

¿Quién era un hombre, con quien
hablando estabas con finas
expresiones la otra noche
(que acaso al quarto subia
de tu padre yo) en aquesta
propia pieza, á quien retiran
la luz?

D. LEONOR.

Uno, que se entró
casualmente.

D. SANCHO.

Eso es mentira;
y para que no lo niegues,
dime: ¿cómo ya sabías,
que se llamaba Don Felix,
pues asi tu alevosía
le nombró? ¿Saber su nombre,
y entrar acaso, no implica?

D. LEONOR.

No, señor; que es conseqüencia
la vuestra errada é indigna:
porque, como al propio tiempo
que entró en la quadra, salia
yo, preguntando, quién era,
dió de su nombre noticia;
y asi lo supimos ambos
á un tiempo.

D. SANCHO.

Estás convencida

por dos partes; la primera
es, porque, si no sabías,
quien era, lo natural
era, que del miedo herida,
juzgando, fuese ladron,
convocases la familia
á voces, huyendo dél;
mas tan al contrario hacias,
que:::

D. LEONOR.

Le hablaba en un empeño
de otra mujer, que se fia
de mí.

D. SANCHO.

¿Leonor; quién te ha hecho
agente de tus amigas?

D. LEONOR.

La razon.

D. SANCHO.

Una mujer
sábia, honesta y recojida,
no anda en tan ruines empleos.
Tú eres sola:::

D. LEONOR.

No lo digas;
mira, que es mucha mujer,
la que ultrajas.

D. SANCHO.

¿Y al que irritas

no es mejor que tú?

D. LEONOR.

¡Mejor!
Mayor sí, que soy tu hija;
¡pero mejor! A buen tiempo
revuelves genealogías.

D. SANCHO.

Las obras dicen la sangre.
¿Y en qué no andará atrevida
quien (porque á la otra razon
pase, que lo otro confirma,
de lo que niegas) escribe
con veneno, en vez de tinta
este papel? *Muestrasele.*

D. LEONOR.

¡Ay de mí!

D. SANCHO.

Tu letra es. ¿De qué te admiras?

D. LEONOR.

No rompió Inés los papeles. *ap.*
¿Pues cómo, (¡yo estoy perdída!
¡Hay mayor desgracia, cielos!)
este billete vendria
á las manos de Don Sancho?

D. SANCHO.

¿Ves, como, quantas fabrícas,
son suposiciones falsas?

D. LEONOR.

Negar, que la letra es mia,

no puedo ; pero la nota
no lo es ; y eso califica,
que hubo necedad , no culpa,
en que yo por otra escriba,
quando:::

D. SANCHO.

¿Con tan poco miedo
confirmas una ignoniinia
semejante ? Vive Dios,
que deste acero á la ira,
infame mujer:::

Sale Don Lorenzo.

D. LORENZO.

¿Qué es esto?

D. SANCHO.

Hacer, lo que tú debias,
teniendo honra.

D. LORENZO.

¡Cómo; cómo!
¡En mi casa alicantinas!
¿A mi mujer amenazas?
Meta la daga en la cinta,
señor: que, como está chocho,
parece, que desvaría.

D. LEONOR.

Si tú, Lorenzo, me oyeras:::;

D. LORENZO.

Gastaramos la saliva
en valde ; pues quanto hay bueno

creo de tí, sin que lo digas.

D. LEONOR.

Es que yo:::

D. LORENZO.

¿Qué, es lo que intentas?

D. LEONOR.

Disculparme.

D. LORENZO.

Es boberia.
La verdadera disculpa,
y la que tú necesitas,
es, que yo no la pretenda,
pues que no hay, para que sirva.
Y asi, vive Dios:::

D. SANCHO.

Ya en él
la colera resucita.

D. LORENZO.

Que si sé, que no te vas
al paseo, á las visitas,
y que no estás muy alegre,
me lo has de pagar: y mira,
que he de ver en tu semblante,
lo que tu interior me explica.

D. LEONOR.

Como á mí nada me acusa,
verás tan obedecidas
tus órdenes, que ahora voy,
á ordenar mil alegrías;

que, estando tú satisfecho,
todo lo demás no implica. *vase.*

D. SANCHO.

Quando en tí ni entendimiento,
hay; ni punto en tan no vista
maldad:::

D. LORENZO.

Hay en usté voces,
que alborotan, y no avisan;
y hay:::

D. SANCHO.

¿Qué ha de haber?

D. LORENZO.

Imprudencias,
que ajenas pendencias riñan.

D. SANCHO.

A mí me toca:::

D. LORENZO.

¿Qué toca,
ni qué tañe, ni qué chifla,
sino es rezar y comer,
sin entrometerse en vidas
ajenas?

D. SANCHO.

¡Ajenas!

D. LORENZO.

Sí;
que ya os dixe el otro dia,
que Leonor es mi mujer.

D. SANCHO.

¿Cómo asi te precipita
tu necedad con tu padre?

D. LORENZO.

A ese nombre de rodillas
obedezco; pero, como
hallo en vos, quien me lastíma,
en lo que adoro, y es mio,
el defenderlo, es precisa
accion: ¿y si lo unís vos,
quién quereis que lo divida?

D. SANCHO.

Lorenzo:::

D. LORENZO.

No me molais.

D. SANCHO.

Advierte:::

D. LORENZO.

Es vana porfia;
y eso de sermon es bueno
para la Iglesia, ó la esquina.

D. SANCHO.

Pues quedate con tu necia
extravagante manía;
y ahun no sé, si diga infame,
mientras mi maña averigua,
(pues que conozco á Don Felix,
y el papel que le escribia
Leonor, tengo en mi poder)

¿en qué se funda, en qué estriba
esta confusion? *vase.*

D. LORENZO.

Señores:
¡que digan, que hay una pizca
de entendimiento en el mundo,
quando, en quien mas se fatiga
en hacer que sabe, se hallan
dos ó tres bachillerías,
y en llegando á las acciones,
con mil tiznones las pringa?
Confieso, que en este caso
hay sospechas infinitas,
que me tienen desvelado,
y han hecho en mi fantasía
tal impresion al impulso
del honor, que en mis dormidas
potencias despierta quantos
vagos discursos bacilan,
que lo que estudio y desvelo
y ahun naturaleza misma
no quiso hacer han logrado
y hecho en mi imaginativa,
de la honra el sentimiento,
y el temor de la ignominia.
Otro yo, en pensando en esto,
hay en mí; y quando desvía
mi discurso estas especies,
vuelvo á mi rudeza antigua.

En fuerza de este discurso,
yo de Leonor bien podria
saber la verdad. ¿Pues cómo
he de mostrar una indigna
desconfianza, á quien ha de
vivir en mi compañia?
¿Si está inocente (que es cierto)
cómo viviré á su vista?
¿Ni cómo á un hombre querrá,
que sabe, que desconfia
de ella? ¿No es darle permiso
á la culpa, el discurrirla,
que pudo ser capáz de ella?
Esta es consecuencia fixa.
Demás de esto su quietud,
el vér, que no solicíta
su disculpa, haber en casa
dos criadas y una prima;
y ahunque ella escriba el papel,
ver, que en él á un hombre avisa,
sin expresar á qué efecto,
¿no puede, si bien se mira,
ser accion indiferente?
Y quando algo se permita
al recelo, á una ignorancia
una reprehension castiga.
¿Pues cómo me he de arrojar
á maltratarla, á reñirla,
labrandome yo la ofensa,

que ella quizás no imagina?
No, señor: maña, cautela,
invencion, marrajería
han de inquirir la verdad;
y si el daño se confirma,
hay un veneno, que calla,
y no un puñal, que publica.
Y pues sé, que es aquel hombre,
que me costó la caída
del balcon, el mismo, que
está siempre de estantigua
de esta calle con el otro
que siempre está en las esquinas,
con él hablando, yo haré:::
Pero esto el tiempo lo diga. *vase.*

Salen con manto Doña Isabél y Juana, y con ellas D. Henrique y Martin.

D. HENRIQUE.

¿Con qué, Isabél hermosa,
pagaré lo que debo á tu belleza?

D. ISABEL.

Ahun ignoras, Henrique, mi fineza;
pues viendo la forzosa
accion, de verte entonces arrojado
por el balcon, fue tanto mi cuidado,
que no bastando el verte
despues sin daño alguno, de esta suerte
á la calle me arrojo,
á pesar de la guardia, que el enojo

ha puesto de mi tio
en su casa, buscando el amor mio
ocasion, que se hallen descuidados
Don Lorenzo, Don Pedro y los criados.

D. HENRIQUE.

¡Ay, divina Isabél, si yo debiera
tanto á esa ingrata, á esa enemiga fiera,
como te debo á tí, quánta sería
mi gloria, mi consuelo, mi alegria!
Pero quieren los hados,
que añada su traycion á mis cuidados
despues de mis desvelos
el dolor insufrible de unos zelos.

D. ISABEL.

¡Zelos! ¿De quién?

D. HENRIQUE.

De un hombre, que ignorado
vive de mí: un Don Felix, que ha logrado,
que le escriba Leonor, y que la vea.
Yo mismo ví el papel.

D. ISABEL.

No sé, quién sea.
Mas si todo eso ves:::

MARTIN.

Ah Reyna mia,
¿no quiere usted, hacerme compañia?

JUANA.

No señor, que me llama
mi inclinacion:::

MARTIN.

¿A qué?

JUANA.

A primera dama;
y es usted muy bufon, y no quisiera,
me hiciese su segunda ó su tercera.

MARTIN.

Para eso de tercera era donosa.

JUANA.

¿Por qué?

MARTIN.

Porque es su cara muy graciosa.

JUANA.

¿Graciosa solamente?
Mirela sin pasion: pongase enfrente.

MARTIN.

Pase.

JUANA.

¿No mas que pase?

D. HENRIQUE.

¿Quando mi pecho en zelos no se abrase,
me podrás persuadir, á que la olbide?
No: quando sé, que aleve no se imide
al amor de su esposo,
á quien no le disputo lo dichoso,
pues se lo dió la suerte;
mas á otro, y no ser yo ¡tormento fuerte!
ver que Leonor conceda una esperanza,
yo ensayaré su olbido en mi venganza.

JUANA.

Vamos, que ya es tarde.

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

¡Cielos,
no es Juana aquella, que miro!

D. HENRIQUE.

Permitid, que os acompañe,
hasta quedar sin peligro,
de que os vean.

D. ISABEL.

Vete tú;
que nosotras de improviso,
como está cerca, podremos
entrarnos en casa.

D. PEDRO.

Es fixo,
que es ella y quien la acompaña.
¡Oh sospechoso martirio;
que es fuerza, que en tu veneno
conviertas ahun los indicios!
¿Quién duda, que sea Leonor?
Arrojaréme atrevido.

D. HENRIQUE.

El cielo te guarde.

D. ISABEL.

A Dios. *vanse.*

JUANA.

Servidor, seo Martinillo.

MARTIN.

A Dios, chusca. *vanse.*

D. PEDRO.

Ya no sé,
qué hacerme; que si á él le sigo,
pierdo convencerla á ella,
de que la hallé en el delito;
si á ella me acerco; él se escapa;
y ahunque le alcance, es preciso,
niegue el hecho. Esto resuelvo;
acabar de descubrirlo
alcanzandola. Este hombre
es, el que á la esquina he visto,
y á mis puertas. ¡Oh pesares!
¡Oh, como sois discursivos! *vase.*

Sale Doña Leonor poniendose el manto.

D. LEONOR.

¿No despachas Dorotéa?

D. INES *dentro.*

Ya voy, señora.

Salen Doña Isabél y Juana.

D. ISABEL.

Hemos sido
dichosas; que está de espaldas.
Mientras el manto me quito
llega y diviertela. *vase.*

JUANA.

Mi ama,

ya el cernicalo prendido
traygo.

D. LEONOR.

Yo no te he mandado,
que vengas; que quien conmigo
ha de ir, es la otra.

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

Infame,
ya di, á pesar de tu indigno
recato, con la evidencia
de tu loco desvarío.
¿De dónde vienes, traydora?
¿Quién es::: (Volcanes respiro.)
el hombre, con quien hablabas?

D. LEONOR.

¿Señor, pretendeis, el juicio
volverme, ó despues de tantos
pesares como resisto,
inventarme otros tormentos?
¿Quándo de casa he salido
yo? ¿Quándo he hablado con nadie?

D. PEDRO.

¡Que ahun pretendes, basilisco
de mi honor, negar lo propio,
que acabo de ver, testigos
ese manto, esa criada,
á quien un descuido hizo,
que viese el rostro!

JUANA.

¡Jesus!
¡Yo con manto! ¡A mí el hocico!
¡Yo fuera de casa!

D. LEONOR.

Advierte,
que ahora estamos, para irnos,
prendiendonos estos mantos.

D. PEDRO.

Ya tus engaños confirmo;
pues negando la evidencia,
con la duda harás lo mismo;
y vive el cielo:::

Sale con manto Doña Inés.

D. INES.

¿Señora,
vamos?

D. PEDRO.

¿Qué es vamos?

D. LEONOR.

Vestirnos,
para ir á misa.

JUANA.

Ahun se está
sin la carlanca Longinos.
¿Esparabán?

ESPARABAN.

Aqui estoy.

D. PEDRO.

Yo he de perder el sentido;
Vén acá, aleve.

JUANA.

Ay, señor,
tireme usted mas quedito;
que me desmenuja.

D. PEDRO.

Quando
esa infame:::

JUANA.

¡Jesu-Christo!

D. PEDRO.

Hablaba con aquel hombre,
que es en la esquina continuo
de esta calle, ¿no volviste
el rostro, diciendo á gritos:
vamos, que es tarde?

JUANA.

Justicia
de Dios ¡Que no haya un ministro,
que me oyga! Que me deshonran.

D. PEDRO.

No es eso, lo que te digo.
Has de confesar, villana.

D. ISABEL *saliendo.*

¿Señor, pues con qué motivo:::

D. INES.

¿Pues con qué causa, señor:::

D. ISABEL.

Ocasionas este ruido?

D. INES.

Nos pones en confusion.

D. PEDRO.

Vén acá, Isabél (sin tino
me tiene el dolor) ¿saliste
hoy de casa?

D. ISABEL.

¡Quándo has visto,
que salga yo sin mi prima,
y sin que lleve conmigo
los criados!

D. PEDRO.

Dices bien:
y si con la accion confirmo
la sospecha, ¿en qué me paro,
sino en volver al principio
de mi recelo. Isabél,
entrate allá en tu retiro.
Esparabán, vete y busca
á Don Lorenzo.

ESPARABÁN.

De un brinco
daré con él, si no está
paciendo entre los borricos. *vanse.*

D. PEDRO.

Esperate, Dorotéa;
y tú, ingrato cocodrilo,

que, para matar, adulas
con tiernos llantos fingidos,
entra en esa quadra, en donde
negada al menor resquicio
de la luz del sol, esperes
el mas terrible castigo,
que pueda inventar la ira;
pues en extremos distintos,
el ser del alma le borras
al que (¡oh no hubiéras nacido!)
el sér te dió de la vida,
con excesos tan indignos,
que ya es tanta tolerancia
vilipendio.

D. LEONOR.

¿Padre mio,
pues para tanta crueldad
qué es, lo que yo he cometido?

D. PEDRO.

Tú lo sabes.

D. LEONOR.

¡Yo! ¿Era facil,
diese lugar, que un indicio
hubiese el menor, negando
el sér, que de vos recibo,
sin que yo misma en mí propia
hiciese:::?

D. PEDRO.

¡Dexa artificios,

que no han de valerte.

D. LEONOR.

Mira,

que para ojos, para oídos
hay engaños.

D. PEDRO.

¡Y evidencias.

D. LEONOR.

Señor, que oygas, te suplico.
Don Sancho me hizo hoy un cargo,
tú vienes con un capricho.

D. INES.

¡Ay de mí! ¡Si aquel papel *ap.*
causa tantos laberintos!

D. LEONOR.

Y no es justo, que yo sufra,
culpar mi honor terso y limpio
por razon alguna.

D. PEDRO.

A todo
te respondo, si te digo:::

D. LEONOR.

¿Qué?

D. PEDRO.

Que nada he de creerte

D. LEONOR.

Padre, valgame este mismo
nombre, para enternecerte,
si un instante te suplíco

me oygas; que harto tiempo tienes,
de ser despues mi enemigo.
¿Dorotéa?

D. INES.

Oye, señor,
á tu hija, no compasivo,
sino justo; y si no quieres
escucharla, yo te afirmo,
que está inocente, y quizás
yo tengo de su delito
la culpa.

D. PEDRO.

A no enternecerme,
marmol fuera y bronce frio.

D. INES.

Oyela, y oyeme á mí.

D. PEDRO.

Tú eres parte, y tú testigo:
y ahunque ambos apasionados,
quiero conceder mi oído
á tí, que estás obligada
tambien á mis beneficios,
pero no delante de ella.

D. LEONOR.

Pues ahora si que te pido,
que me asegures y encierres;
mira, de mí quánto fio;
que me voy á la prision:
y pues del que era preciso

huir, estando culpada,
mi Juez hago, no te digo
mas en mi abono.

D. PEDRO.

Leonor,
ni yo en razon de tu alivio
mas á tí, de que tu gozo
no será mayor que el mio,
como estés sin culpa. *entrala.*

D. INES.

Cielos,
ya el ultimo extremo vino,
de pagarla la fineza
á Leonor; que por mí hizo.

D. PEDRO.

Inés, pues que sabeis quánto
á mi casa habeis debido,
que os he hospedado, y que en nada
os distingue mi cariño
de mi hija y mi sobrina,
hablad: mas bien entendido,
que respondiendome solo
á lo que en fé os participo,
de que direis la verdad.

D. INES.

Falteme el Cielo divino,
si os la recatare.

D. LORENZO *al paño.*

Ya

dexo hablados tres amigos,
y todo en gerga:::: Mas ola,
¡mi suegro aqui divertido
con Dorotéa! ¿Si el viejo
tendrá resabios de niño?
He de escucharlos.

D. PEDRO.

¿Don Felix
alguna vez ha venido,
á veros de noche?

D. INES.

Extraño,
que hagais de mí tan mal juicio.

D. PEDRO.

¿Sabeis, quién es cierto hombre,
que la noche de aquel ruido
se halló hablando con Leonor?

D. INES.

Ella á mí nada me dixo.

D. PEDRO.

¿Habeis salido con ella
esta mañana?

D. INES.

Ahora mismo
ibamos fuera.

D. PEDRO.

¿Quién sera:::

D. LORENZO.

¡Haya suegro mas maldito!

¡Que rabien todos los viejos
por andar en cuentecillos!

D. PEDRO.

La que salió esta mañana
con Juana?

D. INES.

Yo á nadie he visto
salir de casa, señor.

D. PEDRO.

¿Si yo la ví; si he venido
siguiendola; si la hallé
con Leonor; si la accion miro
de estarse quitando el manto,
y á vos con él, no es preciso
venga con ella ó con vos?

D. INES.

Con ella, sé, que no vino.

D. PEDRO.

Pues vino con vos.

D. INES.

Tampoco.

D. PEDRO.

¿Pues es encanto? ¿Es hechizo?
¿ó qué es esto?

D. LORENZO.

Es el demonio,
que está en los suegros metido.

D. PEDRO.

Pues vive Dios, que ha de estar

mientras todo lo averiguo,
esa infiel hija encerrada
en esa quadra.

D. LORENZO.

¡Qué he oído!

D. PEDRO.

Ya que un enredo tras otro,
hidra de cuellos distintos,
sucede:::

D. INES.

Pues del papel *ap.*
no dice nada, ello es fixo,
que no sabe nada.

D. PEDRO.

Alli
ha de morir.

Sale Don Lorenzo.

D. LORENZO.

Suegrecillo,
¿quién ha de morir?

D. PEDRO.

Un aspid,
que engendré, para que impío
me diese muerte.

D. LORENZO.

¿Y Leonor?

D. INES.

No sé. *vase.*

D. LORENZO.

Mas que me aspo á gritos.

Leonor, Leonor, Leonor::: *á gritos.*

suegro, fondo en pergamino:::

D. PEDRO.

En esa quadra, Lorenzo,
está, donde determino
no darla la libertad,
hasta averiguar:::

D. LORENZO.

Quedito.

¡Qué es eso, de averiguar
á mi mujer! ¡Voto á Christo!
Con la mujer solo puede
averiguarse el marido.
Venga la llave.

D. PEDRO.

Esta es;

pero dartela resisto,
hasta hacer una experiencia.

D. LORENZO.

¡Experiencia! ¿Somos Chinos?
Experiencias con mujeres,
es zapatear sobre vidrio.
Suelte la llave.

D. PEDRO.

Lorenzo:::

D. LORENZO.

Suelta, vejete, ó te quito

la cofayna de los sesos.

D. PEDRO.

Toma; que tu desvarío
no distingue; que á saber,
fuera, dandote un aviso.

D. LORENZO.

¿De qué?

D. PEDRO.

De que ya casada
Leonor, no tengo dominio
sobre ella; tuya es la accion,
y en tí recae el peligro.

Dale la llave, y vase.

D. LORENZO.

De oráculos de cecina
con espantajos de mico
estos viejos me marean
á sentencias los sentidos.
Mas del papel, que perdí,
pues alguno del bolsillo
me lo sacó, yo ya tengo
alguna seña, pues dixo
mi suegro, si habia Don Felix,
á Dorotéa, venido,
á ver. ¿Qué fuera, que yo
descubriese este embolismo?
Mas vamos á lo que importa.
Amoroso dueño mio, *abre.*
sal aqui.

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

Padre, estás ya
satisfecho y convencido
de mi inocencia?

D. LORENZO.

¿Qué padre?
Hija, es un perro judío
el que tú tienes. Tu padre,
tu madre, y ahun tu sobríno
soy yo, porque yo soy solo,
quien no hace de tí mal juicio.

D. LEONOR.

¿Esposo?

D. LORENZO.

Daca los brazos,
y maldito sea, quien te hizo,
y el que me hizo á mí tambien.

D. LEONOR.

¡Qué dices!

D. LORENZO.

Que confundido
vá el viejo y desengañado.

D. LEONOR.

Claro es, pues vió:::

D. LORENZO.

Nada ha visto;
que tiene los ojos güeros,
y ahun con otros dos postizos.

no vé siete sobre un asno.

D. LEONOR.

Pues dime, ¿qué ha sucedido?

D. LORENZO.

Yo te lo diré despacio.
Que te vayas te suplico,
y echame acá á Dorotea.

D. LEONOR.

¿Pues qué misterio exquisito
hay ahora?

D. LORENZO.

No me repliques,
¿No vés, que me encolorizo?
Echame acá á Dorotea. *vase.*

Sale Doña Inés.

D. INES.

Aqui estoy á tu servicio.

D. LORENZO.

¡A mi servicio, señora!
¡Qué concepto tan cochino!
Hable bien, y oyga. ¿No sabe,
que, rasgando papelillos,
la encontré, sobre mi mesa
el otro dia? Si finjo, *ap.*
la he de sacar la verdad.

D. INES.

Es cierto.

D. LORENZO.

Pues la he cojido;

que ya sé, quien es Don Felix,
y segun el viejo ha dicho,
sé, que su nombre es Inés;
y que ella, sin ser Obispo,
se ha confirmado á sí propia;
y todo este revoltillo
se le achacan á Leonor,
y ella es, la que le ha urdido.
¿Estó es verdad ó mentira?

D. INES.

¡Cielos, todo se lo han dicho *ap.*
Leonor y Don Pedro! En vano
será, negarlo; y, si aspiro,
á ocultarlo, el honor queda
de Leonor en gran peligro.
Mejor es, Cielos, fiar
algo al favor del destino,
y confesarlo.

D. LORENZO.

¿Qué dice?

D. INES.

Si vés, que no te replico,
¿no conoces, que concedo?

D. LORENZO.

Pues ven acá, demoñito,
trampa con moño, patillas
con cintajos y con grifos,
el papel, que yo le ví,
¿como, siendo tuyo mismo,

era de la mano y pluma
de Leonor, menor pupilo
de Doña Inés Dorotea?

D. INES.

No sé escribir, y me hizo
merced, de escribirle ella.

D. LORENZO.

Malditos sean sus nudillos,
y bien hayas tú entre todas
las embusteras del siglo,
que con tu voz me has abierto
las puertas del paraiso.
Dame un abrazo.

D. INES.

Repara:::

D. LORENZO.

Dame dos, tres, quatro, cinco.

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

¡Qué es esto!

D. LORENZO.

Estar abrazando.

D. LEONOR.

¡Pues cómo tan atrevido,
donde pueda verlo!

D. LORENZO.

Calle,
y metase en su escondrijo,
que si lo supiera bien,

á cien reales el quartillo
me pagara de este abrazo. *abraz.*

D. LEONOR.

¡Dorotea!

D. LORENZO.

Bueno, lindo.
¿Qué Dorotea, ó qué diablo?
Vaya allá dentro, la digo.

D. LEONOR.

¡Cómo::!

D. LORENZO.

Vaya; que la tengo
de cortar esos deditos.

D. LEONOR.

Yo he de saber:::

D. LORENZO.

Arre allá. *Entrala.*
Tú, Inés, ven; que vive Christo,
que hoy te has de casar con ese
Don Felix advenedizo.

D. INES.

¡Qué dices!

D. LORENZO.

Que yo sé, como:::
Vén; que esta llave su oficio
ha de hacer; y tú, pues es
por tu bien y por el mio,
has de ayudar cierto enredo.

D. INES.

Si es á ese fin, no replico.

D. LORENZO.

Y Leonor cierta engañifa;
con que han de ver, si consigo
acreditar, que en su casa
mas el mas necio ha sabido;
y vengarme de canalla
maliciosa : y pues los niños
viene espantando la noche
con su rostro guarnecido
en holandillas de nubes
pardas y negras, quedito;
seguirme y obedecerme;
que ello dirá.

D. INES.

Ya te sigo. *vanse.*

Sale por un lado Don Felix, y por el otro Don Henrique y Martin.

D. FELIX.

Noche, de temores llena:::

D. HENRIQUE.

Madre de sustos y horror:::

D. FELIX.

Pues copiando mi dolor:::

D.HENRIQUE.

Pues retratando mi pena:::

D. FELIX.

Me hace espaldas tu piedad:::

D. HENRIQUE.

Tu confusion me desmiente:::

D. FELIX.

Permite, que estar intente:::

D. HENRIQUE.

Dexa, inquirir la verdad:::

D. FELIX.

Donde logre un desengaño:::

D. HENRIQUE.

De una ciega fantasia:::

LOS DOS.

Y mas que no salga el dia,
si ha de salir por mi daño.

D. FELIX.

Pues hácia alli un vulto veo.
¡Si es Don Henrique! No hay duda.

MARTIN.

¡Qué haya hombre, que á ver acuda
de noche, lo que el deseo
de dia no vé!

D. HENRIQUE.

No, Martin,
culpes en mi accion alguna:
culpa mi adversa fortuna,
que pudiendo ser el fin,
de estar aqui, el de lograr
un amoroso placer,
un pesar hubo de ser.

MARTIN.

Y ahun pesar puede el pesar
algo mas, si porfiado
aguardas hasta las nueve.

D. HENRIQUE.

¿ Qué ?

MARTIN.

La tormenta, que llueve
el nubarron del vidriado.
Mira, hombre de satanás,
que estás en riesgo evidente.

Sale Don Lorenzo, é Inés con manto.

D. INES.

¿ Suele ponerse alli enfrente ?

D. LORENZO.

Sí, y tú le llamarás.
Llega.

D. INES.

Cé.

D. HENRIQUE.

A mí.

D. INES.

A vos: seguidme;
que os llama aquella persona,
que está en casa de Leonor.

D. HENRIQUE.

Isabél es. ¿ Quién lo ignora ?
Sigueme, Martin.

D. LORENZO.

Ya tienes,
quien te vaya haciendo escolta.

D. INES.

Dos vienen.

D. LORENZO.

Vengan doscientos.
Sin que te vean, ni te oygan,
encierralos, donde dixe,
y aguardame.

Vanse Don Henrique y Martin tras Inés, y sale Don Sancho.

D. SANCHO.

¡A quien importan
vida y honor sus sospechas,
qué poco un sosiego logra!
No he podido descubrir
á este Don Felix, que nombra
el papel. ¡Pero qué miro!
En la esquina está una sombra.
¿Quién duda, que es él; pues siempre
en ella las noches todas
veo; que embozado:::?

D. FELIX.

Hácia mí
con solicitud curiosa
se llega un hombre.

D. LORENZO.

¿Qué fuera,

que embarazase una droga
mi intencion. Ah caballeros.

Al paño tres hombres.

LOS DOS.

¿Qué mandais?

D. LORENZO.

Puntico en boca,
y prontos á la ocasion.

LOS TRES.

Uced el caso disponga,
y se engergará.

D. LORENZO.

¡Qué hermosos
plumages para la horca!

D. SANCHO.

¿Señor Don Felix?

D. FELIX.

¿Quién es?

D. SANCHO.

Quien, ya que el nombre le informa,
quiere de vos inquirir,
¿que es, lo que os trahe á estas horas
á este sitio? ¿Y qué á acciones
os conmueve indecorosas
hácia un respeto el mas grande?

D. FELIX.

A proposiciones locas,
respondo yo desta suerte. *riñen.*

D. SANCHO.

Y yo concluyo de estotra.

D. LORENZO.

Ahora es ocasion: llegad.

Salen los tres.

UNO.

La Justicia.

D. FELIX.

¿Yo?

UNO.

La boca
le tapad. Vaya.

LOS TRES.

Venid. *llevanle.*

D. SANCHO.

Malogré la accion heroyca,
que intentaba. Recatarme
(pues que no advirtió la ronda
en mí) es fuerza, y pues le llevan
á la carcel, poco estorva;
que alli podré dar con él.
Por no encontrarlos, que coja
esta calle, y entre en casa,
es mejor. *vase.*

Salen Don Lorenzo, los tres hombres, Don Felix cubierto el rostro.

D. LORENZO.

Aqui se ahorman
los guapos.

D. FELIX.

¡Tanto rigor
por casualidad tan corta!

D. LORENZO.

Entre y calle. A Dios, amigos.

LOS TRES.

Ved, si mandais otra cosa. *vanse.*

D. LORENZO.

¿Doña Inés?

Sale Doña Inés.

D. INES.

¿Qué es, lo que quieres?

D. LORENZO.

¿Y Don Felix?

D. INES.

En esotra
pieza está.

D. LORENZO.

Dame la llave.
¿El no te vió?

D. INES.

Y ahun de forma
mentí la voz, que ni el eco
pudo conocer.

D. LORENZO.

Ahora
llama á Leonor, y trahe luces.

D. INES.

Aqui te las tengo prontas,

y ella está aqui.

Saca dos luces, y sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

¿Que me ordenas?

D. LORENZO.

Que tus contrarios conozcas,
y que sepas, que tu esposo,
siendo un pobre zampa tortas,
ha sabido hacer sin ruido,
lo que otros gritando no obran.

D. LEONOR.

¿Pues por qué me dices eso?

D. LORENZO.

Porque has estado sin honra
hasta aqui, por un papel,
que de Marta la piadosa,
has escrito por Inés.
Mira, que nada se ignora,
y que es tiempo, de hablar claro.

D. LEONOR.

Ya Inés me informó de toda
la máquina, que dispones.

D. LORENZO.

Tú verás, como se logra
mi bien y el tuyo.

D. LEONOR.

Desde hoy
con mayor deuda te adora
mi obligacion.

D. LORENZO.

Pues oculta
está aqui, y de lastimosas
voces embute los ayres, *escondele.*
quando yo te avise. Toma
tú esa luz, y abre á Don Felix.

D. INES.

Cielos, yo he sido dichosa.
¿Don Felix? ¿Mi bien?

Sale Don Henrique y Martin.

D.HENRIQUE.

¿Quién llama?
¡Pero qué miro! ¡Ah traydora!
Muere. *Va á darla.*

D. INES.

¡Ay infelice de mi! *huye.*

D. LORENZO.

Esta es otra gerigonza.
¿Qué es esto?

D. HENRIQUE.

Ver una infame,
motivo de mi deshonra.

MARTIN.

¿Adonde estoy?

D.HENRIQUE.

No impidais,
que dé muerte á una alevosa.

D. LORENZO.

¿No dice, que este es su amante,

mujer ó diablo?

D. INES.

Pues pronta
la llave encuentro en la puerta,
aquesta quadra me esconda.

Va á entrar por la puerta izquierda, donde está Don Felix.

D. FELIX.

¿Quién vá? ¡Mas qué es lo que miro!
Inés, ¿quién es, quien te enoja,
que yo moriré á tu lado?

D. LORENZO.

Buena va la trapisonda.

D. HENRIQUE.

Don Juan, ¡cómo amparais vos
á quien:::!

D. FELIX.

Suspended la heroyca
cuchilla; que sòy Don Felix,
y es vuestra hermana mi esposa.

D. HENRIQUE.

¡Cómo!

D. FELIX.

Cómo de aquel lance,
que fugitiva hasta ahora
la ha trahido, soy el dueño.
Es mi nobleza notoria.
Don Felix soy de Toledo.
Si por mujer me la otorgas,

todo lo remedias.

D. LORENZO.

¿Esta
es comedia ó Babylonia?

MARTIN.

¿No dixe yo, que estos cuentos
habian de parar en boda?

D. HENRIQUE.

Fuerza es, abrazar el medio,
que el pundonor me recobra.

D. LORENZO.

Ya todo está descubierto.
Grita, Leonor; que ya es hora.

D. LEONOR *dentro.*

¡Ay infelice de mí!

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

¿Quién mi sosiego alborota
con quejas?

D. SANCHO *saliendo.*

¿Qué tristes ecos
son estos?

Sale Doña Isabél.

D. ISABEL.

¡Qué pavorosas
voces alteran el ayre!

Salen Juana y Esparaban.

LOS DOS.

¿Quién maltrata mi señora?

D. LORENZO.

Quien ha vuelto por su honor,
haciendo, lo que le toca.
Ya Leonor con esta daga
queda hecha pepitoria.

D. SANCHO.

¡Qué dices!

D. PEDRO.

¡Qué has hecho!

D. LORENZO.

¿Qué?
Lo que vuestras ceremonias,
vuestras malicias y vuestras
imprudencias me provocan.
¿Donde está un papel escrito
á un Don Felix, Don Alforja,
ó Don Demonio?

D. SANCHO.

Aqui está.

D. INES.

De ese papel es la nota
mia, y le escrbi á Don Felix;
y ahunque es de la mano propria
de Leonor, de lastimada
de mi honor, puso ella sola
la pluma, no la intencion.

D. PEDRO.

Ese desengaño sobra.
¿Mas el hombre, que seguiste

y que de un balcon se arrojá?

D. ISABEL.

Fue Don Henrique, señor,
á quien engañada y loca
mantube en otra creencia;
siendo yo, la que amorosa
quise atraherle á mi afecto,
sin que nada vea, ni oyga
Leonor. Páguelo mi vida;
pues temeraria y traydora
he causado yo esta ruina.

LOS DOS.

¡Pues cómo, infame!

D. HENRIQUE.

Deponga
vuestra razon el enojo;
que es bien, que yo reconozca
yerro y enmienda. Mi mano
es de Isabél. *Danse las manos.*

D. SANCHO.

¿Y una sombra,
que vi, hablando con Leonor?

D. INES.

Es, que, sabida mi historia,
porque mi honor restaurase,
hablar, á su cargo toma,
á Don Felix.

D. LORENZO.

¡Jesu-Christo,

como andaba la pelota!
¡La honra de un hombre de bien
entre vejetes y mozas!

D. PEDRO.

Mira, necio, lo que has hecho:::

D. SANCHO.

Mira, quan ciego te arrojas:::

LOS DOS.

A dar muerte á la inocente.

D. LORENZO.

Ahora salis con la droga
de inocente, y me metiais
una daga por la chola
con cada palabra. Perros,
quien me deshonraba, á costa
de mi paciencia, eran quantos
juzgaban mal de mi esposa;
que yo nunca lo juzgué.
La manga de la parroquia
traygan; que han de morir.

Acuchillalos.

LEONOR *saliendo.*

Tente.

D. LORENZO.

Tu solamente, paloma
de mi vida y de mi alma,
suspenderás la ponzoña
de mi venganza. Todo esto
ha parado, en que eres boba,

en escribir por ninguna.
Si otra vez la pluma tomas,
con un trinchete te tengo
de rebanar ambas corbas.

TODOS.

¡Leonor!

D. LORENZO.

Vaya noramala.
Casese él con esta moza.

MARTIN.

Daca, puerca.

JUANA.

Toma, bruto.

D. LORENZO.

Vayanse todos y todas:
no quiero mas enemigos;
que suegros, padres, fregonas
y criados son en las casas,
para consumir, las gomias,
para enredar, los demonios.

D. ISABEL.

¡Dulce fin!

D. HENRIQUE.

¡Suerte dichosa!

D. INES.

¡Gran ventura!

D. FELIX.

¡Extraño gozo!

LOS DOS.

Mis desaciertos perdona.

D. LEONOR.

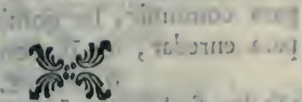
Lorenzo, mi ser es tuyo.

D. LORENZO.

Abrazame, fanfarrona
de mi vida; y sepan todos,
que la paciencia es gran cosa;
que el mas necio sabe mas,
en lo que á su asunto toca;
que la honra da entendimiento.

TODOS.

Y con dos palmadas solas
quedan premiados y alegres
nosotros, ingenio y obra.



EL SORDO
Y EL MONTAÑES.

COMEDIA

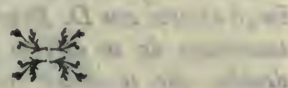
DE DON MELCHOR FERNANDEZ DE LEON.

¡Qué gran dicha le da
Dios, á quien le da una hermana! Jorn.II.

ADVERTENCIA.

Por mas diligencia que se ha puesto en indagar las circunstancias de Patria, nacimiento y tiempo, en que floreció Don Melchor Fernandez de Leon, han sido infructuosas todas mis indagaciones. Acaso las tendrá algun curioso, á quién agradeceré, el que me las comunique, para publicarlas.

En el indice general de comedias, impreso en un tomo en quarto en Madrid año 1735, hay algunas con el nombre de este Poeta; tales son: *Los tres mayores prodigios*: *Rendirse á la obligacion* y otras.



ARGUMENTO.

Doña Brigida de Aponte, viuda, moza y rica, tenia en su casa al Alferez D. Valerio Peñalosa, soldado pobre, que habiendo dado en requebrarla, como acostumbraba hacer con todas, la ganó la voluntad de modo, que gastaba con él su hacienda con la esperanza de casarse.

Galanteaba al mismo tiempo á D. Leonor, hermana de D. Simon, Agente y Letrado en Madrid, sordo en extremo. Sabiendolo D. Brigida, arroja de su casa al Alferez y á su criado, por cuyo medio se manejaban estos galanteos.

Al salir de casa, para ir á buscar posada, encuentra con ellos D. Suero de Llanos, caballero Montañes, ridiculo, que acababa de apearse, viniendo de la Montaña, á casarse con D. Brigida, conforme al testamento de su difunto marido, que ordenaba, que se casáse con el primer pariente de la familia de los Llanos, y que en caso de resistirlo, pasáse á éste la herencia de su hacienda.

Trahia D. Suero una carta de recomendacion de un hermano de D. Valerio para él, con cuyo motivo se va á hospedar con el recien venido al meson: á cuyo tiempo van

D. Leonor y su criada á ver un quarto principal de la casa de D. Brigida, segun tenia concertado con el Alferez, y estando mostrandola la casa, llega el sordo, Agente, que amaba á la viuda, y poco despues D. Suero, que se enamora de repente de D. Leonor; de cuyos antecedentes se originan los zelos de los tres, que dan motivo á varios lanzes, y finalmente á que D. Suero desafie al Sordo y á D. Valerio al callejon de San Blas, donde riñendo con los dos, sobrevienen D. Brigida y D. Leonor, qué cortan el duelo: casandose ésta con D. Suero, y aquella con el Alferez.



PERSONAS.

DOÑA BRIGIDA, *Viuda.*

DOÑA LEONOR.

JUANA, *Graciosa.*

INES.

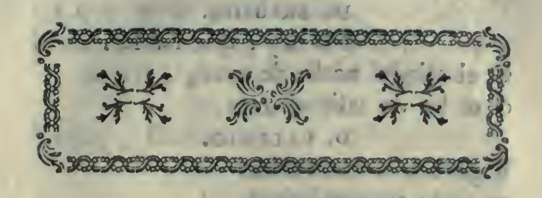
DOMINGO, *Criado.*

D. VALERIO.

D. SUERO.

D. SIMON.

BUSTOS, *Gracioso.*



EL SORDO
Y EL MONTAÑES.

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Valerio, Juana y Bustos huyendo de D. Brígida, que sale tras ellos con un chapin en la mano.

BUSTOS.

Corriendo voy como un gamo.

JUANA.

Huye, Bustos.

D. BRIGIDA.

No hay, que hablar.
O el criado no ha de estar,
ó se ha de salir el amo.

D. VALERIO.

Rigorosa se entremete
en todo tu condicion.

D. BRIGIDA.

Basta, sufrirle bufon,
sin que le pague alcahuete.

BUSTOS.

¡Qué corage tan tirano!

JUANA.

Bustos está tamañito.

D. BRIGIDA.

¿Qué trastos de señorito?
Buscaremosle un enano.

D. VALERIO.

Ya esta no es vida; y bastaba
la sujecion, que hay en mí:::

D. BRIGIDA.

Si no está muy bien aqui,
vuelvase, donde se estaba.

D. VALERIO.

Si haré; pues mi suerte topa
vida, que muerte presumo.

D. BRIGIDA.

Jesus, la ida del humo.
Juana, sacale su ropa.

La que traxo en el seron,
le da. Si él se va, yo muero. *ap.*

Al irse, detienele Doña Brígida.

D. VALERIO.

Vamos, Bustos.

D. BRIGIDA.

Antes quiero,
que por via de sermon,
porque salga con buen pie,
(pues lo que pierde no llora)
sepa, lo que era ahora,
y sepa, lo que antes fue.

BUSTOS.

La colera se la pasa,
pues largas á su ira aplica.

D. VALERIO.

¿Brígida, á quién se predica,
para echarle de su casa?

D. BRIGIDA.

¿A quién se predica? A él,
(su humildad mis ansias crece)
qué él es, quien mas lo merece,
por el hombre mas infiel.

D. VALERIO.

¡Bustos, hay tal cautiverio!

BUSTOS.

Baxa los ojos y escucha.

D. BRIGIDA.

Amor y enojo en mí lucha.

Oyga el señor Don Valerio.
De la insigne Barcelona,
donde diz, que alferez fue,
vino, sin traher mas que
su honradisima persona.
Un vestido, que ahunque quiera
decir de que, no podia,
por la duda, que ponia,
tantas cosas de que era.
En camisa quiso estar
firme su cuerpo galante;
y era por fuerza constante,
pues no se podia mudar.
Lácio el sombrero, y dexadas
á languideces tan sumas
sus alas, que ya no plumas
pedian, sinó puntadas.
Si, viendoos gálan, al oir
lo que hablo, decis, que miento,
todo está en un aposento:
no me dexará mentir;
porque, guardandolo, intento,
viendoos esa vanagloria,
ajar con esta memoria
ese desvanecimiento.
Sali á misa un triste dia:
visteisme; qué os pareci,
no lo sé; pero adverti,
que con medrosa porfia

me seguisteis, hasta entrar
en la iglesia, donde en todo
lo que estuve, no hubo modo,
de obligaros á callar.
Viendo, lo que porfió
vuestro acento, reparé
en vos, y al punto alabé,
quien tan gran haliento os dió;
porque hablar recio y aprisa,
con muy amantes razones
un hombre, á quien sus calzones
no le callan su camisa,
por prueba mi opinion halla,
de mas valor y mas brio,
que salir á un desafio,
y asaltar una muralla.
Mas yo tengo averiguado,
que en la milicia ha tenido,
el que está mas descosido,
voto de mejor soldado.
Y asi con ésta licencia
proseguisteis, en hablar,
y llegandose á acabar
la misa, una reverencia
me hicisteis, con tan rendido
acatamiento de vos,
que presumo, que á ser dos,
no lo sufriera el vestido.
Y meneando la cabeza,

con un gesto muy vulgar
os pusisteis, á parlar
con esotra buena pieza,
á quien compañero quiero
llamarle, mas que criado;
pues criado mal pagado
es en casa compañero.
Si viera ahora esas vanas
altivezes la figura
de los dos, con la pintura
se os quitarian mil canas.
Salisteis muy rozagante
hablando conmigo; mas
yendo unas veces detras,
y otras pasando delante.
Llegué á mi casa, y aprisa,
porque no os adelantaseis,
para decir, que os quedaseis,
pedi licencia á mi risa.
Obedecisteis cortés;
que es la prenda de soldado;
pero el haberme dexado,
vino á importar poco; pues
luego vuestra peregrina
asistencia me veló
tanto, que nadie miró
sin el andrajo la esquina.
Dia ni noche inhumanas
no hubo del cano Enero,

que no feriase el brasero
al cierzo de mis ventanas.
Tanta la continuacion
fue de su fino cuidado,
que me introduxo un agrado,
puesto entre una compasion.
¡Oh amor, quien las falsedades
conoce de tus harpones;
pues hasta de compasiones
sabes tú hacer tus crueldades!
Lo que en vos vi, no lo sé;
ni sé, responderme á mi,
quando noto, lo que ví,
y lloro, como cegué.
Solo tu, amor, que atropellas
las almas, y las igualas,
responde con esas galas,
que pones á las estrellas.
Yo os rendi aquel defendido
rigor, que esquiva guardé;
y tanto, que ya llegué,
á confensarlo rendido.
Entróse vuestra impaciencia
dentro en mi pecho cobarde,
haciendo soberbio alarde
de toda mi resistencia.
Veis, en medio de que tan
desaliñado os temía;
pues cierto y por vida mia,

que estabades muy galan.
Dexo papel, lance, empeño,
comun cartilla de amor,
y voy, á que mi rigor
paró, en haceros el dueño
del alma; y sin reparar,
que en continuo miedo iba
siendo blanco de la esquiva
murmuracion del lugar:
sin ver, que es muy contingente,
ahunque mi rigor le engaña,
que venga de la Montaña
(de donde sois) un pariente,
á que, con que nos casemos,
(no lo permita mi Dios)
se fenezca entre los dos
un gran pleyto, que tenemos.
Al cabo (en vano reprimo
este dolor, que me abrasa)
digo, que os traxe á mi casa
con el titulo de primo.
Mas visteis, quanto al empeño
de ser, quien soy satisfice,
que, ahunque de mi casa os hice
dueño, no de mi honor dueño.
Pues este triunfo dichoso,
bien sabeis, que le guardé
para el feliz dia, en que
llegaseis, á ser mi esposo.

Lo primero, mi señor,
porque mi fineza obre,
fue quitaros de lo pobre
aquel malisimo olor.
Y ya os tengo asegurado,
que de mi amante paciencia
fue no mala diligencia,
porque estaba muy pegado.
Dos vestidôs luego os hizo
mi cariñoso desvelo,
uno, fondo terciopelo;
y el otro, labrado rizo.
Lo demás á largas costas
mi condicion nunca avára,
ya en puerta de Guadalajára,
ya en la calle de las Postas,
lo dispuso de manera,
que viendoos ya tan pulido,
vos á vos propio, he creido,
preguntabades, quien era.
Porque los bolsillos mudos
en mil lances no callárán,
hice, que nunca os faltárán,
lo que llaman ocho escudos.
Hasta el lacayo desvelo
le costó á mi necio engaño,
con un vestido de paño
y cabos de terciopelo.
En quanto á la mesa, infiero,

nunca el apetito dió
quexa, pues nunca faltó
ave, gigote y puchero.
Al principio con el trage
nuevo, andaba muy medido,
recojiendose al debido
termino de pupilage.
Eran todos sus placeres
mi sujecion, sin que hubiera,
quien otra razon le oyera,
mas de *lo que tú quisieres*.
Tan humilde, tan humano
en estos principios era,
que, para salir á fuera,
solia besarme la mano.
Con esto se iba mi daño
texiendo en mi corazon,
yendo sobre su traycion
la fábrica de mi engaño.
Pero apenas mi lealtad
vió, quando con desmasia
empezò su alevosia,
fiada en mi seguridad.
Ya iba quitando los ratos
á la asistencia; ya hablaba
recio; ya de noche enviaba
por broquel y por zapatos;
ya (sabiendo, que es la pena
mayor) muy tarde venia,

y con descoco reñia,
si estaba fria la cena.
Ya al salir, me ponia tasa;
ya á las criadas ponia ceño;
ya hacia todo lo que el dueño
podia hacer de la casa.
Todo lo ofrecia á los cielos;
pues la culpa me he tenido;
pero lo que no he ofrecido,
ni ofreceré, son los zelos.
¡Yo mis finezas sencillas
emplearlas en un traydor,
que á costa de mi favor,
festeja mil mujercillas!
No, rey mio. Yo no quiero,
ni me parece razon,
que mi desestimacion
la compre con mi dinero.
Que esto se acabó, le advierto;
lo ya perdido perdido;
veamos, si puede el olbido
borrar algo el desacierto.
De vos no acordarme intento;
y ahunque me acuerde en tal gloria,
no ha de poder mi memoria
desafear mi escarmiento.
Ya contra el vendado niño
resuelta esta mi razon;
quexosa resolucion

puede mas, que no cariño.
De casa os salid, y fuera
mucho bien os haga Dios;
que, aunque me vea sin vos,
no hayais miedo, que me muera. *vase.*

JUANA.

Espera. ¿De su tirana
condicion, que es el intento?

D. VALERIO.

¡Ay, Juana, por tí lo siento!

BUSTOS.

¡Pues que, tambien á mi Juana!

D. VALERIO.

Solo mi suerte severa
por tu amor llora.

JUANA.

Desvia.

BUSTOS.

Señor, valga cortesia.

JUANA.

A Dios; que mi ama me espera. *vase.*

BUSTOS.

Buenos habemos quedado.

D. VALERIO.

Gracias á Dios, que salí
de tales prisiones.

BUSTOS.

¿Di,
hombre mal aconsejado,

¿será mejor (sea quien fuere)
sufrir, en lo que maltrata,
una hambre, que te mata,
ó una dama, que te quiere?
¿Hay quien tenga por verdad,
y no por gran ligereza,
el que oprima una fineza,
mas que una necesidad?
Cuerpo de Christo con él.
¿Piensa, que en qualquier esquina
se encuentra una dama China,
ó prebenda moscatel?
Pues vive muy engañado,
si, á juzgarlo, se dedica.

D. VALERIO.

¿Tambien usted me predica?

BUSTOS.

Si. Y pues esto se ha acabado,
hoy mi libertad intenta,
salir de hombre tan perdido.
Yo me voy.

D. VALERIO.

¿Te has despedido?

BUSTOS.

Si, señor.

D. VALERIO.

Daca la cuenta.

BUSTOS.

¡Cuenta! Graciosas porfias.

¿Qué dineros encargados
tengo?

D. VALERIO.

Cuenta de recados,
que te he mandado estos dias.

BUSTOS.

Porque en mis obras fieles
en ningun tiempo haya duda,
para dar mi cuenta, acuda
á la fe de los papeles.

Saca un talego de papeles.

Sin que á mi verdad temor
hoy le causen tus intentos,
te enseñaré los mementos
de la agencia de tu amor. *saca uno.*
Primeramente, en la calle
del Sordo vive una dama
viuda y moza, que se llama
Doña María del Valle.
Esta recibido tiene
ya un papel, y la criada
Cathalina, está pagada
para todo el mes que viene.

D. VALERIO.

A esa mujer reverencia
mi amor por su gran mesura;
es dama, que su hermosura
la trata con gran decencia.
Prosigue.

BUSTOS *sacando otro.*

Junto al convento
de Pinto vive la hija
del Indiano. En la prolixa
tema de su casamiento
insta, y sin él, no hay bastante
medio, de poderla hablar.

D. VALERIO.

Por ahora no ha lugar
boda; acuerdelo adelante.
Vaya otra.

BUSTOS *saca otro.*

La cuñada
rolliza del zapatero:::

D. VALERIO.

Es mujer, como las quiero.

BUSTOS.

Está:::

D. VALERIO.

Di.

BUSTOS.

Al lunes citada.

D. VALERIO.

¿Para el lunes?

BUSTOS.

Si; su trote
ese dia á tí le envia.

D. VALERIO.

¿Pues por qué?

BUSTOS.

Porque es el dia
de entredicho de cerote.

D. VALERIO.

El que ni ahun los desperdicios
logra de su estrella ruin,
no ha de poder pasar sin
dama de todos oficios.

BUSTOS *saca otro.*

La boba, que da en hacer
de lo culto necio alarde,
respuesta me dió ahier tarde.

D. VALERIO.

Daca; que la quiero leer.
A nada el gusto acomodo
tanto, como á una afectada,
que no sabe decir nada,
y lo quiere decir todo.

Dale un papel y lee.

Señor mio: Si lo intrinseco de su corazon recapacitára la exterioridad de su fineza, pudiera su cuidado fiduciar algo mi despego; pero como son tan inequales las demostraciones á los intentos, hasta apurar los unos, dexo de satisfacer á los otros.

BUSTOS.

No es estilo, que qualquiera
hablar en él, acertó.

D. VALERIO.

Muy bueno estaba, si yo
el *fiduciar* entendiera.

BUSTOS *sacando otro.*

Leonor:::

D. VALERIO.

Di la bella aurora,
que siempre fino he adorado.

BUSTOS.

Con ella hoy he quedado,
en que ha de venir ahora,
á ver, (pues que ya previene
tu insolencia empeño tal)
ese quarto principal,
que desocupado tiene
Doña Brígida en su casa,
con que lograr pretendias,
tener dos, donde vivias.

D. VALERIO.

Delante mi intento pasa.

BUSTOS.

Y ahora lo harás mejor;
porque Brígida, al oillo,
rabie mas.

D. VALERIO.

¿Viste al Sordillo,
el hermano de Leonor?

BUSTOS.

No, señor; que con la agencia

de Palacio asegurado
está; y tambien he juzgado,
que es sordo de conveniencia.

D. VALERIO.

¿No hay mas?

BUSTOS.

Como en tu liviana
condicion á Madrid ves
partido en barrios, este es
el barrio de esta semana.

D. VALERIO.

Ahunque en servirme, interesas,
no apures mi condicion,
pues ahun mas faltan.

BUSTOS.

¿Quién son?

D. VALERIO.

Las criadas de todas esas.
Cree, que es la mayor fortuna,
si á probarlo te acomodas,
la de morirse por todas,
y no morir pot ninguna.
Mientras en mas damas ceba
un hombre su amor, se apura
menos; pues el fuego dura
con la llama de la nueva.
Amor de una, ahunque eterniza
la fe, que alabando estás,
creeme, Bustos, que no es mas

de una caliente ceniza.
Yo asi al tiempo me acomodo.

BUSTOS.

Y haces muy bien.

D. VALERIO.

Y asi vivo.

D. SUERO *dentro.*

Domingo, ten ese estrivo.

DOMINGO *dentro.*

Valga el diablo tanto lodo.

BUSTOS.

¿Señor, en tu vida has visto
tan extraordinario gesto,
y tan ridiculo trage,
como el de aquel forastero,
que en ese meson se apea?

D. VALERIO.

Bustos, de aquel modo mesmo
vine yo.

D. SUERO *dentro.*

Acomoda el macho,
y dale despues un pienso
á tus alpargatas rucias,
y me freirás un torrezno,
mientras yo doy una vuelta
al lugar, por si es que encuentro,
para quien traygo esta carta.

Sale Don Suero rídiculo.

BUSTOS.

Ya sale.

D. VALERIO.

Raro sujeto.

D. SUERO.

Muy buen casco es de lugar.

BUSTOS.

De risa me estoy muriendo.

D. SUERO.

Aqui hay dos hombres; que no es
milagro en Madrid, haberlos
á aquestas horas. Yo, á Dios
y á la ventura, me allego.

BUSTOS.

Hácia nosotros se acerca.

D. VALERIO.

No te rias.

Llégase Don Suero.

D. SUERO.

¿Caballeros:::?
(si es que sois de la Montaña;
porque si no, *volavérunt.*)

BUSTOS.

Buena entrada.

D. SUERO.

Me sabreis
decir, adonde hallar debo
al dueño de aquesta carta?

D. VALERIO.

¿ Cómo se llama?

D. SUERO.

No puedo
deciros como ; porque
me encargó mucho el secreto
no acordarme de su nombre,
y no saber leer. Mas esto
se remedia, con que vos,
si no os sucede lo mesmo,
la leais el sobrescrito.

D. VALERIO.

Dadmela acá.

Dasela Don Suero, y lee Don Valerio.

*A Don Valerio
Peñalosa, guarde Dios:::*

D. VALERIO.

¡Quién este hombre será, cielos!

D. SUERO.

¿De qué os admirais?

D. VALERIO.

De ver
eslabonado un suceso,
tan dificil en Madrid,
como es, hallarse en un puesto
dos, que se buscan. Yo soy,
señor, al servicio vuestro,
Don Valerio Peñalosa.

D. SUERO.

Mucho os estimo el encuentro;
y antes que con la ignorancia
arriesgueis el tratamiento,
que me pertenece, leed
la carta; que pues vos, creo,
Montañés sois, bien sabreis,
lo que se aventura en esto.

D. VALERIO.

Leo con vuestra licencia.

D. SUERO.

Desde ahora os la concedo.

D. VALERIO *abre la carta y lee.*

El señor Suero de Llanos:::

D. SUERO.

Ahí es algun echa-cuervos.
Esperad; porque no daña
la claridad á su tiempo.

D. VALERIO.

¿Qué me quereis?

D. SUERO.

Advertiros,
no son mis Llanos de aquellos
del valle baxo.

BUSTOS.

Ya sabe
mi amo, sois Llanos de cerros.

D. SUERO.

Es, que en un propio apellido

hay de lo malo y lo bueno.
Ahora adelante.

D. VALERIO *lee.*

El Señor
Suero de Llanos, que es dueño
de la casa de los Llanos,
vá á Madrid, con el intento,
que os dirá; y pues ya sabeis,
quanto nos empeña el deudo
y la amistad, en servirle,
que lo hagais, no os encarezco.
Dios os guarde muchos años.
Vuestro hermano Don Alexo.
Excusada era la carta
con mi obligacion; y siento,
ser hoy tan recien venido
de campaña, que me veo
en la Corte con la poca
prevencion de forastero.

BUSTOS.

Por tu culpa: valga el diablo
tu condicion.

D. VALERIO.

Y hoy intento
tube, de mudar posada;
porque, la que hallé primero,
para andar en pretensiones,
y con lodos, era lejos;
y pues vos habeis venido

á tan venturoso tiempo:::

BUSTOS.

Vive Dios, que se la pega.

D. VALERIO.

Por muy acertado tengo:::

D. SUERO.

¡Qué he escuchado!

D. VALERIO.

Que los dos
un quarto solo tomemos;
que yo, practico en Madrid,
bien aseguraros puedo,
que no os dexaré perder.

D. SUERO.

Mirad, Señor Don Valerio,
mientras mas amigos mas
llanos, dice el proverbio.
Y pues, que mas llanos dice,
hablando con todos, creo,
que hablando con Llanos, mucho
mas llano, que hable, es cierto.
La bolsa de la montaña:::

BUSTOS.

Vive Dios, que le olió el perro.

D. VALERIO.

Tened; porque me he corrido,
de que penseis, que yo puedo
permitir, que en qualquier parte
donde vamos, en dinero

repare yo.

D. SUERO.

Amigo mio,
la claridad es primero,
que todo; y porque la alhaja
mejor del mundo es el tiempo,
no le perdamos.

D. VALERIO.

Decis
muy bien. Contadme el intento,
á que venis á la corte.

D. SUERO.

A una de dos cosas vengo,
que juzgo, es lo propio la una,
que la otra.

D. VALERIO.

No os entiendo.
Si son distintas las cosas:::

D. SUERO.

Yo me explicaré, oid atento.
Juan Barradas:::

D. VALERIO.

¡Qué he escuchado! *ap.*
¿Este, si mal no me acuerdo,
no es el nombre del marido,
que tubo Brigida?

D. SUERO.

Nieto
de Pedro Barradas, vino

á Madrid, adonde luego
se casó::: ¿No estais conmigo?

D. VALERIO.

Ya os escucho.

D. SUERO.

Segun pienso,
con Doña Brigida Aponte,
noble y rica.

BUSTOS.

Ahí vá eso.

D. SUERO.

Murió sin hijos (que á muchos
casados pasa lo mesmo)
y antes de morir (porque
despues no pudiera hacerlo)
la dexó por heredera
en valido testamento
de sus bienes; mas la puso
un conque el mas raro y nuevo,
que jamas se oyó; pues dixo,
que en pasandose el primero
año, habia de casarse
con el mayor heredero
de la casa de los Llanos;
que ahunque tiene parentesco
con la suya, no tan grande,
que impida el poder hacerlo;
y donde no, que pasase
la hacienda al dicho primero

Llanos. Aqueste es en suma
el caso; y pasado el tiempo,
que ha mandado el testador;
siendo yo por privilegio
de Dios el mayor de todos
los Llanos:::

BUSTOS.

Y los jumentos.

D. SUERO.

Y un poco mayor, que otro
hermanillo mas pequeño,
vengo hoy despues de porfias
grandes, que por cartas tengo
hechas á la tal, á ver,
si resuelve el casamiento,
ú darme mi hacienda; con que,
si ella dificulta, es cierto,
que pleyto la he de poner.
Si viniere en el concierto,
y se casa, á pleyto peor,
y mas largo me condeno:
con que os declaro, que á dos
cosas, y á una sola vengo;
pues es pleyto, si me caso,
y, si no me caso, es pleyto.

BUSTOS.

Cayóse la casa á cuestas.

D. VALERIO.

Venganzas me dan los cielos

de aquella enemiga.

D. SUERO.

¿Y vos,
sabreis poco mas ó menos,
donde vive esta señora?

D. VALERIO.

Si lo sé; y sé, que no es lejos
de aqui; porque la posada,
donde yo viví primero,
fue en su calle, con que tube
de ella noticia.

D. SUERO.

Pues tengo
por mejor, que aquello, que
ha de ser tarde, sea presto.
Ea, manos á la obra;
vamos hácia allá.

D. VALERIO.

Teneos;
porque á la primera vista,
juzgo, será desacierto,
ir de ese modo.

D. SUERO.

¿Qué es de ese
modo? Estais sin seso.
¿Pues un hombre como yo,
ha menester mas arreo,
que su gala *gratis data*?

D. VALERIO.

Sin embargo el lucimiento
puede mucho.

D. SUERO.

Para otros;
pero no para sujeto,
que nació con garbo infuso
por natural privilegio.
¿Somos unos todos?

Sale Domingo.

DOMINGO.

Ya,
mio señor, los torreznos
los sus chillidos dexaron
en la sarten; con que creo,
que están, diciendo, callando,
que es la hora, de comerlos.
¿Mas, quién son estos señores?

D. SUERO.

Paisanos.

BUSTOS.

Quien estarémos
siempre á la orden del seor
Domingo.

D. SUERO.

A almorzar entremos.

D. VALERIO.

Me place.

BUSTOS.

Ya se excusára
la panza al trote.

D. SUERO.

Y el cuerpo
compongamos para vistas;
que no es lance para menos.

Entrase Don Suero y Domingo.

Venid, Don Valerio.

D. VALERIO.

Ya
os sigo. ¿Viste tan nuevo
caso?

BUSTOS.

Tú eres venturoso
Sopista; pues al momento,
que una puerta se te cierra,
otra se te abre.

D. VALERIO.

Advirtiendo,
que esta es con la circunstancia,
de que la venganza veo
hoy de Brígida.

BUSTOS.

Entra, acaba;
porque, si te tardas, creo,
que el tal Suero de un bocado
acabará los torreznos.

Vanse, y sale Doña Leonor y Inés con mantos: Doña Brígida y Juana sin ellos.

D. BRIGIDA.

Este caracol secreto,
el uno y el otro quarto
comunica; y aqui hay, creo,
un retrete, que cerrando
el caracol, viene á ser
aposento reservado
para tocador; y éste,
misa Leonor, es el quarto,
que me holgaré, que os contente;
puesto, que en ser asi, gano
tal vecina; y mas ahora,
que solisima me hallo;
porque mi primo (asegure
este punto, por si acaso
lo sabe) ceremonioso,
de ver, quanto ha dilatado
tomar casa, desde que
vino de fuera, ó cansado
quizás del mal tratamiento,
hoy ha resuelto (¡ah tyrano!)
mudarse.

D. LEONOR.

¡Qué es, lo que escucho! *ap.*
¡Cómo, sabiendo, que salgo
por él de casa, se muda!
Mas disimule. Mi hermano *á ella.*

Don Simon, como os he dicho,
me aseguró, que en dexando
con brevedad fenecido
hoy de su agencia el despacho,
vendria acá; y yo no dudo,
el que hoy quedará ajustado;
pues juzgo, que lo desea
mas que yo.

D. INES.

Asi, tanto, quanto.

D. BRIGIDA.

Decid, ¿qué profesion tiene?

D. LEONOR.

La de Agente, y graduado
de primer clase, ahunque yo
lo diga; pero agravado
de un gran defecto.

D. BRIGIDA.

?Qué?

D. LEONOR.

Es sordo.

D. BRIGIDA.

Es grandisimo trabajo.
¿Y es muy sordo?

INES.

Lo que basta,
para que, ahunque estén tocando
diez trompetas en su estudio,
no las escuche. *llaman.*

D. BRIGIDA.

¿Llamaron?

D. JUANA.

Si, señora.

D. LEONOR.

Este es sin duda.

D. BRIGIDA.

Abre, Juana.

Abre Juana, y sale Don Simon.

D. JUANA.

El tal hermano
traza de catarribera
tiene, si yo no me engaño.

D. SIMON.

Bien sabes, amor cruel,
que yo mas deseo traigo,
de que la tal viuda ajuste
conmigo su hermosa mano
que su casa, y que este intento
es solo, el que me ha obligado,
á mudarme. En hora buena *llega.*
vea, señora, esos astros,
á quien el sol cada dia
está pidiendo prestado
resplandor para las luces
de esos orbes soberanos.
Yo entre los muchos defectos,
con que (el Criador sea alabado)
me dotó, el ser sordo es uno:

y asi entré aqui; mas pasando,
á veros hoy, ya con otro,
ahunque mas feliz, me hallo,
pues cegué al veros; y si
vuestro prodigio inhumano
á cada paso un sentido
me quita, para tres pasos
tengo caudal; pues me quedan
ahun todavia en las manos,
en la lengua y las narices,
tacto, paladar y olfato.

D. BRIGIDA.

Yo, mi señor Don Simon:::

D. SIMON.

Señora, recio.

D. BRIGIDA.

No alcanzo,
con la primera estatura
de mi comprehension el alto
estilo vuestro; y asi,
lo que responderos trato,
es, que dos mil y quinientos
reales pido por el quarto:
que segun uso en la Corte,
habeis de dar el medio año
antes: que en mi casa quiero
vecinos muy sosegados.
Si con estas condiciones
os agradare, me allano,

á que se haga la escritura.
A buen tiempo habia llegado *Ap.*
el agente con requiebros.

D. LEONOR.

No os enojeis; que en mi hermano
estas razones son solo
efecto de cortesano.

JUANA.

Mi señora está enseñada
á unos requiebros muy bastos
de quatro suelas, de aquellos,
que en las Montañas se criaron;
con que se le hace extrañeza
otro estilo.

D. SIMON.

No he dudado,
que lo que aqui hubiereis dicho,
habrá sido muy llegado
á la razon, ahunque yo
nada he comprehendido.

D. LEONOR.

Hermano,
dos mil y quinientos reales
pide su merced.

D. SIMON.

Barato,
esperar un favor suyo,
es mil y quinientos años.

JUANA.

Todo es uno.

D. BRIGIDA.

Mi ira abrasa,
quanto mi rabia despierta.

Llaman recio.

D. LEONOR.

Llamando están á la puerta.

D. BRIGIDA.

Juana responde.

D. SUERO *llama.*

¿Ha de casa?

D. BRIGIDA.

¿Quien descortés, sin mirar
la atencion, hoy aqui ha sido?

Abre, y sale Don Suero, Don Valerio y Bustos.

D. SUERO.

¡Qué! ¿No conoce á un marido,
en el modo de llamar?

D. BRIGIDA.

¿Quién es? (¡valganme los cielos!)
Valerio (¡suerte inhumana!)
viene alli.

D. SIMON.

Avisame, hermana, *á D. Leonor.*
si fuere cosa de zelos.

D. BRIGIDA.

¿Quién sois, decid, ó por qué

desta suerte habeis venido
hoy aqui?

D. SUERO.

Porque he querido.

D. VALERIO.

Yo, señora, os lo diré.

D. SUERO.

De todas quatro, por Dios,
que á esta la vista se arrima.

Mirando á D. Leonor.

D. LEONOR.

¡Cómo no le habla su prima! *ap.*

D. SUERO *á D. Leonor.*

¿Sois Doña Brígida vos?

D. LEONOR.

No nací yo tan dichosa.
Aquella es, que mirais.

D. BRIGIDA.

¡Vos, por qué lo preguntais?

D. SUERO *á D. Valerio.*

No me ha parecido cosa.

D. BRIGIDA.

Decid los dos, ¿á qué efeto
en mi cssa habeis entrado?

D. SIMON.

El negocio es de cuidado;
pues le hablan tan en secreto.

D. LEONOR.

¡Qué es esto, zelos tyranos!

BUSTOS.

¡Jesus, lo que ha de haber hoy!

D. BRIGIDA.

Confusa y turbada estoy.

D. VALERIO.

El señor Suero de Llanos,
de llegar acaba.

D. BRIGIDA.

¡Ay, Dios!
No sé, qué el alma me dice.

D. VALERIO.

A coronarse felice,
hoy casandose con vos,
de la Montaña ha venido.

D. BRIGIDA.

¡Cielos, qué es lo que he escuchado!

D. LEONOR.

El color se le ha mudado.

D. VALERIO.

Y yo tan dichoso he sido:::
Por él, por ella y Leonor *ap.*
finjo.

D. BRIGIDA.

¡Hay hado tan severo!

D. VALERIO.

Que la suerte del primero
me ha tocado, á quien su amor
comunique; pues trayendo
unas cartas de mi hermano,

logro la dicha, que gano
hoy, en venirle sirviendo.
Aqui os le traygo, y el cielo
sabe de mi amistad rara:::

D. BRIGIDA.

¿Qué sabe?

D. SUERO.

¿Qué? Que se holgára,
que fuera de terciopelo.
Nó con prosas tan despiertas,
Don Valerio, habeis de entrar.

D. VALERIO.

¿Por qué?

D. SUERO.

Porque al enhornar,
se hacen las novias tuertas.
Sabed, (bueno por mi vida,
pongala mal enseñada)
que á dos cosas destinada
hoy ha sido mi venida:
á ser pleyteador, ó amante;
y pues Don Valerio ha sido,
quien ha dicho lo marido,
diga yo lo litigante.

D. SIMON.

Esto parece, que dura;
sosegaré mis desvelos;
pues no me aprietan los zelos,
mientras no hay manifactura.

D. SUERO.

Quando el impulso tirano
á vuestro dueño os quitó,
bien sabeis, que me dexó
ó su hacienda, ó vuestra mano.
Yo, bien mirado, por Dios,
al punto me ajustaré;
y creo, que tomaré
qualquier cosa de las dos.
Si mi mujer quereis ser,
vamos á ello ; y si no,
dadme los diez mil; que yo
sabré, buscarme mujer.

JUANA.

¡Qué culto, qué cortesano
la entrada hizo el tal jumento!

BUSTOS.

Danzo y brinco de contento.

D. BRIGIDA.

Mal te vengaste, tirano.
No os parezca ser (¡ay Dios,
qué rigurosa fortuna!)
facil, de las dos ninguna;
pues qualquiera de las dos,
ser casi imposible, indicia;
pues dificultosas son,
de rendir mi inclinacion,
y de vencer mi justicia.
Y no llegar tan grosero

pudierais, á verme hoy.
¡De ira abrasandome estoy! *á Juana.*

JUANA.

Por eso te trahen el suero.

D. SUERO.

Recio habla; y no, porque ignoren
sus brios quien soy, temellos
quiero; que no soy de aquellos
maridillos de *ad terrorem.*
Y vencer luego, confio,
pleyto y belleza presente,
el pleyto con un agente,
la belleza con mi brio.
Ninguna hasta ahora encierra
resistencia, en lo que veis;
que á esta hora tengo seis
novias debaxo de tierra.
Y asi mirar, os compete,
mejor vuestro parecer,
para no llegar, á ser
conmigo la novia siete.
La hacienda ó la perfeccion
á mí ha de venir cabal,
Brigida; ó real sobre real,
ó faccion sobre faccion.
Sin esto, no, ahunque con quexa
vengais, espereis de mí;
ni un solo maravedí,
ni la mitad de una oreja.

De mi intencion os avisa
mi voz; ó pobre ó dichosa:
ó tratar, de ser mi esposa,
ó quedaros sin camisa.

JUANA.

A verte hoy han venido
Sordo y Montañés trocado,
el marido de Letrado,
y el Letrado de marido: *á D. Brigida.*

D. SUERO.

Llegad, Valerio: el rigor
reducid, que en ella veis.

D. VALERIO.

¡Yo!

D. SUERO.

Sí: vos; porque teneis
cara de reducidor.

D. VALERIO.

Porque serviros procura
mi amistad, yo llegar quiero.

D. BRIGIDA.

Juana, de corage muero.

Llegase D. Valerio á D. Brigida, y D. Suero repara en D. Simon, que ha de estar junto á su hermana.

D. SUERO.

¿Qué hará aqui esta figura?
Pues aqui ha gran rato ya,

que estais, lo que mandais, ved.

Quitase D. Suero el sombrero.

D. SIMON.

Muy para servir á usted
siempre. ¿ Y usted cómo está?

D. SUERO.

¿Qué dice este hombre?

D. BRIGIDA.

¡Tirano,
asi tratas mi lealtad
y mi vida!

D. LEONOR.

Reparad,
en que es sordo, y que es mi hermano.

D. SUERO.

¿Sordo y hermano? ¿Eso pasa?
¿Qué negocio habeis trahido
acá?

D. LEONOR.

Hoy á ver he venido
un quarto de aquesta casa,
que se alquila.

D. SUERO.

Yo pudiera:::

D. LEONOR.

¿ Qué intentará el mentecato?

D. SUERO.

Ajustarle mas barato.

D. SIMON.

Caballero, mas afuera.

D. SUERO.

Y pues que ya habeis oído
la espectativa, en que estoy,
bien conócereis, que soy
bastante para marido.

D. LEONOR.

¿Estais en vos? ¿Grosería,
quién notó tan desatenta?

D. SUERO.

Quedo.

D. VALERIO.

Ya estarás contenta.

D. BRIGIDA.

Valerio del alma mia:::

D. VALERIO.

¿No me despediste? ¿El fiero
rigor conmigo no usaste?
¿De tu casa no me echaste?
pues casate con Don Suero.
Pues ya el desengaño vió
mi amor, á él te conduce.

D. SUERO.

¡Fuego cómo la reduce!
Miren, si lo dixe yo.

D. BRIGIDA.

¿No te ablandas?

D. VALERIO.

Ya es en vano.

D. BRIGIDA.

¿ No hay remedio , dí , cruél?

D. VALERIO.

El de casarte con él.

Apartase Doña Brigida colérica.

D. BRIGIDA.

Pues , Leonor ; dile á tu hermano,
que no repare , ni atienda
en el precio , ni en él dude,
sino que al punto se mude,
y este pleyto me defienda.

D. LEONOR.

Amiga , en servirte gana
Don Simon.

D. SUERO.

No , por mi fé,
dareis el quarto ; porque
yo se le he dado á su hermana.

D. VALERIO.

No seais impertinente.

D. SUERO.

Sí , quiero serlo ; que arguyo,
que es tan mio como suyo,
mientras hay lite pendiente.
A un rincon la soberbilla
vaya , que hasta que á votar

se llegue, no ha de mandar
ni en sola una vovedilla.
Vamos; y tú, en quien arroba *á D. Leon.*
sus atenciones mi estrella,
tú lograrás, lo que ella
ha despreciado por boba.
Venid, Don Valerio.

Coje del brazo á D. Simon Leonor.

D. LEONOR.

Vamos.

D. SIMON.

Sin decirla un ay de mí,
Leonor me aparta de aqui.

JUANA.

Buenos quedan nuestros amos.

D. BUSTOS.

La tuya contenta, infiero,
que está con novio tan fiel.

JUANA.

Maldito mil veces él,
patas de sepulturero.

D. BRIGIDA.

Yo he de morir, si esto dura.

D. LEONOR.

¡Que, sin hablar á Valerio,
me vaya!

JUANA.

Buen cautiverio

se le aguarda á su hermosura.

D. SIMON.

De todo lo que ha pasado
aqui, en ayunas me quedo.

D. VALERIO.

Bustos, ya contento puedo
decir, me veo vengado.

D. SIMON.

O Bartulo me ha engañado,
ó á la viuda he de pescar.

D. SUERO.

Por Dios que no ha de escapar
la hermanilla del Letrado.

D. BRIGIDA.

A morir.

D. LEONOR.

A padecer.

D. SIMON.

A buscar amantes textos.

D. VALERIO.

A engañar á todos estos.

JUANA.

A chismear.

BUSTOS.

A comer.

D. SUERO Y D. BRIGIDA.

Y pues de males:::

D. VALERIO Y D. LEONOR.

De zelos:::

LOS QUATRO.

Mi amor el tormento alcanza:::

LOS UNOS.

Denme los cielos venganza.

LOS TRES.

Denme venganza los cielos.



JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Suero de golilla, Don Valerio, y Bustos.

D. VALERIO.

Mejor, con gran diferencia,
los adornos cortesanos
os están.

D. SUERO.

Somos los Llanos
muy galanes por herencia.
Solo algunos apretones
de nuez me dá este carton,
y ando muy mal; porque son
muy estrechos los calzones.

D. VALERIO.

¡Estrechos! Porfias vanas.
¿Cómo un calzon ha de ser?

D. SUERO.

En cada uno ha de caber
media arroba de manzanas.

D. VALERIO.

Buenas las vueltas están.

D. SUERO.

Vueltas, no pueden ser menos.

D. VALERIO.

¿Traheis guantes?

D. SUERO.

Y muy buenos.

D. VALERIO.

¿De qué son?

D. SUERO.

De Franchipan.

BUSTOS.

¡Hay tan extraño jumento!

D. VALERIO.

No hay gracia, que en vos no se halle.

D. SUERO.

Pongome bien en la calle
de paso y de movimiento.

D. VALERIO.

Y en vuestra traza se adquiere
eso sin afectacion.

D. SUERO.

En eso teneis razon;
no mas de como cayere.

D. VALERIO.

Pues justo será, que deis
á la calle de la esposa
alguna vuelta.

D. SUERO.

Otra cosa
trato, y quiero, que escucheis.

D. VALERIO.

Hoy para qualquier intento
á no dexaros, me obligo,
por paysano y por amigo.

BUSTOS.

Y por la sopa.

D. SUERO.

Oíd atento:
Amor, segun nos dexaron
dicho nuestros ascendientes,
no es mas, que una sabandija,
que por los ojos se mete
hasta el corazon; y estando
en los ultimos retretes,
hace allá ciertos embustes,
que ni matan, ni divierten,
ni sustentan, ni dán hambre,
ni provocan, ni suspenden;
ni oprimen, ni dexan libre,
ni vaylan, ni se entristecen.
Esto es, segun lo que otros
han dicho, que les sucede,
ahunque yo siempre he llevado
opinion muy diferente
en esta materia; pues
lo que me duele, me duele;

que somos, segun sabeis,
muy blandos los Montañeses.
Lo que ahora, Don Valerio,
conozco, que me remuerde
la conciencia del amor,
es (dexadme, que lo piense;
que en estas materias no
se ha de hablar ligeramente)
la hermanilla del Letrado,
el que ya alquilado tiene
el quarto de aquella casa
de mi infelíz pretendiente.
Esta tal me hace cosquillas;
y como yo he sido siempre
desde chiquito enseñado,
á no sufrirlas, pretende
mi amor todo de pe á pa,
contarle, lo que padece.
Pero como es necesario
maña, para entremeterse,
á decirle á una persona
cada uno, lo que siente,
yo he tomado por motivo
lo liberal; que al fin este
el camino carretero
es de todas las mujeres.
Ahier, dicen malas lenguas,
que se sangró: con qué al verme
en el lance, discurrí,

que enviandole un buen presente,
podia con su seguro
hablar muy claro un billete.
Este me habeis de escribir
vos, y no mas de ponerle
las letras; que lo demás,
no hayais miedo, que lo yerre.
¡ Direisme, que cómo yo
permito, que nadie llegue
los papeles de mi dama
á escribirme, siendo este
el caso mas reservado
ahun de amigos y parientes!
Respondo, que el Mayorazgo
de Llanos clausula tiene,
en que manda, que ninguno,
de los que le poseyeren
sean tenidos (estos son
sus terminos mismamente)
de escribir de propia mano
nada, que se le ofreciere;
privilegio concedido
á mis nobles ascendientes,
y continuado hasta ahora,
por la razon de creerse,
que no puede hallarse nadie
entre todos los vivientes,
digno de participar
de sus rancios caracteres.

Y es tan fuerte esta etiqueta,
que, si á mí me sucediese,
no digo papel de dama,
sino el de los lances crueles
de algun desafio, habia
de buscar, quien la escribiese.
Esta antigüedad sabida,
paso á lo que me conviene.
Bustos se le ha de embocar,
porque me han dicho, que tiene
(criado al fin en la Corte)
gran mano para papeles.
El regalo es de gustazo,
porque en Madrid el que puede,
de curiosas chucherias
alcanza quanto pretende.
Hoy á la calle Mayor
me encaminaron, que fuese,
á prevenir la sangria,
por ser sitio conveniente.
Fui, y en unas tiendecicas
que hay (no sé, si me acuerde)
junto á la estafeta, unas
que una lonja grande tienen
por techo, donde he oído
á muchisimas, que mienten::
¿No caeis, adónde digo?

D. VALERIO.

¿En las Covachuelas?

D. SUERO.

Ese
es su nombre ; donde hay unos,
que hacen retratos de Reyes,
encontré::: Ellos son muy caros,
mas los mejores juguetes,
que jamás ví.

D. VALERIO.

Referidlos.

D. SUERO.

Escuchadlos.

BUSTOS.

¡Que le dexen
comer pan á este salvage!

D. VALERIO.

Vaya.

D. SUERO.

Oíd atentamente.
Una muñeca, que un rato
la estube mirando, y
nunca de Leonor ví
mas parecido retrato.
No ví en mi vida mas bella
copia de su original.

D. VALERIO.

¿Retrato es tan puntual?

D. SUERO.

Ella, amigo, es otra ella.
Unas perlas, que me atrevo,

á decir en su interés,
que cada una de ellas es
casi casi cómo un huevo.
Si ellas son finas, con buena
fortuna el lance he topado.

D. VALERIO.

¿Pues á cómo os han costado?

D. SUERO.

A seis quartos la docena.
Un silbato, diz que diente
de elefante, muy barato
compré.

D. VALERIO.

¿Para qué el silvato?

D. BUSTOS.

Para aplaudir el presente.

D. SUERO.

Quatro ó séis las sartas son
del abalorio ; (¡oh mujeres,
lo que costais!) de alfileres
dos quartos, tres de turron;
y porque no diga luego,
que dexo nada en la Villa,
le compré una jacarilla,
que estaba cantando un ciego;
sin que á culta ceremonia
en nada se haya faltado:
pues todo lo envió átado
con dos varas de colonia.

Estos amantes despojos
la rindo.

D. VALERIO.

¿Y la cinta atada,
de qué color es?

D. SUERO.

Morada,
que lleva tras sí los ojos.

D. VALERIO.

¡Morada! ¿Pues á qué intento
triste la dais por testigo?

D. SUERO.

¿No veis, Don Valerio amigo,
que este es regalo de adviento?

D. VALERIO.

Primores harto sutiles
llega Leonor á gozar.

D. SUERO.

En esto de regalar,
tengo mi poco de filis.
Ahora vamos, á empezar
el papel.

D. VALERIO.

Darle procuro *ap.*
chasco; que nada aventuro,
pues Bustos le ha de llevar.

D. SUERO.

Sentaos, y á componer,
empezad, pluma y tintero.

D. VALERIO.

En yendose el tal Don Suero, *ap.*
le diré lo que ha de hacer.

Llega Bustos la mesa, sientase D. Valerio, y pasease Don Suero.

D. VALERIO.

Todo puesto está. Decid
de discreciones gran suma.

D. SUERO.

¿Está delgada la pluma?

D. VALERIO.

Bueno está.

D. SUERO.

Pues proseguid.

D. SUERO *dictando á D. Valerio.*

Leonor, ya en el duro brete,
que por tí sufriendo voy,
por mas que el amor apriete,
no cabe mas; porque estoy
de amores hasta el gollete.
Con algun fino favor
trata, pues, de consolarle;
que, si aprieta tu rigor,
si no haces, por desmenguarle,
se me verterá el amor.

D. VALERIO.

¿Esto teniais guardado?
Ni Tulio mas elegante
escribió.

D. SUERO.

Pasa adelante,
porque ahun no está acabado.
Mi amor á la cara indina
de Brigida, por mi enojo
ya mirais, que no se inclina;
pues veis la dé la vecina,
echad la vuestra en remojo
Y pues avisaros quiso
mi amor de bueno y de malo;
que de todo haya es preciso;
ahí vá, pues, ese regalo
á las ancas de este aviso

BUSTOS.

El Archivo de Simancas
no encierra papel mas bello.

D. SUERO.

¡Qué bien trahido está aquello
de ir el regalo á las ancas!

D. VALERIO.

Esa clausula he admirado
por frase, que nunca he oído.

D. SUERO.

El concepto bien trahido
está, y bien acomodado.
Con lacre ardiendo, á dos manos
le cerrad.

D. VALERIO.

Aqui hay oblea.

D. SUERO.

Lacre ha de ser; que se vea
bien el sello de los Llanos.

D. VALERIO.

Un papel ha de encubrir
los indicios de su dueño.

D. SUERO.

Es, que las armas le enseño,
para poderla rendir.
Ahora bien, tome el billete *dasele.*
el buen Bustos.

BUSTOS.

Y por vida
del seor Suero, esta partida
¿qué le dexa al alcahuete?

D. VALERIO.

¿No son intereses hartos,
serlo?

BUSTOS.

¡Bueno por mi fé!

D. SUERO.

Tocará, tocará usté,
seo Bustos, su par de quartos.

D. VALERIO.

Que es notable destruicion
de vuestra hacienda, os aviso.

D. SUERO.

Don Valerio, ello es preciso,
no endurarlo en la ocasion.

Mas daca, Bustos; que vengo

Vuelve á tomarle el papel.

ahora, en que este papel,
es mejor, lo lleve el
Dominguillo que yo tengo;
pues puede ser, que le importe,
industriarle en este uso.
Con esta traza me escuso
bien de los ocho de porte.

D. VALERIO.

Tan presto en Madrid saber
este oficio, en él no cabe.

D. SUERO.

Aprenda algo; que no sabe,
en lo que se puede ver.

BUSTOS.

Yo á llevarle, me apercibo.

D. VALERIO.

Que el no ha de saber, mirad.

D. SUERO.

Tenga alguna habilidad,
por si le hicieren cautivo.
A enviarle voy. Ea, amor,
que soy Christiano, repara;
pues ya me cuesta harto cara
la tal fiesta de Leonor. *vase.*

D. VALERIO.

¿En fin, él se vá con él,
siendo de mi letra?

BUSTOS.

Di,
por qué no le hiciste, si
no habia de leer el papel,
pues cerrado vá en rigor,
de rasgos, porque no avise
de tí tu letra.

D. VALERIO.

Es, que quise
quedar con el borrador;
y como él á declarar
llegó, que tú habias de ser,
quien le llevára, tener,
para copiarle lugar,
creí.

D. BUSTOS.

¡Papel tan precíto,
y de tal necedad lleno,
querias!

D. VALERIO.

¿No ves, que es bueno,
todo lo que es exquisito?
Vamos, pues, á remediar
aqueste yerro, en que estoy.

BUSTOS.

Vamos, aprisa; que hoy
hay mucho, que trabajar.

D. VALERIO.

Diez papeles, que escribir,

otros diez, que responder,
cinco Iglesias, que correr,
y tres coches, que pedir;
espiar una tapada,
visitar á un forastero,
pasar por el mentidero.

BUSTOS.

Como quien no dice nada.

D. VALERIO.

Brigida queda quexosa.

BUSTOS.

Suero engañado y dudoso.

D. VALERIO.

Don Simon muy malicioso.

BUSTOS.

La Leonor algo zelosa.

D. VALERIO.

Y yo con gran corazon,
de todo hacer nada, espero,
reirme de Leonor, de Suero,
de Brigida y de Simon.

Vanse, y salen Doña Brigida y Juana.

D. BRIGIDA.

¡Sangrada de ahier, á verme,
Leonor baxa!

JUANA.

Es tan estrecho
el nudo, que la amistad
os dió, aunque en tan corto tiempo,

que no permite un instante
de ausencia.

D. BRIGIDA.

¡Ay Juana! Yo pierdo
el juicio. ¡Que aquel ingrato,
falso, traydor no haya vuelto,
dexandome en los cuidados,
que sabe, tenia!

JUANA.

¡Fuego
en las finézas de todos!
¿Quieres tomar mi consejo
en tus sentimientos?

D. BRIGIDA.

Dile.

JUANA.

Pues casate con Don Suero.

D. BRIGIDA.

¡Que tal pronuncies!

JUANA.

¿Y acaso
es mejor (que pues el pleyto
lleva en su favor) te dexe,
sin que comer?

D. BRIGIDA.

Mucho menos
mal será, poner la vida
debaxo del yugo fiero
de una servidumbre, que

sujetarla á ese violento
lazo. ¿Reparaste, Juana,
en el estilo grosero,
en la figura asquerosa
de aquel hombre? ¿Viste el necio
leguage suyo? ¿Aquel talle?

JUANA.

Calla, señora; que es bello
para marido.

D. BRIGIDA.

Tú harás,
que pierda el juicio. Mas creo,
que llamaron. Mira, Juana,
quién es.

Abre la puerta, y sale Domingo rebozado, con un canastillo.

DOMINGO.

Mi amo, en el primero
quarto, me dixo, que era.

JUANA.

¿A quién buscais?

DOMINGO.

Ella es: llego.
Mia señora, aqui os traygo
un papeliño. *llega á D. Brig.*

D. BRIGIDA.

¡Qué es esto!

JUANA.

¿Qué dices, mozo? ¿De quién

es el papel?

DOMINGO.

Eso nego;
porque yo, vatu á Chrispu,
que nunca he sido parlero.
Tomad papel y canasto;
que yo me marcho corriendo;
porque me han dicho, que suelen
cascar á los mandaderos. *vase.*

Dale el papel á D. Brigida, y el canastillo á Juana.

D. BRIGIDA.

Fuese, y dexóme el papel.

JUANA.

Y un canasto. ¿No verémos,
señora, quién nos regala?

D. BRIGIDA.

Sí, Juana. ¡Pero qué veo! *abre el papel.*

JUANA.

¿Qué hay, señora?

D. BRIGIDA.

¿Esta no es
la letra de Don Valerio?

JUANA.

¿Pues es novedad?

D. BRIGIDA.

Sí es;
quando en el renglon primero
dice *Leonor*. Ya en él dudo.

JUANA.

Espera, aguarda; que creo,
que lo que debe admirarte,
no es solo, señora, eso; *mirando adentro.*
sino que el mismo mismado,
buen señor, vá alli subiendo
la escalera de Leonor
con pasitos tan modestos,
y tan::: *asomase al paño.*

D. BRIGIDA.

¿Qué esperan mis iras?
Oís, señor Don Valerio.
Venid acá.

Sale á la puerta D. Valerio y Bustos.

D. VALERIO.

¡Que me viese
Brigida!

D. BRIGIDA.

Entrad acá dentro.

BUSTOS.

Cojiónos vivos.

D. VALERIO.

No sé,
qué decirla.

BUSTOS.

Bueno es eso:
no te turbes.

D. VALERIO.

Dices bien.

¿A qué la dire, que vengo?

BUSTOS.

Por un ascuita de lumbre,
es ahora lo mas del tiempo.

Ahora acaban de salir.

D. VALERIO.

¿Qué mandais?

D. BRIGIDA.

No sé, por donde
empiece mis sentimientos.

BUSTOS.

Buen paso será éste.

D. BRIGIDA.

Juana,
ponte en el recibimiénto,
por si misa Leonor baxa,
que me avises.

JUANA.

Obedezco. *vase.*

D. BRIGIDA.

¿En fin, señor, Leonor era
el dignisimo sujeto,
que os trahia tan perdido?
¿Leonor el idolo bello,
que nos costaba á los dos
su carisimo festejo,
ella á mi muchos doblones,
quando á vos muchos serenos?
¿Leonor, la que os destruía

con impropios devaneos,
de mi necedad injusta
el justo agradecimiento?
¿Leonor, la que al beneficio
de regalos y paseos
(digalo este canastillo,
y este papel, que por yerro
llegó á mis manos) dexaba
con los amorosos fuegos
de vuestra encendida llama
hechos polvos sus desprecios
¿Leonor, la que venturosa
vino á lograr, que teniendo
vos en mi casa el seguro
lugar, que os daba mi pecho,
intentárais tan cruél,
tan ruin, tan desleal, tan fiero
trato, como hacer, que yo
fuese incauta, introduciendo
con mis inocentes manos
vuestros alevosos riesgos?
¿En casa me la metisteis?
Decid, señor Don Valerio,
¿por qué no avisabais antes,
para que yo, conociendo,
que os agradaba en servirla,
no reparase en el precio?
Por vuestra vida, decid,
si llevabais el intento,

de que os la guardára yo,
y cuidáran mis extremos
de su belleza. Si: y como
que vos queriades esto;
porque á vuestro parecer,
yo soy mujer de llavero:
y sois tan vil, tan infame,
que no dudo, que sabiendo,
que su hermanico el Letrado
gasta sus pocos de textos
conmigo, pretenderiais,
que en recíproco concierto,
hermano y galan al uso,
uno tuerto y otro ciego,
con permitir vos los suyos,
él tolerase los vuestros.
Y pues á hombres como vos,
que tienen perdido el miedo
al punto, jamás les duelen
los golpes de los acentos,
otros golpes mas pesados:::

BUSTOS.

Palo busca, vive el cielo.

D. BRIGIDA.

Os han de doler; y quando
falte á mi ira el instrumento,
no le faltarán mis mano s.

D. VALERIO.

¡Brigida:::! *agarrale.*

D. BRIGIDA.

Aqui, traydor, tengo
de acabar contigo.

BUSTOS.

Mira,
que si le agarras del pelo,
te cuesta un doblon de á ocho,
el que le has de comprar luego.

D. VALERIO.

Suelta.

Sale Doña Leonor al paño, y detienese al verlos.

D. LEONOR.

Baxar he querido
por el caracol secreto,
á ver á Brígida. ¡Mas
qué miro! ¡Ella y Don Valerio
de aquel modo!

D. BRIGIDA.

Anda, tirano,
porque ensuciar mas no quiero
mis manos.

BUSTOS.

A buena hora,
que la mostaza le has hecho.

D. BRIGIDA.

Anda: subela á Leonor
el papel: subela eso,
que con tan decente criado

le énviabas.

D. LEONOR.

¡Qué oygo!

Rompe el papel, y arroja el canastillo, y caen los trastos.

D. BRIGIDA.

Pues creo,
no echará menos, si tú
subes, al esportillero.

BUSTOS.

No ha dexado, Belcebú
lleve, palabra del duelo,
que no le haya dicho.

D. LEONOR.

Oygamos;
que es gran ira, gran imperio
para prima.

D. VALERIO.

Pues me hallo
sin costa el engaño hecho:::

BUSTOS.

Y deshechas la narices:::

D. VALERIO.

Llevarle adelante quiero,
por picarla mas; no porque
me duela ya.

BUSTOS.

Sino aquello,
que te ha dolido.

D. VALERIO.

Señora
Doña Brígida, no entiendo,
por qué razon, en lugar
de decir mis sentimientos
justos á vos, vos á mí
digais los injustos vuestros;
y no solo con los gritos
de vuestra sinrazon, pero
con las manos, accion tal,
y de enojo tan grosero,
que solo lo toleráraa
yo, que sufrido os parezco.
Vení, aca: ¿de vuestra casa
no me echasteis con pretextos,
que juzgo los traxo antes
el cansancio, que los zelos?
¿Salíme yo acaso? ¿Vos,
con un sermon muy molesto
predicado en redondillas,
si ahora mal no me acuerdo,
no me despedisteis? Yo,
por el natural derecho,
he de dexarme morir?
¿No he de buscar el sustento
del amor y la comida
para el alma y para el cuerpo?
El, para quitar el hambre,
ya sabe á la sopa; pero

para el hambre del amor,
no dan sopa en los conventos.
¿Cómo os parece, señora
Doña Brígida, que puedo
pasar, si no busco modo,
para buscar mi remedio?
Respondereisme, que yo
os di causa para el fiero
rigor, que conmigo usasteis.
Es verdad: yo os lo confieso.
¿Pero sabeis la razon,
que yo tube para ello?
Pues si de ella os acordais,
bien conocereis, que en medio
de la merced, que me haciais,
era tan cruel, tan fiero
de vuestro corage injusto
el acostumbrado ceño,
que la condicion hacia
el oficio del desprecio.
Sin embargo, mi pasion
se íba arraygando tan dentro
del alma, que de la propia
pasion alma se iba haciendo.
Pero, como mi Criador
me dió con poder inmenso,
lo que basta para el gasto
de casa de entendimiento,
conoci, que era error grande,

que se fuesen derritiendo
tus mal humorados copos
á mis amantes incendios.
Llamé á consulta la vida:
propusela el grave riesgo,
que tenia en la continua
esclavitud de un despego.
Y ella, que por ley precisa
es amable, fue advirtiendo
la eficacia del peligro,
con la persuasion del miedo.
Temió la vida en quanto hombre,
y el temor, que es gran maestro,
empezó, á avivar la tibia
llama del conocimiento.
Encendióse, y alumbrando
aquel láberinto ciego,
vió la razon cara á cara
el impropio cautiverio.
Desde entonces, desde entonces
tan feliz me considero,
que el respirar, que era antes
suspiro, ya es todo haliento.
Mis impaciencias no andan
buscando tus ojos bellos;
si no te veo, no lloro;
y si te veo, te temo.
Para alivio de mi amor
no me faltára un sujeto,

donde viva el albedrio
con el entretenimiento:
basquiñita de rasilla
con su juboncito negro,
que ahun despues de pretendida,
no la conozca el deseo:
un culto muy ordinario
de un idolillo plebeyo,
cuyas aras muy gustosas
esten con humos de espliego:
una, que sin ocupar
los sentidos con exceso,
me dexe libres los ojos,
para mirar otras ciento.
Tú, Brígida, eres diosaza,
y desde tu trono excelso
consideras como hormigas
los mas grandes rendimientos.
Con cien almas, por crecidas
que lás tales sean, creo,
que no hay harto, para untarse
un diente de tu despego.
Ya yo me hallo muy bien libre,
y del escondido templo
del desengaño la angosta
senda avisado penetro.
Sobre sus mágicas aras
mis sacrificios ofrezco,
y de sus paredes doctas

el robusto eslabon cuelgo.
Ya tú no has menester mas
cariños ni mas festejos;
pues ha venido, á casarse
contigo el señor Don Suero.
Es un hidalgo maduro,
y en fin es un hombre hecho,
que no te dará disgusto;
y quien en anocheciendo
vendrá, y tomara del gasto
de aquel dia á su Gallego
la cuenta, quarto por quarto,
con rosario ó por los dedos:
hombre, que se irá á la plaza,
y con cariño casero
te llevará en la pretina
el besuguito á su tiempo:
hombre, de decir y hacer,
buena salud, bien dispuesto;
y en fin marido de paño,
que es de honra y de provecho:
hombre, que hará:::

Dentro Don Suero y Juana.

D. SUERO.

Yo he de entrar.

JUANA.

Esperad.

D. SUERO.

Yo nunca espero;

que soy Montañes castizo,
y, gloria á Dios, no desciendo
de ningun tribu.

BUSTOS.

Por Dios
que es el.

D. LEONOR.

Ahora pretendo
salir, y disimulando,
el que he estado (¡ah, falso!) oyendo
mis zelos, he de vengar
con una industria mis zelos.

Salen á un tiempo Doña Leonor de adonde estaba, y D. Suero apartando á Juana.

D. SUERO.

Que estaba en el quarto baxo
Leonor, arriba dixeron,
y asi entro. ¡Pero que miro!
¿Qué haceis aqui, Don Valerio?

D. LEONOR.

Amiga, voces oí
en tu quarto, y asi vengo:::

D. BRIGIDA.

Sin haliento estoy.

BUSTOS.

Andallo.

D. LEONOR.

A ver, lo que ha sido esto.

D. SUERO.

¡Voces, y el señor alferez
reformado en casa! Bueno.

D. LEONOR.

No es mucho, (aqui de mi industria:
descubrase este secreto)
que haya á veces entre primos
sus pleytecillos caseros.

Hace señas D. Brígida á D. Leonor, que calle.

D. SUERO.

¡Cómo! ¡Cómo!

D. LEONOR.

Salió cierta
mi industria.

D. BRIGIDA.

Sin alma quedo.

D. VALERIO.

La suerte está echada.

D. BRIGIDA.

Calla,
Leonor.

D. LEONOR.

¿Pues no es mejor medio,
que el seór Don Suero lo ajuste:: ?

JUANA.

Ya escampa.

D. LEONOR.

Que no hacer cuento
en el barrio, de que::: ¡Ah falso! *á Val.*

¿Pensaste, entrar encubierto?
dos primos:::

BUSTOS.

Lo que primea.

D. SUERO.

¡Primos decís! ¿No sabremos,
de quando acá os ha venido,
Brígida, este parentesco?

D. LEONOR.

¿Luego no lo sabeis?

D. SUERO.

Yo
ahora lo oygo, y ahora veo,
en la ira, que me ciega,
un paréntesis haciendo,
las alhajas, que os envié
poco ha con un Gallego.
Buena anda mi hacienda.

D. BRIGIDA.

¡Qué oygo!
Ya no es todo mi mal cierto.

D. VALERIO.

Pues todo se vierte, vamos
cojiendo algo. ¿No vés, dueño *á Brig.*
tirano de mi albedrio,
quan sin culpa estoy?

D. SUERO.

Dexemos
ahora intereses humanos;

que la honra es lo primero.

D. SIMON *al paño.*

Con ocasion de que está
mi hermana en su quarto, quiero
á la Brígida del alma
acechar; mas alli veo
al novio, (llevele el diablo)
y al otro. Un rato esperemos.

D. SUERO.

En fin, Don, como os llamais,
que con la ira no me acuerdo
ni ahun del nombre de mi padre,
á termino llegó esto,
de que yo precisamente
he de mataros. Mancebo,
id á la primer parroquia,
que prevengan el entierro.

D. VALERIO.

Reportaos, reportaos.

D. SIMON.

Pateando está el tal Don Suero.

D. SUERO.

¡Primo á mí, jurado á bríos!
¡Pues ahora os salís con eso!
Por las armas de los Llanos,
que es el mayor juramento,
que en la Montaña hay, que ahora,
ahorita en este momento
habeis de sacar el arbol

de vuestro descendimiento,
de por sí, rama por rama.
¿Qué es rama por rama? Niego;
hoja por hoja, tomando
del antiguo entroncamiento
de la raiz el origen,
hasta el palito postrero
de la casa, que soy yo,
mediante Dios, sin que en estos
grados se mezcle ninguno
con el femenino sexo;
pues de varon en varon
vuestro primazgo derecho
ha de venir; que despues
la forma conferiremos,
de mataros.

D. VALERIO.

Despacito;
que hay mucho que hacer.

BUSTOS.

Pues, muerto,
¿que os importará, que sea
vuestro primo?

D. SUERO.

¿Majadero,
no importa, para saber,
si le toca ó no el entierro
de los Llanos, donde están
sus antiquisimos huesos?

D. SIMON.

Como no puedo escucharlos,
estoy confuso y suspenso;
y asi no me determino,
á averiguar, que es aquesto.

D. SUERO.

Buena flema. ¿No acabais
ya, de ir ensartando avuelos?

D. BRIGIDA.

Primero soy yo, que nadie.
Con una industria remedio
pongo á mi honor y á su enojo.
Oidme; que yo os ofrezco,
quitar duda tan extraña.

JUANA.

Algun embuste previno.

D. BRIGIDA.

Quando Don Valerio vino,
como era de la Montaña,
aqui poco introducido
estaba, por cuyo intento
fiado en el conocimiento,
que tubo con mi marido,
solicitando el favor ::: *á Leon. quedo.*
(Por amor de Dios, amiga,
que apoyes quanto yo diga)
de la mano de Leonor:::

D. LEONOR.

¡Qué oygo! En vano me reprimo.

D. BRIGIDA.

Porque el ajuste decente
fuera, siendo mi pariente,
supuso, que era su primo.
Hoy la verdad á los dos
preguntad.

D. LEONOR.

Viven los cielos,
que no he de aumentar mis zelos,
callando.

D. SUERO.

¡Esto mas, mi Dios!
¿Luego el Valerio ó Baxá,
que en dòs mil mujeres pica,
tambien á la Leonorica
hace gestos?

D. BRIGIDA.

Claro está.

D. SUERO.

Pues ya está mi corazon
morado á puro denuedo,
y ya sufrir mas no puedo
la carga de la razon.
Venid acá.

D. LEONOR.

Yo embarazo
pondré á tan inīquo error.
¿Por qué, Brígida:::

D. SUERO.

Leonor,
idos de ahí. ¿Bribonazo,
no bastó (la ira rebosa)
llenar á mi costa el buche?

D. SIMON.

El Don Suero sacabuche
quiere hacer de la mohosa.

BUSTOS.

A una brava industria quiero
apelar, con que esto impida;
y el disgusto, por mi vida,
que le ha de pagar Don Suero. *vase.*

D. SUERO.

¿No bastó la infiel lanzada,
que tu industria cruel previno,
pues ahun no acabé el camino,
quando te hallé en la posada?
¿No bastó la sedicion
de tu hambre detenida,
que no perdonó la vida
á chorizo ni á jamon?
¿No bastó el furor tyrano,
con que fuiste un mes entero
de mi inocente puchero
el demonio meridiano?
¿No bastó la sinrazon,
de venir acompañado
de un troglodita criado,

de casta de sabañon?
¿No bastó la alevosia,
de quererme sorprender,
quitandome en mi mujer
propia el pan de cada dia;
sino querer tu rigor,
infame, vil y falsario,
quitarme el extraordinario
del platillo de Leonor?
Ya no tienes mas que hacer,
inhumano todicida;
pues me matas la comida,
á la dama y la mujer.
Y antes que tu ira adversa
(que en tí se puede esperar)
llégue, conmigo á intentar
alguna cosa perversa:
juro á briós, y aquesta cruz,
que el alma te he de sacar.

Saca la espada.

D. SIMON.

Estos se quieren matar;
yo subo por mi arcabuz. *vase.*

Saca la espada tambien D. Valerio, detienele D. Leonor, y á D. Suero D. Brígida.

D. BRIGIDA.

Mira :::

D. LEONOR.

Espera :::

LAS DOS.

¡Cruel destino!

D. VALERIO.

Suelta.

D. BRIGIDA.

Detente.

D. SUERO.

Mujer,
mas facil es, detener
una rueda de molino.
Hoy acabará tu vida,

D. VALERIO.

Calla, simple.

D. LEONOR.

Cruel estás,

D. SUERO.

Bonito soy yo; jamás
he errado la zambullida,

D. VALERIO.

Quita: verás, que de un tajo
desde el casco hasta el carrillo
le hiendo.

D. SUERO.

¡Ay pobrecillo,
si vá la de uñas abaxo!

D. LEONOR.

Yo de la fuerza me privo.

D. BRIGIDA.

Ni yo detenerle puedo

con la mia.

Sale Don Simon con arcabuz.

D. SIMON.

Estese quedo
todo hombre, ó le derribo.

D. VALERIO.

Yo estoy de cólera ciego.

D. SIMON.

Teman este angosto rayo.

D. SUERO.

Yo, señores, me desmayo,
en viendo bocas de fuego.
Mas aqui de aquellos fueros,
que mi valor ha tenido.

DENTRO.

En està casa es el rüido.

Sale la Justicia.

UNO.

La Justicia ; caballeros.

D. SUERO.

Peor es esto, que mis males.

OTRO.

No se menee persona.

D. SUERO.

¡Quánto vá, que la intentona
no la hago con veinte reales!

DOS.

Daos á prisïon.

D. SUERO.

Los fueros
de Llanos, de quien aprenden
todos valor, no los prenden
Ministros.

UNO.

¿Pues quién?

D. SUERO.

Monteros.

DOS.

Famosa pachorra es esta.
Venga el Montañès cerrado.

Sale Bustos.

BUSTOS.

Ya mi industria se ha logrado.

D. SUERO.

Yo iré, pero con protesta.

D. VALERIO.

Si mi cortesia fiel
puede algo, esa intencion
mudad.

D. SUERO.

Mire el picaron,
¿no hará harto, en pedir por él?

UNO.

En la carcel su rencilla
de la Villa vea.

D. SUERO.

¿Tyranos,

quándo se vió ningun Llanos
en la carcel de la Villa?
Llega uno á Simon, y quitale el arcabuz.

UNO.

Suelte el arcabuz.

D. SIMON.

¿Que dice?

Ministros son, vive Dios.

BUSTOS *á los Alguaciles.*

No lleveis mas, que á los dos.

D. LEONOR.

La suerte ha sido infelice.

D. BRIGIDA.

Por ahora en un buen medio
queda el duelo.

D. SIMON.

Yo sabré,
por qué la pendencia fue.

D. SUERO.

¿En fin, no tiene remedio?

BUSTOS.

Señor, dexate prender, *á Valerio.*
y nos valdrá un potosí.
Cojen unos á Valerio, y otros á Suero.

D. BRIGIDA.

Saquenlos ahora de aqui;
que facil, de componer
este disgusto, allá es.

UNO.

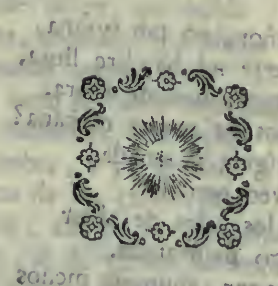
Vamos.

OTRO.

No hày ; que replicar.

LAS DOS.

¿Cielos, en qué ha de parar
el Sordo y el Montañes?



JORNADA TERCERA.

Sale Don Valerio y Bustos rebozados.

BUSTOS.

Hoy, señor, no tan týrana
nuestra suerte mi hambre llora,
pues comimos; mas dí ahora,
¿qué hemos de comer mañana?
Ya de Brígida la amada,
renta la veo perder;
pues con los zelos de ahier
quedó algo maltratada.
De la Leonor, ahunque menos
eran los regalos, ya
volaron; pues nos dará
mas, que regalos, venenos.
Ya se consumió el dinero,
que con tenazas sacó
mi industria, y que nos tocó
de la prision de Don Suero.
Ya él, enterado de tu
sin razon desapiadada,
al vernos en la posada

juntos, nos dá á Bercebú.
Y segun está, no alcanzo
forma, ni la considero
de sacarle á su puchero,
ni ahun con ganzúa, un garbanzo.
Todos están sin dineros,
por mas, que ahier te cansaste,
y á diez papeles que enviaste,
once te salieron hueros.
No hay ya, como en las primeras
edades dicen, que habia
mesa, hospicio, que acojia
á panzas aventureras.
Ya están del todo apuradas
las industrias, que trazó
lo pobre, y ya se pasó
la era de los camaradas.
Y así, allá en tus quadernillos
mira, si de vernos hartos,
hay forma; que yo dos quartos
tengo.

D. VALERIO.

Trahelos de palillos.

BUSTOS.

Famosos alivios son.
Eso á rabia me provoca.

D. VALERIO.

Hombre, un palillo en la boca
ayuda á la digestion.

BUSTOS.

Tu chanza me ha de acabar,
y tu flema.

D. VALERIO.

¿Qué he de hacer?
¿Bustos, sobre no comer,
dime, heme de ahorcar?

BUSTOS.

Pide.

D. VALERIO.

No seas importuno.

BUSTOS.

Busca.

D. VALERIO.

Cansado no estés:
que ya me amohino.

BUSTOS.

Pues
ponte á oficio.

D. VALERIO.

¿Sé yo alguno?

BUSTOS.

Uno te doy, con que embozas,
de lo pobre las culebras.

D. VALERIO.

¿Quál es?

BUSTOS.

Cartero.

D. VALERIO.

Hay quiebras

BUSTOS.

Hazte Astrólogo.

D. VALERIO.

Hay corozas

BUSTOS.

Poeta.

D. VALERIO.

Exercicio cruel.

Quita.

BUSTOS.

Casate, señor.

D. VALERIO.

¿Ese es oficio?

BUSTOS.

El mejor,
si es, que se sabe usar dél.
Con tretas perficionadas
en el tajo y el revés,
unico tu brazo es;
pon tienda de cuchilladas.

D. VALERIO.

¿Cuchilladas? ¡Qué imprudente!

BUSTOS.

¿Pues en qué la duda está?
Dime, señor, quanto ha
que es oficio, el ser valiente.
Hablame ya sin embozos.

Es de capear tu intento;
que es lindo entretenimiento
de caballeritos mozos.
Mas ya descubrí, por Dios,
por la vuelta desta esquina,
que tu viage se encamina
á la casa de las dos.
Eso sí: al pan conocido,
perro leal; pero yo
entrára quedo; que ahun no
sanaron de lo mordido.

D. VALERIO.

Ningun amor ha entibiado
tener zelos; antes ciego
añade un fuego á otro fuego.

BUSTOS.

Ya á la puerta hemos llegado.

D. VALERIO.

Pues vete; que quiero entrar
solo.

BUSTOS.

Yo te estimaré
ese favor; pues me iré :::

D. VALERIO.

¿Dónde?

BUSTOS.

A aprender á cenar. *vase.*

D. VALERIO.

Al quarto de Leonor antes,

que no al de Brígida, élijo
entrar, pues fue, quien quedó
mas enojada conmigo.
Y una voluntad, á quien
pleyto de acreedores, miro,
que ponen tantos, graduar
los derechos, es preciso.
El afecto de un embuste
por satisfaccion aplico
á su enojo y á sus zelos;
y si saliere fallido,
darémosla unos requiebros,
que tengan de llanto visos,
y vaya tapando el cobre
lo dorado de un suspiro.
Pues si ella está con deseo,
de que la paguen, colijo,
que no hará mucho reparo,
en si son falsos ó finos.
No parece en la escalera
nadie, y al trémulo viso,
que escupe la congojada
lumbre de aquel farolillo,
no solo de esta antesala
abierta la puerta miro,
sino las demas. Yo me entro
poco á poco, y escondido
de esta ventana en el hueco,
recatado determino

ahora esperar, acechando,
por vér, si en este exercicio
puedo darle en lo curioso
un consuelo á lo escondido.

Escondese detrás de una cortina, y sale Inés, trayendo de la mano á Don Suero muy despacio.

D. SUERO.

Buena mujer, Dios te pague
la caridad, que has tenido
con este mísero amante.

INES.

Pisa quedo.

D. SUERO.

Antes no piso.

INES.

Y cree, que es una fineza,
la que ahora hago contigo,
que, si mi ama lo sabe,
hoy mi remedio he perdido.

D. SUERO.

Yo, Ines, no puedo faltarte.

D. VALERIO.

Don Suero::: ¡Qué es lo que miro!
viene con Inés.

D. SUERO.

Y en tanto,
que mas paga te apercibo,

luego que llegue el harriero,
que aguardando estoy, te envio
dos Santiagos de azabache,
y seis valientes chorizos.

INES.

Yo por interés no hago
esto.

D. SUERO.

Ya sé, que es por vicio.

INES.

Desta cortina te tapa;
que, aqui salir, es preciso,
mi señora, y quando á verla
llegues, ánimo.

D. SUERO.

¡Bonito!
¿Para que me habré zampado
hoy quatro huevos mexidos?

Esconde Inés á Don Suero detras de otra cortina, y vase.

D. VALERIO.

Vive Dios, que al Montañés
le esconden.

D. SUERO.

Si el letradillo
me vé y saca la escopeta
de ahier, no doy quatro higos
por toda la descendencia

de los Llanos. ¡Que conflicto
fuera para la Montaña,
que yo muriera sin hijos!

D. VALERIO.

Mas si no me engaño, alli
á Brígida y Leonor miro.

D. SUERO.

Si el deseo no me miente,
por alli á Leonor atisbo
con mi infeliz despreciada.

D. VALERIO.

El tal Don Suero ha venido,
segun muestra el esconderse,
á que con broncos suspiros
Leonor de saber acabe
su pensamiento atrevido.

D. SUERO.

Hoy logro el golpe.

Ya llegan.

Salen con luces Leonor, y Doña Brígida y Leonor le dice á Inés á parte.

D. LEONOR.

Oye, Inés.

INES.

Ya te he entendido.
A tu hermano iré á avisar,
que entre. *vase.*

D. LEONOR.

En vano me animo *ap.*

al consuelo de su amor,
quando no los halla el mio.
¡Ay ingrato Don Valerio!

D. BRIGIDA.

Aqui, Leonor, que es retiro,
del alma, dexa, que salga
mas sin vergüenza el suspiro.

D. LEONOR.

Aqui, donde nuestras quexas
son solo nuestros testigos:::

D. VALERIO.

¿Qué misterio será este?

D. SUERO.

Si salen á desafio,
en todo tiempo Leonor
me tiene por su padrino.

D. BRIGIDA.

Acabe ya de arrancarse
del corazon el indigno
lazo, entre cuyas prisiones
deliraban los sentidos.

D. LEONOR.

Deshaga el conocimiento
del desengaño instruido,
la ciega carcel, adonde
se embebeció el albedrio.

LAS DOS.

Salga este hombre de nosotras.

D. BRIGIDA.

Y del sentimiento mismo
con la enmienda del corage
haga la razon alivio.

LAS DOS

No pueda mas, que nosotras.

D. LEONOR.

Y ya trocado el cariño,
conviertase en luz la torpe
obscuridad del delirio.

D. VALERIO.

Sin que en grande presuncion
incurra ahora, imagino,
que soy yo, de quien se quexan.

D. SUERO.

¡Oh dura ley del destinó!
En estas almas me he entrado,
y las dos se han recojido,
á ver, si pueden echarme
de sí con sus exôrcismos.

LAS DOS.

Salga, salga:::

D. SUERO.

No es ahun tiempo.

D. BRIGIDA.

Y señal, de que ha salido
sea, que llore lo irritado
las lagrimas de lo fino.

D. SUERO.

Señal pide, mucho aprieta.

D. LEONOR.

Vete, alevoso peligro,
donde menos daño hagas
en otro mas cauto abrigo.

D. SUERO.

Con la fuerza, que las hago,
las he puesto como un lirio.
Espíritus Montañeses,
amando, somos malditos.

D. BRIGIDA.

Y, porque el corazon quede
en el error convencido,
pidasele á la memoria
la cuenta de los delitos.

D. SUERO.

Cuenta piden: ni por esas.

D. LEONOR.

Don Valerio:::

D. VALERIO.

Ahí vá.

D. SUERO.

¡Qué he oído!

D. BRIGIDA.

Infiel:::

D. LEONOR.

Traydor:::

D. BRIGIDA.

Desleal:::

D. LEONOR.

Falso:::

D. BRIGIDA.

Cruel:::

D. LEONOR.

Fementido:::

D. BRIGIDA.

En el error de mi engaño
fue componiendo atrevido,
desde mis seguridades,
el modo á mis precipicios.

D. LEONOR.

Su traycion disimulada
con aquel rumor nocivo,
sordo hizo el conocimiento
con la eficacia del ruido.

D. BRIGIDA.

A tí en fingidos halagos
pagaba, quando los mios,
de hallarlos tan verdaderos,
pude temerlos fingidos.

D. LEONOR.

Asi en viles apariencias.
tu fiel amor satisfizo,
quando aplaudia dichoso
su correspondencia el mio.

D. VALERIO.

Pues no eran ustedes solas,
que ahun quedaban otras cinco.

D. SUERO.

Vive Dios, que no soy yo
este diablo, que han tenido.
¡Ah falsario Don Valerio!
Bercebú lleve tus bríos.
¡Dónde iré yo á enamorarme,
que no me encuentre contigo!

D. BRIGIDA.

Yo en las clausulas oí
de su mentiroso estilo,
moverlas la proporcion,
y acabarlas el suspiro.

D. LEOÑOR.

Yo tambien ví algunas veces
sus acentos repetidos,
que los soltaba el haliento,
y los prendia el gemido.

D. VALERIO.

Una y otra vez estaba
mi natural exquisito
mucho mas, que lo sentado,
llorando lo arrepentido;
porque en él hace lo propio
mi amor, que hiciera mi olbido.

D. SUERO.

Bueno estaria el barbado,

haciendo dos pucheritos.

D. LEONOR.

Yo, me acuerdo::: Mas, mi hermano
suena.

D. BRIGIDA.

¡Pues ves, que elegimos
este puesto, por mas solo,
ya él me le trahes!

Ha de haber un bufete con libros, y recado de escribir.

D. LEOROR.

Como es sitio,
donde, por mas retirado,
ha puesto, amiga, sus libros,
acá ha entrado. Por tu vida,
que venzas algo el esquivo
desdén tuyo; á ello te lleve
la lástima, no el cariño;
porque te puedo jurar,
que le trahe al pobrecito
tu amor harto mal parado;
tanto, que temo:::

D. SUERO Y D. VALERIO.

¡Qué he oído!

D. LEONOR.

Que hemos de llorar muy presto
su voluntad por delirio.
Y pues los dos sois iguales
en calidad, y él rendido:::

D. SUERO.

Alcahuetica á lo santo
se ha hecho el tal angelico.

D. LEONOR.

Está á tu amor:::

D. VALERIO.

Bueno vá esto.

D. BRIGIDA.

No hagas, que resentido
mi respeto:::

D. LEONOR.

¡Ah, si supiera *ap.*
vencerla, y que su ofendido
amor dexára á Valerio!

Don Simon se asoma por medio de los dos.

D. SUERO.

Pero alli al Letrado he visto.

D. BRIGIDA.

Dé quexas de tu traycion.
Piensa, que no la he entendido. *ap.*

D. SIMON.

Arda Troya; pues ya está
el Paladion en el sitio
que ha de estar, para dar fuego.

D. LEONOR.

En mi hermano, no marido,
esclavo tendrás.

D. BRIGIDA.

Espera.

Hoy pagarle, determino, *ap.*
su intencion.

D. SIMON.

¡Que no oyga nada!
Reniego de mis oídos.

D. BRIGIDA.

Que dexe hoy satisfechos
tus cuidados, justo es:
¿Tomarás tú al Montañés?

D. SUERO.

Y con un canto á los pechos.

D. LEONOR.

¡Jesus! El juicio has perdido.
¡Yo, á quién tal simpleza alcanza!

D. SUERO.

¡Qué bien suena la alabanza
á un hombre, que está escondido!

D. LEONOR.

¡Yo á aquel hombre mentecato,
que á ser persona se niega!
¡Yo, á quien cabe una fanega,
de trigo en cada zapato!

D. SUERO

Ya mi paciencia se apura.

D. VALERIO.

Bueno estará el camarada.

D. LEONOR.

Y no digo de cebada,

pues no estubiera segura.
¡Posible es, que estés en tí!
Calla, Brigida, por Dios.

D. SUERO.

Pues con todo esto las dos
se están muriendo por mí.

D. BRIGIDA.

Tu injusto desprecio no
le desdeñe tanto, pues
como le pintas, no es.

D. SUERO.

Miren, si lo dixe yo.

D. BRIGIDA.

Y si en juicio me aconsejo:::
(asi la aseguro) puede
ser, que conmigo se quede.

D. SUERO.

No os vereis en ese espejo.

D. VALERIO.

¡Ah tyrana, que mudaste
tu cariño en interés!

D. LEONOR.

Cuerdo tu dictamen es.

Sale D. Simon.

D. SIMON.

Ya no hay paciencia, que baste.
Brigida, en quien luz mejora
ese celestial farol,
siendo á la vista del sol

muy poderosa señora,
ante tí Simon Sarmiento
con la vista macilenta,
débil la voz, se presenta
con debido acatamiento;
y dice, que tu impiedad
le tiene con cruel porfia
opreso en tu tyranía
su espontanea voluntad
en una obscura prision,
sin mas luz que la fatal,
que de tu alma pedernal
saca su pena eslabon;
sin mas sustento que enojos,
que tristes dan los sentidos,
cera amarga los oídos,
y agua salobre los ojos:
está ya determinado,
á que la sentencia infiel,
que le ha de dar lo cruel,
la dé lo desesperado;
pide (si es que acaso alcanza
alivio, en lo que le ahoga)
ó quatro varas de soga,
ó un adarme de esperanza.
Debeislo hacer, si consulta
vuestra piedad algun fuero,
por lo general primero,
que de los autos resulta.

Lo otro, porque es cruél é impío
rigor, nò haya diferencia,
de lo que hurta la violencia,
á lo que dá el albedrío.
Y porque su corazon
dispuesto á rendirse estubo
siempre, á tiempo, y quando tubo
el dicho uso de razon:
por tanto, rendido al bello
Tribunal, que ser indicia:::

D. SUERO Y D. VALERIO.

Recto, le pide justicia,
y costas, y para ello.

D. BRIGIDA.

Mis enojos se aperciben.

D. LEONOR.

Tu piedad su intento apoye.

D. BRIGIDA.

Pues lo que le hablan, no oye,
entienda, lo que le escriben.

Llega Doña Brigida á la mesa, y hace señas á Don Simon, que lea.

D. BRIGIDA.

Aqui no hay sino burlar
de su pasion indiscreta.

D. VALERIO.

¡Vive Dios, que le decretà
la peticion.

D. BRIGIDA *escribiendo.*

No ha lugar.

D. SIMON *leyendo.*

¿*No ha lugar*? ¡Valgame el cielo!
¡Quién tanta crueldad dispuso!

D. BRIGIDA *escribiendo.*

Mi rigor.

D. SIMON *leyendo.*

Yo le recuso,
y á Juez competente apelo.

D. BRIGIDA.

Porfias vanas dexemos,
en que mas mi enfado crece;
y decidme ¿qué os parece
de aquel pleyto, que tenemos
Don Suero y yo?

D. SIMON.

Ahora adquirir *ap.*
meritos, es menester.

D. SUERO.

¡Fuego de Dios! ¡Yo mujer,
que sabe leer y escribir!

D. SIMON.

Señora, yo no he dexado
en este cuidado envuelto,
Baldo, que no haya revuelto,
ni Jason, que no haya hojeado.
Y no hay, por mi vida, Autor

de otros muchos, y de estos,
que no recopíle textos,
asi asi en nuestro favor.
Del dia todos los ratos
consumo en esta taréa,
para que solo me vea
mi estudio.

D. SUERO.

¡Ah Simon Pilatos!

D. SIMON.

Pero lo que ha de importar,
para dexar satisfecho,
señora, vuestro derecho:::

D. VALERIO.

¿Dónde irá este hombre, á parar?

D. SIMON.

Es, que viendo con perfecta
atencion, lo que conviene
al Don Suero, no le viene
los Llanos por linea recta,
sino transversal.

D. BRIGIDA.

Gran luz
es esa.

D. SUERO.

¡Ah lengua villana!
Salgo, ahunque mate á su hermana,
y ahunque saque el arcabuz:

Sale Don Suera.

D. SUERO.

Tú eres:::

D. LEONOR.

¡Jesus!

D. BRIGIDA.

¡Quién tal vió!

D. SIMON.

¿Qué es esto, hermana desleal?

D. SUERO.

Tú eres el transversal,
y el alma que te parió.
¡Transversal:::!

D. VALERIO.

¡Qué ratos estos!

D. SUERO.

Tu linage y proceder,
transversal tu parecer,
y transversales tus textos:
transversal el inhumano
saber de tus letras crueles,
transversales los papeles,
transversal el Escribano,
transversal la voz tyrana,
de quien tal mentira escucho;
y si me apretares mucho,
transversal hasta tu hermana.
Transversal::: Por el Señor,
que á cielo, y á tierra atiende,

que mi linage desciende
de Nabucodonosor
por linea recta, tyranos;
y no se llamó en rigor
él Nabucodonosor,
sino Nabuco de Llanos.

D. VALERIO.

Ya la risa me rebosa.

D. SUERO.

Y yo mostraré los fueros,
en que son mis escuderos
los de la de Peñalosa.
Valerio, que dueño es
de ella, lo puede decir.

D. VALERIO.

¡Esto habia de sufrir!
Tambien soy yo Montañés. *Sale.*
Tu lengua tu engaño topa.

D. SIMON.

¡Otro! ¡Ay mi honra lastimera!

D. VALERIO.

Mi casa no es tu escudera.

D. SUERO.

Y antes fue mi guarda ropa.

D. BRIGIDA.

¡Que siempre mi cruel destino
los junte!

D. VALERIO, *echando mano.*

¡Ah Suero villano!

D. SIMON.

Dispare ahora mi mano
las balas de pergamino.

Tira Don Simon los libros que están en la mesa; con uno se matan las luces, y con otro le dá á Don Suero, y andan todos tropezando.

D. BRIGIDA.

Las luces se han apagado.

D. LEONOR.

¡Ay de mí!

D. VALERIO.

Malo vá esto.

D. SIMON.

Aparame este Digesto.

D. SUERO.

Tened. *Tirando libros.*

D. SIMON.

Vaya el Inforciado.

D. VALERIO.

A la puerta se endereza
mi tino.

D. BRIGIDA.

A mover no atrevo
la planta.

D. SUERO.

¡Ay de mí, que llevo
mil textos en la cabeza!

D. LEONOR.

Juana, saca aqui la luz.

Encuentra Don Valerio con una puerta, y Don Suero con otra, y vanse.

LOS DOS.

Ya yo una puerta he encontrado.

D. SUERO.

Voyme; pues que me he librado
del infernal arcabuz.

Encuentra Don Simon con una mano á Brigida, y con otra á Leonor, y agarralas.

D. SIMON.

¿Quién es? ¡Ah zelos tyranos!

D. LEONOR.

¡Mi hermano!

D. BRIGIDA.

Este es Don Simon.

Tirando de entrambas hácia la puerta.

D. SIMON.

¡Oh afligido corazon!
¿Enemigos á dos manos?
Ven, que no te librarás
de mí, ahunque mas apretado
tires; que tiene un Letrado
mas fuerzas, que Barrabás.

D. BRIGIDA.

¡Quién vió lance mas severo!

D. LEONOR.

¡Quién los habrá aqui trahido!

D. BRIGIDA.

¡Si Don Valerio se ha ido!

D. LEONOR.

¡Si se habrá ido Don Suero!

Entralas tirando de ellas, Don Simon.

Sale Bustos.

BUSTOS.

Ya la soberana Aurora
sus tornasoles despliega,
arrullando la confusa
canalla de las tinieblas,
y mi amo no viene á casa;
pero es verdad, que ni en ella,
ni en otra pude encontrar
anoche viso de cena.
¡Valgame Dios! ¿Puede haber
mas infelice tarea,
que una ociosidad, que libres
á todas las horas dexa?
No hay tan desdichado oficio,
que con la pesada tema
del trabajo, un dia á otro
no dexa la costa hecha,
sino el servir, á quien solo
en la ociosidad se emplea;
pues consiste mi comida
en que lo tenga, ó no tenga.

Apenas dixe comida,
quando mi hambre huele apenas,
por las muchas rehendijas,
que se esparcen en la puerta,
que desde este quarto al de
Don Suero de Llanos entra,
los torreznos, que sin duda
para almorzar se aderezan.
Narices, comeos el humo;
ya que otra cosa no os llega.

Sale Don Valerio.

D. VALERIO.

Presto vine. ¿Bustos, qué haces?

BUSTOS.

Sufrirte; que es la mas fiera
cosa, que puede hacer nadie.

D. VALERIO.

¡Que no pueda ver contenta
tu condicion! Dime, hombre,
¿anoche á las once y media
no te dexé en una calle
con lodos á media pierna,
sin tener que executar
la material diligencia,
de cenar, pues no habia qué?
¿No te viniste á una pieza
muy larga, que siendo invierno
no tiene tapíz, estera,
ni brasero? ¿No me aguardas,

hasta despues que amanezca,
vestido? ¿No hay esperanza
de que tendrás muchas de estas?
¿Pues, valga el diablo tu alma,
picaro, de qué te quexas?

BUSTOS.

Voto á tristo, que á nadie,
sobre darle tan perversa
vida, se le ha dado chasco.

D. VALERIO.

Entra, mi Busticos: entra;
que tambien el Montañés
viene ahora. Que me vea,
no quiero; allá te diré,
lo que ha habido.

BUSTOS.

Linda flema.

D. VALERIO.

Sigueme, acaba. *Vanse.*

Salen Don Suero y Domingo.

DOMINGO.

¿Señor,
es ya hora, de que vengas?

D. SUERO.

Hombre, no me hables palabra;
sino toma tu montera,
y vuelve, á salir conmigo.

DOMINGO.

¿Qué trahes?

D. SUERO *andando.*

Los diablos me llevan:
diera::: Sigueme tu, y calla.

DOMINGO.

¿Dónde vas con tanta priesa?

D. SUERO.

Ello dirá.

Entran por un lado y salen por otro.

DOMINGO.

¿Y es muy lexos,
donde vamos?

D. SUERO.

Ya está cerca.

DOMINGO.

Aqui hay escuela de niños.

D. SUERO.

Pues el primero, que venga,
me ha de escribir::: Pero éste

Sale un muchacho con sus cartapacios y tintero.

tiene bastante presencia.
¿Sabes escribir, muchacho?

MUCHACHO.

Y tengo papel y oblea.
¿Ha de ser carta? Pues todo
está listo.

D. SUERO.

Niño, espera.

MUCHACHO.

¿Qué falta?

D. SUERO.

Hincar las rodillas,
y estando las manos puestas
sobre la cruz de esta espada,
que es la hereditaria prenda
de la casa de los Llanos,
jurar, que de quanto sepas
por mi vöz, tendrás secreto.

MUCHACHO.

Sí juro.

Escribe el Muchacho, y paséase D. Suero.

D. SUERO.

Pues ahora empieza.
Simon Sarmiento, Letrado,
el de la hermana doncella,
por aquel lance de anoche
me veo en precisa deuda,
de desafiaros; y asi
con espada y daga espera
mi ira en el callejon
de San Blas, luego que sean
las dos de la tarde. Don
Suero de Llanos. Cierra
ese, y vamos con el otro.

MUCHACHO.

Diga usted.

D. SUERO.

Mira, que esta
segunda escritura, niño,

te ata de la suerte mesma
al secreto, que te ató
la forma de la primera.

MUCHACHO.

Sí, señor; ya estoy en eso.

D. SUERO.

El muchacho es una perla.

Dicta al Muchacho, que vá escribiendo.

Don Valerio Peñalosa,
cansada ya mi paciencia
de veros con tanta vida,
os cita, para que de ella
deis cuenta al criador, hoy Martes,
á quien de Carnestolendas
suelen llamar por mal nombre,
á eso de las dos y media
de la tarde, al callejon
de San Blas. El que desea
serviros. Suero de Llanos.

MUCHACHO *cerrandolos.*

Ya están los dos con oblea,
y sobrescrito tambien.

D. SUERO.

Pues tienes la curia hecha,
¿quánto te tiene de costa
cada papel de pendencia?

MUCHACHO.

Dé usted lo que usted quisiere.

D. SUERO.

Toma, y para la merienda
compra quatro casadillas
de á quarto.

MUCHACHO.

En hora buena. *vase.*

D. SUERO.

Gran muchacho. Tú, Domingo,
lleva en la mano derecha
el de Don Simon; que al fin
se le ha de dar á las letras
el mejor lugar; estotro
en la izquierda, y con presteza
á la casa de los dos
desventurados los lleva.

DOMINGO.

¿Pues cómo, señor, los llamas
casi en una hora mesma?

D. SUERO.

¿El uno á las dos no llamó?

DOMINGO.

Sí.

D. SUERO.

¿Y el otro á las dos y media?

DOMINGO.

Tambien.

D. SUERO.

¿Pues en media hora

no despacharé quarenta?

DOMINGO.

Voy.

D. SUERO.

Pero prevén, Domingo,
por aquello que suceda,
un huevo y unas estopas;
que al fin nò somos de piedra
los Llanos, y tambien pueden
cascarnos en la cabeza.

Vanse, y salen Don Valerio y Bustos.

D. VALERIO.

Esto pasó, que te digo.

BUSTOS.

No habria rato mas bello,
que ver al tal Don Simon
ir disparando Digestos
á los dos.

D. VALERIO.

Y yo he juzgado,
que, como los mas de aquellos
libros la enquadernacion
tienen de tabla, el Don Suero
llevó rota la cabeza.

BUSTOS.

¿En fin salisteis á tiento?
¿Y Doña Brigida?

D. VALERIO.

Estubo
muy rabiosa, muy de aquello
de: Salga este hombre del alma.
Rompase del cautiverio
injusto el vil eslabon.
Asegurese el violento
error, en que está ocupada
la ceguedad del afecto.
Hubo Pesame, señor,
con golpecito de pechos;
hubo, para establecer
mas el arrepentimiento,
su mordedura de labio,
y sus asomos de lienzo.

BÚSTOS.

¿Todo eso hubo?

D. VALERIO.

Sí, amigo.

BUSTOS.

¿Y tu, qué hacias?

D. VALERIO.

Muy fresco
iba con sus eficacias
lisonjeando mis dexos.
Conjurandose las dos
contra mi engaño, yo puesto
entre dos quexas, estaba
arrullando mi sosiego.

Sus querellas daban gritos,
y el descuido soñoliento
de mi condicion trataba
su rumor como silencio.

BUSTOS.

Tú vivirás dos mil años.

D. VALERIO.

Hartos contrarios tenemos
para la vida; pongamos
á su malicia remedio.

Salen á un tiempo por un lado Juana con manto, y por el otro Domingo.

DOMINGO.

Ya he dado el de Don Simon,
y aqueste es de Don Valerio.

JUANA.

Aqui está.

DOMINGO.

El es.

BUSTOS.

Señor, oye.
Una Dama y el Gallego
del Montañés, se nos llegan
tanto á nosotros, que creo,
que te buscan.

Dale un papel Juana, y vase.

JUANA.

Lea y haga,
lo que le mandan.

DOMINGO.

Yo llego.

Ese papel me ha mandado,
que os dé, mi señor Don Suero.

Vase dandole el papel.

D. VALERIO.

¿Qué me querrá á mí este hombre?
El de la dama ver quiero
antes. De Brigida es.
Aquesta tarde os espero *lee.*
hácia el Retiro, por ver,
si vuestro engaño y mis zelos,
el uno halla mas mentiras,
y los otros mas tormentos.

BUSTOS.

Lacónico escribe.

D. VALERIO.

Veamos
estotro.

BUSTOS.

Será muy bueno.

D. VALERIO.

¡Graciosa cosa! *abre, y lee.*

BUSTOS.

¿Por qué
esotro no lees recio?

D. VALERIO.

Esta es ya otra materia; *ap.*
pues desafiandome, es cierto,

que no puede á mí quitarme
su necedad, lo que debo
hacer; pues que tanto obliga
en la precision del duelo
el papel del ignorante,
como el papel del discreto.

BUSTOS.

Leemele, por vida tuya.

D. VALERIO.

Vén conmigo: asi pretendo *ap.*
asegurarle.

BUSTOS.

Veamos;
que yo de imprimirle tengo. *vanse.*

Sale el Sordo con espada y daga.

D. SIMON.

Hoy, llamado de un papel,
salgo al campo, Dios me asista,
y á fé que lo he menester:
¡Ay Doña Brigida esquiva;
que salgo, por si agradarte
puedo con la zambullida!

D. SUERO *saliendo.*

Perdonadme, si he tardado,
porque he estado oyendo Misa.

D. SIMON.

En camisa yo no riño.

D. SUERO.

¡Pero qué es esto! La vista,

parece, que se me turba.
Aqui tienen fin mis dias.

D. SIMON.

¿Pues no arrancais?

D. SUERO.

Esperad;
que no estamos tan de prisa.
Mejor es, doblar la capa,
y atar el pelo. Ahora mira,
si acaso te has confesado.

D. SIMON.

Si soy casado? Es mentira.
Si os mato, me casaré.

D. SUERO.

¡Ay de mí! ¡Virgen Maria,
pobre casa de Llanos,
sin succesion destruida!
¿Pues con quién quereis casar?

D. SIMON.

¡Matar! Es cosa de risa.
¿Pues qué, no hay mas que matar?
Veremoslo.

D. SUERO.

¡Madre mia,
á Dios Mayorázgo; á Dios,
á Dios, Leonor, á Dios, hija;
que el sordo me pone hoy
como una carniceria!

D. SIMON.

¿No acabais? Vamos ya pues.

D. SUERO.

Ya voy á ello. ¡Hay tal desdicha,
que haya de morir mi casa,
sin la succesion precisa!
Mas mejor es, el templalle
con amor.

D. SIMON.

Vamos aprisa;
que se me pasa la gana.

D. SUERO.

Este bolson de reliquias,
que mi avuela me dexó,
quando partió á la otra vida,
me valga contra este diablo.

D. SIMON.

¿Qué me traheis bruxerías?
Pues no os valdrán; que la cruz
de mi espada las derriba.

D. SUERO.

Señores, el diablo es sordo;
yo me entré en linda piscina.
Don Simon, el Mayorazgo,
la mujer, la honra, la vida,
toda estará á vuestras plantas;
si me dais á Leonorica,
entrando á ser vuestro hermano.

D. SIMON.

¡Enano yo! Esa es mentira.
¡Yo enano! ¿Pues no me veis
dos varas de longaniza?
Y asi, bien podeis reñir.

D. SUERO.

El hará de mí morcillas.
Esto no tiene remedio:
ya las piernas me rehilan,
la cabeza se me anda,
el corazon me palpita,
las manos tengo azogadas,
y hasta los huesos tiritan.

D. SIMON.

¿Pues qué haceis burla de mí?

D. SUERO.

No, señor; la cortesia,
que os debo como cuñado,
me detiene, y me retira;
mas si no tiene remedio;
Dios sea conmigo. Tira;
que aqui estoy de par en par.

D. SIMON.

Valiente es, no lo creía, *Riñen.*
si antes lo hubiera sabido,
nunca á este puesto saldria.

D. SUERO.

Valgame aqui San Narvaez,
avogado de la esgrima.

D. SIMON.

Bien riñe.

D. SUERO.

Bien se defiende.
Sordo ú diablo, punta arriba,
porque todavía falta,
que las espadas se midan.

D. SIMON.

¿Que he de ir á cenar con Dios?
Veremoslo.

D. SUERO.

A Dios, barriga.

Salo Don Valerio.

D. VALERIO.

Detened, parad. ¡Qué es esto!

D. SIMON.

¿Qué ha de ser? La zambullida.

D. SUERO.

¡Ay de mí, que me ha pasado
desde el hombro á la espaldilla,
mas de una quarta de espada!

D. VALERIO.

Tened; que ahora mi ira
ha de vengar en entrambos
acciones descomedidas.

D. SUERO.

Hombre del demonio, tente.
Pues la sangre, que palpita
en mis venas de los Llanos,

ahora por tierra no miras?
¿Primo de mi corazon,
quieres que acabe la linea,
y falte la succesion?

D. VALERIO.

Nada reparan mis iras.
¿Y vos, en qué imaginais?

D. SIMON.

Sí, señor: de zambullida.

D. VALERIO.

Conmigo habeis de reñir.

D. SUERO.

¡Jesus, qué cosa tan linda!
Dé por allá un poco el rayo.

D. SIMON.

Esa es treta muy sabida:
la aprendí, siendo muchacho.

D. SUERO.

Ya se me salen las tripas.
¿No habrá, quien de caridad
me llame un Barbero aprisa?

D. VALERIO.

¿En qué pensais? ¿Con quién hablo?

D. SIMON.

Señor mio, esa es mi herida:
atajo, la conclusion,
y luego la zambullida.

D. SUERO.

Miren, que yo me desangro.

D. VALERIO.

¿Adonde teneis la herida?

D. SUERO.

¿Pues no la veis? En el brazo,
por baxo de la tetilla,
cerca del hueso esternon,
arrimado á la vexiga.

D. VALERIO.

¡Hombre, qué estás bueno y sano!

D. SUERO.

Bueno estoy por mis reliquias,
que guardo en aquesta bolsa,
y han defendido mi vida.
Ea, valor, ahora es tiempo,
de que la honra perdida
vuelva á cobrar; y asi toma
esa estocada perdida. *riñen.*
Sordo, ú demonio atrevido
acaba con Barrabás.

D. SIMON.

Herido estoy.

D. SUERO.

Y serás
por mi brazo concluido.

D. SIMON.

Asi mi venganza sigo;
á mataros me prefiero.

D. VALERIO.

Deteneos; que primero

habeis de reñir conmigo.

D. SUERO.

Cumpliré vuestro deseo
en acabando esta mano.

Al paño D. Leonor, Bustos y D. Brígida tapadas.

D. LEONOR.

Siguiendo vengo á mi hermano,
que con espada::: ¡Que veo!
Valerio, Suero y Simon,
con la colera precisa
están alli.

BUSTOS.

Llega aprisa.
¿No te lo dixe? Ellos son.

D. VALERIO.

Si entrambos quereis reñir,
con los dos mis brios prueban
su colera.

D. LEONOR.

Hasta que muevan
otra vez, no he de salir.

D. VALERIO.

¿Ha de aguardar mi razon,
que otro acabe de reñir?

D. SUERO.

Y decidme: ¿ha de morir
este hombre de sopeton?
Este valiente porrazo *riñen.*
hoy mi colera apercibe,

esta estocada recibe.

Salen ahora D. Leonor y D. Brígida tapadas.

D. LEONOR.

Tened.

D. BRIGIDA.

Detened el brazo.

D. LEONOR.

¿Qué haces? Tyrano, aguarda?

D. SUERO.

¡Mujeres:::!

D. BRIGIDA.

¿Estais en vos?

D. SIMON.

Para estos dos estas dos
son quince angeles de guarda.

D. VALERIO.

¡Quién serán, valgame el cielo!

D. SUERO.

¿Mujeres, quién aqui os tiene,
ó quién sois?

LAS DOS.

Yo soy, quien viene
á componer vuestro duelo. *descubrense.*

D. VALERIO.

¡Brígida:::!

D. SUERO.

¡Leonor tyrana:::!

LOS DOS.

á qué habeis venido acá!

D. SUERO.

¡Qué grande dicha le da
Dios, á quien le da una hermana!

D. BRIGIDA.

Desde el Retiro venir
os vi, y el lance previne.

D. LEONOR.

Siguiendo á mi hermano vine,
que rabioso vi salir.

D. VALERIO.

¿Tú, qué intentas?

D. SUERO.

¿Tú, qué quieres?

LAS DOS.

Venimos, á acreditar,
el que tambien ajustar
saben duelos las mujeres.

D. VALERIO.

¿Cómo?

D. BRIGIDA.

Vos habeis venido
de Don Suero desafiado;
que Bustos me lo ha contado.

D. SUERO.

Y todos hemos reñido.

D. LEONOR.

Vuestro duelo se cumplió
riñendo.

D. BRIGIDA.

Y si acaso fue
la precisa causa, que
á reñir os obligó
la de á noche, considera
nuestra intencion, que ya está
compuesta.

D. VALERIO.

¿Y cómo será
posible?

D. BRIGIDA.

De esta manera.
Considerando, advirtiendo,
que en los nobles siempre fue
primer empeño, mirar
por nuestra opinion; y pues,
habiendo los tres reñido,
quedais ayrosos los tres;
¿pasareis por la eleccion
de nosotras?

D. SUERO Y D. VALERIO.

Fuerza es.

D. SIMON.

Pues asi envaynan los dos,
sin duda yo quedo bien.

D. BRIGIDA.

Pues Don Suero casará :::

D. LEONOR.

Conmigo, porque en su fe

sencilla y constante espera
mi amor mas alto interés.

D. SUERO.

Venciste, amor. Yo, señora,
rendido estoy á tus pies.

D. BRIGIDA.

Don Valerio :::

D. VALERIO.

No prosigas;
pues además de que es
deuda en mi, el sacrificar,
ya lo es el corresponder.
Esta es mi mano.

D. SIMON.

Los dos
se casan: me alegro, pues
con eso de desafios
estaré libre otra vez.

BUSTOS.

Yo con Juanilla me caso.

EL Y TODOS.

Pero antes de hacerlo, es bien,
pedir perdon de las faltas
del Sordo y el Montañes.

EL DOCTOR CARLINO.

COMEDIA

DE DON ANTONIO DE SOLIS.

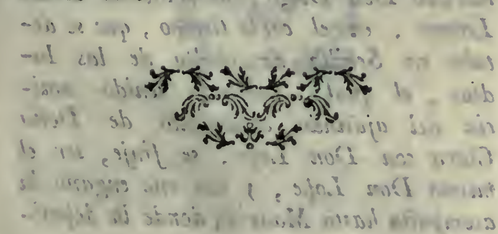
Dios ponga en mi lengua tiento;
que quiero decir verdades.
y por Christo, que la temo Jorn. III.

ADVERTENCIA.

Hay una comedia con el mismo título que ésta, escrita por Don Luis de Gongora; pero la dexó sin concluir. Tiene muchas agudezas, proprias de su grande ingenio y de su singular gracia, que imitó perfectamente Don Antonio de Solís en ésta.

En el *Indice general* de comedias, arriba citado, se atribuye una con el mismo titulo á Don Diego Muget y Solís. No sé, si acaso será una de las muchas equivocaciones, que tiene este *Indice*: si bien la repite en la comedia, *Un bobo hace ciento*; y en otros lugares en que se le atribuyen otras comedias del mismo Don Antonio de Solís.

Los investigadores de cosas, que nada importan, tienen motivo de exercitar en esta averiguacion sus indagaciones y curiosidad.



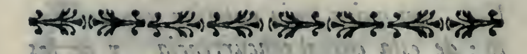
ARGUMENTO.

El Doctor Carlino, Médico en Madrid, y mas juglar y profesor de embustes, que de Medicina, juntaba á estas calidades, la de ser diestro en el arte de acomodar voluntades. Con este exercicio, y la libertad con que todos se valian de la franqueza de su casa, era estimado de todos los jovenes libres de la Corte.

Tenia por desgracia una mujer la mas necia, que pudo excogitarse; y era de tal suerte su mentecatez; que descomponia con ella todo lo que trazaba y ajustaba la bellaqueria é ingenio de su marido. Y asi, habiendo D. Lope de Velasco, caballero jóven, llevado á su casa como en depósito á una dama llamada Doña Leónor, á quien galanteaba, no obstante estar tratado de casar con su prima Doña Clara Pacheco, residente en Sebilla; de quien se habia enamorado Don Diego, hermano de Doña Leonor, en el corto tiempo, que se detubo en Sebilla de vuelta de las Indias, el qual, habiendo tenido noticia del ajustado casamiento de Doña Clara con Don Lope, se finje, ser el mismo Don Lope, y con este engaño la acompaña hasta Madrid; donde la deposi-

ta tambien en casa del mismo Doctor Carlino, con quien tenia anterior conocimiento: de esta casual concurrencia, y de las necedades de su mujer, resultan infinitos enredos y embustes de Carlino, los zelos de Don Diego y Don Lope, y las desconfianzas de Doña Clara y Doña Leonor; y quando llegan al termino de decidirse por duelo entre Don Diego y Don Lope; descubre el Doctor, que aquel es hermano de Doña Leonor, que Don Lope la amaba, y que no tenia amor ninguno á su prima Doña Clara, con lo qual se corta el duelo, y se ajustan las bodas de los quatro.





PERSONAS.

DON LOPE *de Velasco.*

DOÑA LEONOR, *su hermana.*

DON PEDRO, *padre de Don Lope.*

DON DIEGO.

DOÑA CLARA, *Pacheco.*

EL DOCTOR CARLINO.

CASILDA, *su mujer.*

GINES, *Escudero.*

FABIO, *Criado.*



EL DOCTOR CARLINO.

JORNADA PRIMERA.

Sale Don Lope rebozado retirandose, y luego Don Pedro y Doña Leonor.

D. LEONOR.

El es sin duda.

D. PEDRO.

Esta dama
os quiere hablar, caballero.

D. LOPE.

Este es mi padre, y si sabe,
que estoy en la corte, pierdo

quanto previene mi industria.
Con él una dama veo,
y si no me engaño, entrambos
por esa puerta salieron,
que es del jardin de Leonor.
Valgame el cielo. ¿Qué es esto?
¿Si es Leonor? ¿Pero mi padre
en su casa? No lo entiendo.
Toda es horrores la noche,
todo es confusion el viento.

D. PEDRO.

Ved, señora, si mandais,
que yo os quede aqui sirviendo,
porque no es justo, dexaros,
quando parece que os veo
con disgusto; y asi en tanto
que hablais á ese caballero,
yo os aguardaré.

D. LEONOR.

Lo mas,
que ahora quiero deberos,
es que sola me dexeis
con él.

D. PEDRO.

Está bien. No intento
impediros; ¡Raro caso!
Algun evidente riesgo
amenazaba su vida. *Vase.*

D. LEONOR.

¿Don Lope::: ?

D. LOPE.

¡Leonor, que es esto!
¡Tú en la calle de este modo!

D. LEONOR.

Tu amor, Don Lope, me ha puesto
en el mas pesado lance,
que inventar pudiera el miedo.

D. LOPE.

Esto es bueno, quando son
tan evidentes mis zelos,
y quando yo mismo he visto,
entrar hasta tu aposento
un hombre.

D. LEONOR.

Sabe ¡ay de m
(cobrar no puedo el haliento)
que apenas, para que entrases,
del jardin la puerta abrieron,
quando te sintió mi padre.

D. LOPE.

¿Me sintió á mí? Bueno es eso.
Tú vienes mal informada:
dexame decir primero,
lo que pasó, porque veas,
que conozco tus intentos.
Apenas pues, como dices,
del jardin la puerta abrieron

quando entró un hombre por ella
determinado y resuelto.
No fui yo, ingrata: otro fue;
tú lo sabes, yo lo siento.
¡Pero ternezas ahora!
Oh permitanme los cielos,
esconder todo mi amor
dentro de mi sentimiento.
Entró pues por ella, y yo
entré tras él, con intento
de averiguar mi sospecha.
Discurrió al jardin primero,
diciendo con su recato
tu delito y su rezelo.
Y al fin (¡ay Leonor ingrata!)
y al fin paró en tu aposento,
donde le vi con la luz,
que en él habia. Esto es cierto.
No empiezes ya á desmentirme
con inutiles afectos;
y ahunque yo no le conozco,
le conoceré, si vuelvo
á verle; porque el amor
con el buril de los zelos
su imagen dexó estampada
en la lamina del pecho.
Oí entonces, que tu padre
le habia sentido allá dentro;
y como miro tu honor

con los ojos del respeto,
me retiré, porque ya
tu padre tiene recelos
de mí, y si me viera entonces,
fuera hacer mayor tu riesgo.
Esto ví, Leonor; advierte,
si con justa razon puedo,
mezclar las ajenas dichas
entre los propios tormentos.
¡Ay, Leonor, y ay de mí triste!
Quexoso vine, y ya trueco
las altiveces de ayrado
en humildades de tierno.
Un año habrá, que el amor,
tirano de mi sosiego,
los ojos inficionó
con aquel dulce veneno
de tu hermosura, que el alma
rendida bebió por ellos,
sin que pudiese apurarse
toda la sed del deseo.
Bien sabes, quán diligente,
quán rendido, quán sujeto
de tu honor, de tu recato,
en ese pielago inmenso
en corto baxél expuse
mi pobre merecimiento.
¿Y quántas olas de penas,
quántas tormentas de zelos,

quántos vientos de rigores,
quántos Euripos de miedos,
quántas Caribdis de dudas,
y quántas Scilas de riesgos
en el mar de tus desdenes
padeció el alma, primero
que en tu agrado la bonanza,
y en tu amor halláse puerto?
Y bien sabes, que mi padre
ha intentado en este tiempo,
que yo me case en Sebilla
con Doña Clara Pacheco
mi prima, con tantas veras,
que habrá apenas mes y medio,
que me hizo partir de aqui,
diciendome, que, en viniendo
la dispensacion, traheria
mi esposa á Madrid; mas esto,
movido de tus ternuras,
de tus llantos, de tus ruegos
y de mi amor, que es lo mas,
lo atropellé yo, fingiendo,
que salia de Madrid,
y teniendose dispuesto,
quedarme en él escondido;
porque me dió para ello
su casa el Doctor Carlino,
que es aquel por cuyo medio
entablé yo mis amores,

y por quien, tal vez fingiendo
achaques su medicina,
en tu amor, en mi deseo,
y en el rigor de tu padre
introduxe sus remedios.
Esto te he dicho, Leonor,
para que veas, si puedo
estar con razon quexoso.
Pero de la pena ciego,
no he reparado, que estás
fuera de tu casa. Presto
vuelvete, Leonor, á ella;
no te eche tu padre menos.

D. LEONOR.

Ya, Don Lope, no es posible.
Oye, y sabrás el aprieto,
en que estoy por mi desdicha,
y ahunque tus injustos zelos
quieran, que pierda el amor
conmigo el merecimiento,
por mujer, por afligida,
ha de ampararme tu esfuerzo
en tan precisa ocasion;
pues, quando en tu noble pecho
falte el empeño de amor,
quedará el de caballero.
Tú dices, señor, que un hombre,
(tú lo dices, yo lo creo,)
entró en mi quarto esta noche:

mas sabe amor, sabe el cielo,
que estoy sin culpa; que ha sido
injusto, cruél decreto
de los hados, que han querido
triunfar de nuestro sosiego.
Apenas, pues, el rumor,
que dices, que en mi aposento
habia, sintió mi padre,
quando de colera ciego,
ahunque me halló en otra quadra
bien segura de este riesgo,
amenazando mi vida,
y mi muerte previniendo,
me dexó encerrada en ella,
mientras iba en seguimiento
del que se atrevió á su casa.
Mas yo, Don Lope, creyendo,
que eras tú, como ya entonces
te aguardaba, y que era cierto,
habiendote conocido
mi padre, manchar su acero
en mi sangre, porque ya
sospechó nuestros intentos,
con los hierros de un estuche,
y con la industria del miedo,
abrí la puerta, y salí
por la del jardin, huyendo
de mi muerte, y al salir
encontré aquel caballero

con quien me hallaste, y le dixe,
que me amparase; mas luego
te ví pasar por la calle,
y te conocí. Con esto,
Don Lope mio, has sabido
mi desdichado suceso.
Tuya he sido, tuya soy,
tuyo ha de ser el remedio.
Volver ahora á mi casa,
es ir, á poner el cuello
al cuchillo, porque ya
me han de haber echado menos.
Pues sabes, quán sin cautela
tus ansias siempre tubieron,
siempre hallaron tus verdades
dulce acojida en mi pecho:
pues sabes, quán obediente
á tu noble cautiverio,
del amor he conducido,
en vez de arrastrar los yerros:
y pues sabes, quán rendida
el dulce amoroso fuego,
blandamente entre las alas
de mi corazon conservo,
ayudando mis ardores
con su propio movimiento,
no será bien, que se rinda
á los primeros encuentros
lo advertido de un cuidado

á lo débil de un recelo.
Yo no me atrevo, á pedirte,
que estés de mí satisfecho.
Bien veo, que esos indicios
disculpan tu sentimiento.
Pero hasta que hayas sabido
si te ofendo ó no te ofendo,
no me castiguen tus iras,
no me maten tus despechos.
Diligente lo averigua,
y no lo averigues ciego;
porque si tienes ayrado,
porquè si muestras severo
tanto tigor al dudarlo,
¿qué guardas para el saberlo?
Esta, Don Lope, es la causa,
este, señor, mi suceso,
este, Don Lope, tu engaño,
este, señor, mi tormento.
Busquen mis desdichas, pues,
hallen, pues, mis desconsuelos,
soliciten mis desgracias,
y alcancen mis deshalientos
de tu pecho lo piadoso,
si no merecen lo tierno.

D. LOPE.

No, Leonor: no has de pensar,
que esto es huir del empeño,
de socorrerte afligida;

si han de poder mas mis zelos
que mi obligacion. En casa
del Doctor Carlino quiero
llevarte, para que estés
hasta el fin de este suceso
escondida en tu recato,
y encerrada en mi respeto.
Que yo sabré averiguar,
si son verdades mis zelos;
porque bien conoceré,
el que estubo en tu aposento.

D. LEONOR.

Eso sí, Don Lope mio:
averigualo severo.

D. LOPE.

Argos seré vigilante.

D. LEONOR.

De amor me hallarás exemplo.

D. LOPE.

Darete en ferias la vida.

D. LEONOR.

Con el amor me contento.

D. LOPE.

Vamos, pues, Leonor hermosa.

D. LEONOR.

Vamos, Don Lope. ¡Oh si el cielo
descubriese mi inocencia!

D. LOPE.

¡Oh si hallase mi desvelo

castigado mi temor,
y premiados mis deseos! *vanse.*

Salen el Doctor Carlino, vestido ridiculamente con una luz; y Don Diego, de campo.

CARLINO.

Aqui podeis proseguir
vuestra relacion, Don Diego;
y hacedla sucinta, os ruego;
porque yo, en llegando á oír
relaciones dilatadas,
si no puedo con el dueño,
por lo menos con el sueño
me daré de cabezadas.

D. DIEGO.

No pienses, Doctor, que aqui
á referirte he venido
los sucesos, que he tenido
en dos años que ha que fui
á las Indias con la armada;
que solo á contarte vengo
un suceso, en que ya tengo
á tu prudencia empeñada;
que tal acierto profesa
tu pronta solicitud,
que toda la juventud
su oráculo te confiesa;
y yo mas, porque conmigo
siempre, Doctor, has mezclado

los preceptos de avisado,
con las caricias de amigo.
Y asi has de escucharme atento
un empeño, en que el amor
me ha puesto, que es el mayor,
que inventó el atrevimiento.
Y no será dilatada,
Carlino, mi relacion;
porque pide mi aficion
medicina apresurada.

CARLINO.

Como ese suceso amargo,
tan breve me le pinteis,
escucharle me vereis
con el oído tan largo.
Pero como no me quadre
el caso que sucedió,
perdonadme; porque yo
me dormiré con mi padre.

D. DIEGO.

Un mes habrá, que á Sebilla
llegué, Doctor, como sabes,
despues que de mi fortuna
árbitros hice los mares,
donde aguardé algunos dias,
que me escribiese mi padre,
si estaba compuesta ya
aquella desgracia grande,
que de mi patria Madrid

pudo entonces desterrarme.
De aquella ciudad apenas
pisé las hermosas calles,
quando del ardiente estío
una calurosa tarde
poblaron el arenal
las Sebillanas beldades:
porque el Betis caudaloso,
templando el ardor del ayre,
mereció con su frescura
los adornos de su margen.
De tantas, pues, hermosuras,
de Venus creído ultraje,
ahun mas que mi vista, hizo
mi admiracion el exâmen;
y el amor, al parecer,
corrido, de que mirase
yo solo ocioso aquel dia
de su imperio tanta parte,
con cauto ardid introduxo
en mi pecho vigilante
un cuidado, que sujeta,
y un temor, que persuáde,
en una muerte tan dulce
y en un daño tan amable,
que el discurso vió el peligro,
y se puso de su parte.
De Doña Clara Pacheco
ví la hermosura. Aqui calle

absorta la admiracion,
ó en mudos aplausos hable.
Decirte, Doctor amigo,
esos hipérboles grandes,
con que los Poetas suelen
lisonjear las beldades,
fuera ocioso. Solo digo,
que, al ver perfecciones tales,
sentí, que el amor brindaba
con un veneno suave,
que alimentaba los ojos,
inficionando la sangre.
Busqué su casa: intenté,
que atrevidos y cobardes
llegasen á sus oídos,
á buscar piedad, mis males.
Pero era su recato,
y el cuidado de su padre
tan grande, que no halló medio
mi amor, para declararse.
Supe de un criado viejo,
á quien puso de mi parte
el interés, que ya estaba
dispuesto, que se casase
con Don Lope de Velasco,
primo suyo, y que su padre
aguardaba, á que viniese
de Madrid, para hospedarle
en su casa. Ya verás,

quánto á un corazon amante
afligiria esta nueva;
que, en vez de hacerlos cobardes,
irritan á los deseos
las mismas dificultades.
Murió su padre en efecto,
y vino á determinarse,
como quedaba su tio
en el lugar de su padre,
venirse á su casa luego,
y con su primo casarse.
Supe yo de aquel criado
su intento ; y como un amante,
no hay riesgos, que no atropelle,
ni peligros, que no allane,
con el nombre de Don Lope
me entré en su casa una tarde
con dos criados, fiado,
en que, ya muerto su padre,
solo aquel viejo, que he dicho,
que estaba ya de mi parte,
á Don Lope conocia.
Mostróse, pues, favorable
la fortuna á mis engaños;
y como hallé con dictamen,
de venirse ya á la corte,
á Doña Clara, fue facil,
el escusar el peligro,
de que á Sebilla llegase

el Don Lope verdadero;
y asi resuelto y amante
á la corte la he trahido,
con intento, de apearme
en la casa de un criado,
que fue en mis mocedades
confidente, y esta noche
en la casa de mi padre,
por la puerta del jardin,
que hallé abierta, entré á buscarle.
Llegué al quarto de mi hermana
Doña Leonor con dictamen,
de comunicarla el caso;
porque siempre en mis pesares,
como en mis gustos, Leonor
tubo no pequeña parte;
y apenas estaba dentro,
quando sentí, alborotarse
los criados; y temiendo,
que mi padre me encontrase,
me retiré, porque ahora
me está mal, que se declare
mi engaño; y asi he venido,
Doctor amigo, á rogarte,
que nos tengas en tu casa
ocultos, hasta que halle
tu prudencia la salida
de empeño tan importante;
que yo he dicho á Doña Clara,

que no tengo de apearme
en mi casa, hasta que tenga
desenojado á mi padre
de una travesura mia.
No hay, Doctor, sino que ampares
esta causa como propia,
y disponiendo, el sacarme
en hombros de tu cuidado
de tan apretado lance,
de mi hacienda, de mi vida
dueño absoluto te llames.

CARLINO.

El casillo tiene uñas: *ap.*
vive Christo, que es rapante.
Don Lope, que hoy en mi casa
está encubierto, es amante
de la hermana de Don Diego:
Don Diego á mi casa trahe
á la prima de Don Lope,
con quien él iba á casarse.
¿Qué haré? ¡Mas yo me embarazo,
que ahunque pese á quien pesare
del enredo y del embuste,
soy en Madrid el *tu autem*!
Vengan á mi casa todos:
vengan; que eso es lo que vale;
que Don Lope no conoce
á la tal, ni los dos tales
se conocen; y asi puedo,

sin que me lo estorve nadie,
hacer, que el amor de entrambos
me vayle el oro delante.
Ya sabeis, señor Don Diego,
que en todo podeis mandarme;
y asi disponed de mí
á vuestro arbitrio. Esto añade, *ap.*
el que éste me ha de dar
mas de quatrocientos reales.

D. DIEGO.

Vos vereis, Carlino amigo,
cómo sé desempeñarme
de esta nueva obligacion,
y pagar el hospedage.
Voy luego por Doña Clara,
y advertid, que he de llamarme
en vuestra casa, Don Lope.

D. CARLOS.

Ya lo sé: no vengan tarde.

D. DIEGO.

Presto doy la vuelta.

D. CARLOS

Aqui
esperaré.

D. DIEGO.

Dios os guarde. *vase.*

D. CARLOS.

Ahora, señores: que
estamos solos aqui,

porque vuestra duda sé,
quién soy, os diré, quién fui,
y quien pienso que seré.
En relacion puntual
mis mañas pondré, y mis modos.
Nadie descubra mi mal;
porque se lo digo á todos
en secreto natural.
Ahunque sigo su modelo,
no soy el Carlino, no,
que honró el Gaditano suelo,
cuyos hechos escribió
Góngora, que esté en el cielo.
En Cadiz fui su criado,
y de él aprendí tan bien
lo embustero y lo avisado,
que dirán los que me vén,
que soy el mismo mismado.
Luego que el pobre murió,
nombre y grados le quité
vistiendome de ellos yo,
y de Cadiz me ausenté,
porque Madrid me llamó.
Aqui está mi falsedad
tan afeytada y tan bella,
y al fin de tal calidad,
que nadie dirá con ella,
que me ha cojido en verdad.
Mis cautelas las mas bobas

engañarán al demonio
en sus lobregas alcobas;
y levanto un testimonio,
ahunque pese mil arrobas.
Yo no apuro melindroso,
por quien miento, ó para qué;
y soy de esto tan goloso,
que por mentir, mentiré
en cabeza de tiñoso,
Alcahuete soy de fama,
que con cauteloso ardid
soplo la amorosa llama,
y ando por ese Madrid,
saltando de rama en rama.
Y es tanta la industria mia,
que, si aviso á mi cuidado,
y hablo á mi bellaquería,
sabré meter un recado
por el ojo de una tia.
Con el ser Medico allano
quantas casas hay; y gano
nombre de atinado, y bueno,
sin que el libro de Galeno
me haya tomado una mano.
Hiendo en el ayre un cabello:
la Corte aturdida trahe
mi solícito desüello;
todos tropiezan en ello,
y ninguno en ello cae.

Mas entre aquesta ventura,
tengo una propia mujer,
tan simplísima criatura,
que agua todo mi placer,
toda mi paciencia apura.
Nadie se atreva, á decir,
que hay, quien su simpleza iguale.

CASILDA *saliendo*.

¿Doctor, no os quereis venir
á recojer?

CARLINO.

Ella sale:
no me dexará mentir.
Casilda, seais bien venida;
tenganla ustedes cuenta.

CASILDA.

Ni estoy triste, ni contenta.

CARLINO.

¿Qué haciades, por mi vida?

CASILDA.

Entre mis quatro paredes,
en estas horas ociosas,
estaba diciendo cosas.

CARLINO.

¿No se lo dixe yo á ustedes?
Siempre por la boca está
echando perlas; y estas
son sus mejores respuestas.
Vaya otra, y se verá,

que todas de un paño son.
Pues bien; ¿qué dices, cuitada?

CASILDA.

Yo, doctor, no digo nada.

CARLINO.

Por eso tienes razon.

CASILDA.

¡Qué chanzas impertinentes!
¿Piensa, que yo no le entiendo?
¡Qué siempre ha de estar queriendo
hacer bobas á las gentes!

CARLINO.

Bendiga Dios tu caudal.
Para uno son los dos
Carlino y ella. Por Dios,
que es lástima hacerla mal.
¿Pero quién la ha de advertir,
de lo que ahora ha de hacer,
porque no me eche á perder,
lo que se comienza á urdir?
Bien viste ahora á Don Diego,
que estaba ahora aqui.
¿No le conociste?

CASILDA.

Sí.

CARLINO.

Pues aqueste traherá luego
á casa una dama bella;
y si quieres acertar,

Don Lope le has de llamar,
quando esté delante de ella.
Del Don Lope verdadero
guardarlos, importará;
pues él nunca sube acá
desde su quarto primero.
Y á ella (está, en lo que digo)
me la agasajá, en viniendo.
¿Etiendes?

CASILDA.

Dí; que ya entiendo.

CARLINO.

¿Pues qué he dicho?

CASILDA.

Vé conmigo.
¿No dices, que vendrá luego
Don Lope; y que ya se llama
Don Diego, y traherá una dama,
que no se llama Don Diego?

CARLINO.

¡Mal haya, quien no te abrasa!
¡Miren, cómo lo entendia!
¡Don Lope, dixe, que habia
de traher dama á mi casa!

Sale Don Lope y Doña Leonor.

D. LOPE.

Doctor, pues siempre ha corrido
por tu cuenta mi aficion,
la mas precisa ocasion

es la que hoy me ha sucedido.
Ya está, Carlino, empeñado
en ampararnos aqui
á Doña Leonor y á mí,
tu prudencia y mi cuidado.

CARLINO.

Señores, ¡á qué Christiano
tal lance se le previene!
Leonor á mi casa viene,
quando yo espero á su hermano.
¡Qué haré, cuitado de mí!

CASILDA.

Mira si yo bien decia,
que era Don Lope, el que habia
de traher la dama aqui.
¿Ves, como yo entendí luego,
que aqui los has de hospedar;
que á ella he de agasajar,
y que él se llama Don Diego?

CARLINO.

Esto solo me faltaba.
Calla tú; que no te digo
nada ya, Dios es testigo,
que el juicio se me acaba,
pensando en lo que me meto.

D. LOPE.

Escucha, y sabrás, Doctor,
el suceso, que á Leonor
ha puesto en tan grande aprieto.

CARLINO.

Señores, yo vuelvo atrás.
¿Tiene acaso algun piadoso
para un hombre mentiroso
alguna ambrolla de mas?

CASILDA.

Yo la quiero agasajar,
segun estoy advertida.
Seais, señora, bien venida,
á favorecer y honrar
vuestra casa; pero luego
que descanseis, será justo:::
¡Qué hermosa, sois! Muy buen gusto
tiene, en quereros Don Diego.

D. LEONOR.

¡Quién!

CARLINO.

¡Estais loca, mujer!
Ya sabeis, Don Lope, vos
sus ignorancias. Por Dios *ap.*
que me ha de echar á perder.

CASILDA.

Don Lope el Doctor le llama,
como antes. Debí de errar.
Sin duda mi agasajar
no era para aquesta dama.

D. LOPE.

Don Garcia pues atento,
ayrado salió á buscar

al que digo que ví entrar
hasta su mismo aposento;
y ella temerosa en fin
presumiendo, que era yo,
para buscarme, salió
por la puerta del jardin.
Pasaba entonces, Doctor,
por alli mi padre acaso,
porque aquel tambien es paso
para mi jardin; Leonor
le llamó: llegó cortés;
yo estaba esperando alli,
y mi padre mismo á mí
me entregó á Leonor despues;
y hoy en tu casa ha de estar,
en tanto que mis desvelos
vén el fondo de mis zelos,
y me puedo declarar
á todos.

CARLINO.

¡Su hermano fue, *ap.*
quien la casa alborotó,
y el que á Leonor obligó
á salir de ella! ¡Qué haré;
que ahora vendrá Don Diego,
á traher á Doña Clara,
y, si aqui en Leonor repara,
ha de ser mi casa un fuego!
¿Las mentiras que yo digo,

adónde están; porque yo
bien veo, que ahora no
las tengo ahora conmigo?

D. LEONOR.

Tú, Carlino; tú has de ser,
quien saque á luz mi inocencia
en hombros de tu prudencia;
y lo que en esto has de hacer,
yo lo estimaré de nuevo,
para que vea el temor
de Don Lope, que mi amor
conoce, lo que le debo.

Salen Doña Clara y Ginés.

GINES.

Ya Don Lope mi señor
tiene esta casa avisada
de tu venida, y en ella
me dixo, que te aguardaba.

D. CLARA.

¿Pues se fue Don Lope?

GINES.

Abaxo
se ha quedado, mientras pasan
dos hombres, que nos venian
siguiendo, y que acá te entráras,
me dixo.

CARLINO.

Esto es hecho: aquesta
es sin duda Doña Clara,

y Don Diego. Mas con ella
no viene: mejor se traza.

D. LEONOR.

¿Pues Don Lope, quién es?

D. LOPE.

No
le conozco.

D. LEONOR.

Aquesta dama
á tí te vendrá á buscar;
que á esta hora, en esta casa
no puede ser otra cosa;
y tú por eso dudabas,
el que yo viniese á ella.

D. LOPE.

Estás, Leonor, engañada:
no me busca á mí. Oxalá,
que asi del alma borráras
mis recelos, como aqui
quedáras asegurada.

CASILDA.

Aquesta sin duda es,
á quien el Doctor me manda
agasajar. No quisiera
caer en alguna falta.
Seas, señora, bien venida,
como fuiste deseada.

D. LEONOR.

¿Pues á qué esta dama viene?

D. LOPE.

No lo sé, Leonor: aguarda;
que ella lo dirá.

D. CLARA.

Don Lope
me ha dicho, que en vuestra casa
toda esta merced recibe:
él sabrá, muy bien pagarla.

CARLINO.

Don Lope dixo; ella echó *ap.*
á perder toda mi traza;
que Leonor lo está escuchando,
y ha de pensar engañada,
que habla estotra de Don Lope,
y es Don Diego, de quien habla.

D. LEONOR.

¿Haslo escuchado?

D. LOPE.

¡Qué es esto!

CASILDA.

Es gran señor de esta casa
Don Lope, y os quiere mucho.

CARLINO.

Ya yo no puedo hacer baza;
pues la Casilda lo adoba.
Aparta de ahí, menguada.

CASILDA.

Dexeme uste agasajar.

CARLINO.

Yo dispondré, que mañana *ap.*
diga Don Lope á su padre,
que está en Madrid, y la causa
cesará de sus enojos.

D. LEONOR.

¿Son evidencias bien claras,
las que escuchais? ¿Eran éstas
las quexas, que tu formabas
de mi amor, por disculpar
con tu ofensa tu mudanza?
¿Era por esto el fingir,
que habias hallado en mi casa
escondido un hombre? ¿Asi
finezas de amor se pagan?

Sale Don Diego.

D. DIEGO.

¿Doctor amigo?

CARLINO.

Esta es otra.
Señores, á mí me empalan.
Tomo coroza, y no birlo.

D. LEONOR.

Este es mi hermano. Turbada
estoy. ¿Pues cómo ha venido?
Mas yo quiero, en esta quadra
esconderme, porque es cierta
mi muerte, si aqui me halla. *retirase.*

D. DIEGO.

Ví, que me venian siguiendo,
y quando mas se acercaban,
conoci que era mi padre;
huí, de que me encontrára;
dí vuelta por otra calle,
y heme venido á tu casa.

Aparte Don Diego á Carlino.

No se te olbide, Doctor:
delante de Doña Clara
has de llamarme Don Lope,
porque si acaso me llamas
Don Diego, todo mi engaño
sabrá.

CARLINO.

Para lo que pasa *ap.*
es bueno esto. En mi vida
ví mi industria tan postrada.

D. LOPE.

Valgame Dios ¿Este hombre, *ap*
no es el mismo, que entró en casa
de Leonor? El és sin duda;
que yo bien le ví la cara.
No hay que dudar en mis zelos;
ahora dirás, ¡ oh falsa::: !
¡ Pero qué es esto! Leonor
se escondió, quando yo entraba.
¡ Qué mayor indicio aguardo,
ni qué evidencia mas clara

de mi agravio! Vive Dios,
que ha de saber esta ingrata,
lo que puede en mí una ofensa.

CARLINO.

Leonor andubo avisada,
en esconderse.

D. LEONOR.

¡Que entrase *al paño.*
mi hermano, quando yo estaba
averiguando mis zelos!

CARLINO.

Algun diablo en esto anda.

D. LOPE.

Leonor está aqui escondida,
y aqui tambien, quien me agravia.
Aquesta es buena ocasion,
de dexar averiguadas
mis sospechas; y si es cierto,
que Leonor me ofende el alma,
he de salir esta noche
de aqueste encanto, y mañana
me he de partir á Sebilla
por mi prima Doña Clara.
De este modo lo sabré.
Caballero, dos palabras
tengo que hablaros aqui.

D. LEONOR.

Don Lope á mi hermano aparta.
¿Si es querer, pedirle zelos,

por qué hablaba con la dama,
que le venia á buscar?

CARLINO.

Mi industria ahora me valga;
porque si dexo á los dos,
se descubre la maraña.
Pues si aparto alguno de ellos,
para hablarle, cosa es llana,
que doy sospechas al otro,
y se malogra mi traza.
¿Pues qué medio daré yo,
para que los dos se vayan,
sin mostrarme por ninguno?
Ahora ellos no reparan,
en si yo de aqui he salido.
Pues con sola una palabra
que diré al ayre, he de hacer,
que entrambos de aqui se vayan.

Metese enmedio, diciendo.

Don Lope, tu padre viene.
Ahora mi industria mata *ap.*
dos bobos con un Don Lope,
como con una pedrada.

D. DIEGO.

¡Mi padre!

D. LOPE.

¡Mi padre!

CARLINO.

Yo
le ví desde esa ventana,
y le conocí. Los dos *ap.*
cayeron en una trampa.

D. DIEGO.

Si aqui mi padre me vé:::

D. LOPE.

Si aqui mi padre me halla:::

D. DIEGO.

Quanto intentaba, malogro.

D. LOPE.

Malogro, quanto intentaba.

D. DIEGO.

El debió de conocerme,
al venir con Doña Clara.

D. LOPE.

El debe de haber sabido,
que yo vivo en esta casa.

CARLINO.

Tú, Casilda; al punto lleva
allá dentro á Doña Clara.

CASILDA.

Vamos, señora.

D. CLARA.

¡Qué es esto! *vanse.*

D. LEONOR.

¡Hay confusiones mas raras!

D. LOPE.

Yo os buscaré para el caso,
que preguntandoos estaba.

D. DIEGO.

Lo mismo queria deciros:
aqui me hallareis mañana.
Doctor amigo ¿por dónde
saldré?

CARLINO.

Por la puerta falsa;
que la puerta principal
es, donde tu padre llama.

D. LOPE.

¿Por dónde saldré, Carlino?

CARLINO.

Darele con la trocada; *ap.*
por la puerta principal;
que tu padre está en la falsa.
Por otra cosa como ésta
se diria, andallo pabas.

D. DIEGO.

¡Que en tan impensados riesgos
tropiecen mis esperanzas! *vase.*

D. LOPE.

¡Que me impida, el apurar
mis agravios, mi desgracia! *vase.*

D. LEONOR.

¡Que siendo tantos mis zelos,
Don Lope de aqui se vaya! *vase.*

CARLINO.

Eso sí, cuerpo de Christo,
irse todos noramala;
que una vez fuera de aqui,
yo haré, que hasta la mañana
en vano llame á la puerta,
quien ha llamado en el alma.



JORNADA SEGUNDA.

Sale el Doctor Carlino.

CARLINO.

A las diez en punto esté
la mula en San Sebastian;
que empezar quiero el afan
de mis visitas á pie.
Ya las dos señoras quedan
en sus dos quartos distantes,
para que los dos amantes
hablarlas, sin verse, puedan;
que ahora las querran ver;
porque ya anoche volvieron,
pero mis puertas se hicieron
orejas de mercader.
Ya Casilda está en la historia,
y en todo la he instruido;
tres veces lo ha repetido,
y lo sabe de memoria.
Quiero ahora repasar
á los negocios que voy

para repartirme ; que hoy
tengo bien que despachar.
De noche con atencion
pongo en mi libro un membrete,
porque el ser buen alcahuete,
quiere su cuenta y razon.

Saca un librillo.

Dice asi : *Calle del Prado*
billete : madre sangrienta;
cien escudos, dió cincuenta:
Siga, que no está en estado.
Calle de Atocha : que salga,
donde ya otra vez salió.
¡Hermano cruel! Pagó.
Pues no hay hermano que valga.
Hoy el recado daré;
porque en aquella belleza
curo un dolor de cabeza,
que es dolor, que no se vé;
y si hoy para estas cosas
no tiene algo, que me dar,
la tengo de recetar
una ayuda y cien ventosas.
Calle Mayor : casamiento;
cien escudos de contado,
mil si se acierta ; recado
de atrevido pensamiento.
A este el libro le fié,
y aqui el recado notó:

sabe poco, no acertó,
pero yo lo emendaré;
porque yo soy, si es bolsillo
el señor enamorado,
poniendo todo el recado,
alcahuete del Campillo.

Sale Don Lope.

D. LOPE.

Despues que aquel hombre ví
en el quarto de Leonor,
ni tiene quietud mi amor,
ni sabe el alma de mí.
Todo es dudas quanto veo
dentro del pecho inconstante,
y está el juicio bacilante
entre el temor y el deseo.
El temor en la apariencia,
trocandole al mal su oficio,
pretende, que cada indicio
tenga fuerza de evidencia.
Y el deseo en su disculpa,
solicitando mi daño,
dice, que son del engaño
los colores de su culpa.
Porque aquel hombre bien pudo
no entrar alli por Leonor,
y estar sin culpa. ¡Ay amor,
quán voluntario lo dudo!
Y haberse de él ocultado,

tambien puede ser, que fuese
recato, de que la viese,
y no amoroso cuidado;
y asi estas dudas en mí
obscurecen la verdad
con mi propia ceguedad.

CARLINO.

Dice esta partida asi:
De volver una mujer
al poder de su marido,
que ha no mas de un mes cumplido,
que salió de su poder.
Esto me lo dixo apenas
el amante, quando fui,
y al marido le volví
su mujer con las setenas;
y no perdí yo el portazgo,
porque él con blanda acojida,
tomó su mujer perdída,
y me dió muy buen hallazgo.
Pero alli Don Lope está.
¿Don Lope?

D. LOPE.

¿Doctor amigo?

CARLINO.

¡Tanto madrugas!

D. LOPE.

En mí
nunca hay sosiego, ni alivio.

CARLINO.

¿Pues qué tienes? ¿Estás malo?
Dime tu achaque al proviso,
pues sabes, que soy Doctor,
y Doctor de tan buen tino,
que sabré de unas tercianas
fabricar un tabardillo.

D. LOPE.

No es de la salud mi achaque:
accidente mas prolixo
turba, Doctor, mi sosiego.

CARLINO.

¿Pues qué tienes?

D. LOPE.

¡Ay Carlino!
Tengo zelos, que es el mal
que toca mas en lo vivo.

CARLINO.

¡Zelos, de quién!

D. LOPE.

De áquel hombre,
que anoche en el quarto mismo
ví de Leonor, y despues
en tu casa.

CARLINO.

¡Lo que hizo
el diabla anoche! mas yo
lo desharé, si me engrio. *ap.*

D. LOPE.

Esto me tiene, Doctor,
tan postrado y tan rendido
á la sospecha, que estoy
temiendo perder el juicio.

CARLINO.

No lo perderás.

D. LOPE.

¿Por qué?

CARLINO.

No se pierde lo perdido,
y esa pregunta me ha hecho
acordar de un cuentecillo.
Pegaronle una pedrada
á un hombre por un enojo,
tan en buen punto pegada,
que le echaron fuera un ojo,
como quien no dice nada.
Preguntóle al Cirujano,
si el ojo con el dolor
perderia; y él ufano
le respondió: no, señor;
que yo le tengo en la mano.
Aplicale tú en la parte
que te doliere, y no digo
mas, porque cada uno sabe
adónde le aprieta el juicio.

D. LOPE.

Mejor será, que me digas,

quién es el que me ha ofendido,
pues entró anoche en tu casa,
y es fuerza, que sea tu amigo.

CARLINO.

¿ Quieres ver, como estás loco?
Pues ese hombre, que has dicho,
anoche llegó á Madrid.

D. LOPE.

! Anoche!

CARLINO.

Si, juro á Christo,
que le juro con mi boca
sucia, por sacarlo en limpio.
Y si le viste en mi casa,
fue, Don Lope, porque vino
á apearse en ella, y no es
posible, que le hayas visto
en el quarto de Leonor.
sino que los zelos mismos
te han hecho ver mas visiones
que tragan treinta maridos.

Sale Don Pedro y un criado.

D. PEDRO.

Hame enviado á llamar
Don Garcia mi vecino.
y voy allá.

CRIADO.

¡ Gran desdicha
es, la que hoy le ha sucedido!

D. PEDRO.

Su hija Leonor le ha faltado,
como sabes, y yo mismo
esta noche la entregué
á un hombre no conocido.
Malo de la pena está
Don Garcia; me ha pedido
que le vea. Pero aguarda.
¿No es Don Lope aquel que miro?
¡Don Lope en Madrid! ¡Qué es esto!

CARLINO.

Tu padre, pleguete Christo.

D. LOPE.

No pudiera sucederme
mayor desdicha, Carlino.

CARLINO.

Pues procurate escurrir,
por si acaso no te ha visto.

D. LEONOR.

Dices bien.

CRIADO.

Llega, y sabraslo.

D. PEDRO.

Algun engaño imagino.
¿Don Lope?

D. LOPE.

Perdido soy.

CARLINO.

Cojióle: buena la hicimos.

D. PEDRO.

¡Qué es esto! ¿Quándo veniste?
¿Tú aqui, sin haberme visto?

D. LOPE.

Señor:::

D. PEDRO.

Dime, lo que pasa.
¿Cómo no viene contigo
Doña Clara, mi sobrina?

D. LOPE.

Perdí todos mis designios.

CARLINO.

Don Lope está muy turbado,
y el viejo está muy prolixo.
Este caso ha menester
socorro de embuste vivo.

D. PEDRO.

Acaba de hablar, Don Lope.

CARLINO.

No te admires, que á tu hijo
se le embarace el haliento
del gozo de haberte visto,
que, como dice Galeno
en el setenta aforismo,
los gaudios interiores
estrangulan los sentidos.

D. PEDRO.

¿Tú quién eres?

CARLINO.

Yo, señor,
ya que me mandas decirlo,
soy (hablando con perdon)
Medico. El Doctor Carlino
me llaman.

D. PEDRO.

Ya te conozco,
por el nombre, y he sabido
los aciertos de tu ciencia.

CARLINO.

Si en mi vida he visto libro, *ap.*
me lleve el demonio, y tengo
toda esta fama. Ahora digo,
que hace la medicina
milagros y basiliscos.

D. PEDRO.

¿Dime, pues, como á Don Lope:::?

CARLINO.

A eso voy, señor, y digo,
que Don Lope llegó anoche
de Sebilla, y que ha trahido
á Doña Clara.

D. LOPE.

¿Qué dices?

CARLINO.

Oye, y calla. Pero vino *ap.*
muy tarde, y junto á mi puerta
pedazos el exe se hizo

de su coche, y Doña Clara
del susto y golpe improviso
se quedó en el desmayada.
Salí yo entonces al ruido,
y hallé á mi amigo Don Lope
lastimado y afligido,
de ver sin color ni haliento
á su prima, y fue preciso,
que la entrasen en mi casa,
para que del parasismo
la librasen mis remedios;
y á dos que mi acierto hizo,
quedó como una manzana
ella, y yo como un períto.
En éstas pues y en estotras,
visto que era tarde, y visto
que no habia, en que llevar
á Doña Clara, movidos
de mis ruegos se quedaron
á honrar el mi domicilio
hasta esta mañana, que
de casa habemos salido,
para ir á veros, y un coche
traher menos quebradizo,
en que vaya Doña Clara;
y con esto habeis sabido
el hilo de la verdad:
sacad por él el ovillo.
Harto os he dicho, miradlo,

harto os he mirado, oídlo.

D. LOPE.

¿Carlino, qué es lo que intentas?

CARLINO.

Dexa tú hacer á Carlino. *ap.*

D. PEDRO.

Yo, Doctor, os agradezco,
que hayais andado tan fino
con vuestro amigo; y tú ahora
seas, Don Lope, bien venido.
Llega, y los brazos confirmen
el gozo, de haberte visto.
Aguardadme aqui los dos,
mientras veo á mi vecino
Don Garcia, que á llamarme
ha enviado.

D. LOPE.

¿Si ha sabido, *ap.*
que yo á su hija Leonor
he ocultado?

CARLINO.

Tamañito *ap.*
estoy, de que mi maraña
se ha de ir por esos trigos.
¿Y sabes, lo que te quiere?

D. PEDRO.

No lo sé, ahunque lo imagino.
Su hija Leonor le ha faltado
esta noche, y fui yo mismo,

quien á un hombre la entregó,
porque llegó á hablar conmigo,
pidiendo, que la amparase;
y del caso no advertido,
como yo no la conozco
no me opuse á sus designios.

CARLINO.

Miren, si la conocieras.

D. PEDRO.

Estorvólo su destino.

CARLINO.

No era cosa de cuidado,
si la hubiera conocido.

D. PEDRO.

Yo, pues, seré breve aqui.
En tanto que le visito,
me aguardad los dos un poco,
para que podamos irnos
por Doña Clara despues. *vase.*

D. LOPE.

¿Doctor, en qué me has metido?

CARLINO.

Yo te sacaré de todo.

D. LOPE.

¿Por qué, á Doña Clara, has dicho,
que yo he trahido, á mi padre?

CARLINO.

Escuchame de hito en hito.
Tú me has dicho muchas veces,

que nunca tu padre ha visto
á Doña Clara tu prima,
y él acaba de decirnos,
que no conoce á Leonor;
pues cata el embuste urdido.
Tú has de decir á tu padre,
pues te está tan bien decirlo,
que Leonor es Doña Clara,
y fingiendote su primo,
llevala á tu casa, donde
estará mas sin peligro,
que en la mia; y tú podrás,
lograr mejor tus designios.
Esto se dispone bien: *ap.*
porque si asi lo consigo,
á Don Diego y Doña Clara
dexo en mi casa escondidos,
y asegurando á Don Lope
en el dulce y chupativo
almivar de mis engaños,
conservaré dos amigos.

D. LOPE.

Ya es imposible, cumplir *ap.*
con mi padre, si no finjo,
que Leonor es Doña Clara;
mas no importa, si lo miro
mejor, llevarla á mi casa,
pues desde ella el amor mio
podrá averiguar tambien,

si es verdad, lo que he temido.
La traza, Doctor, es como
de tu ingenio peregrino.
Solo reparo, en que puede
Don Garcia haber sabido,
que yo á Leonor he ocultado,
y habérselo ahora dicho
á mi padre.

CARLINO.

Dices bien.
Menester es, prevenirlo,
por si le envió á llamar
para esto; y asi digo,
que detrás de aquella esquina
me aguardes, mientras visito
de Medico á Don Garcia;
que ya sabes, que yo tiro
el salario de su casa,
y que puedo sin peligro
entrar en ella; y ahora
si al viejo un rato predico,
ó me ha de andar mal la lengua,
ó he de hacer, que imprima él mismo
la llave de su secreto
en la cera de mi oído.

D. LOPE.

¿Y si pregunta mi padre
por mí?

CARLINO.

Diré, que te has ido,
á hacer, que pongan el coche.

D. LOPE.

Pues aqui espero escondido.

CARLINO.

A Dios.

D. LOPE.

A Dios. ¡Ay amor!
quán cruél con tus rendidos,
á instantes las dichas mides,
y los pesares á siglos. *vase.*

CARLINO.

¡Ay embustes de mi vida,
pues siempre habeis sido amigos,
no desampareis ahora
á vuestro Doctor Carlino,
porque ni ellos en la cuenta,
ni yo cayga en el garlito!

Vase Carlino, y salen Doña Clara y Casilda.

D. CLARA.

Hoy se vale de tu medio,
Casilda amiga, mi amor,
para ver de mi dolor
ó el peligro ó el remedio.
Contigo quiero apurar,
despues de haberte obligado,
lo que teme mi cuidado;
que bien te puedo fiar

una sospecha amorosa,
pues eres discreta.

CASILDA.

Dí.
Pluguiera Christo; que asi
tubieramos otra cosa.

D. CLARA.

Don Lope no ha vuelto, á verme
desde anoche, como sabes,
y con mil sospechas graves
empieza amor á ofenderme:
porque entonces reparé,
en que al instante que entró,
una dama se escondió,
que estaba aqui, y sospeché
mal, de mirar su cautela;
y como Don Lope tarda,
la esperanza se acobarda,
y el cuidado se desvela.
Dime de esto lo que alcanzas,
para que calme mi pena.
Y sirvate esta cadena
de prenda á mas esperanzas.

Dale una cadena.

CASILDA.

Cierto que es linda, y que admira
tanto eslabon como tiene,
y por cierto que se viene
á los ojos; pero mira,

que no quiero recibir
cosa, que de tu persona
sea. El secreto perdona;
que no te puedo servir.

D. CLARA.

Aquesta mujer es loca.
¿Pues por qué estás tan cruél?

CASILDA.

Porque me ha mandado él,
que no despegue mi boca.

D. CLARA.

Ah si ; ¿que ha dicho el Doctor,
que me lo calles á mí?

CASILDA.

Aquesto no es mas por tí,
que por Leonor.

D. CLARA.

¡Por Leonor!
Esto es cierto. ¡Qué tormento
el pecho me oprime ya!
¿Dónde esa Leonor está?

CASILDA.

Ahí está en ese aposento.

D. CLARA.

¡Que esto haya llegado á ver,
y que esto llegue á escuchar!
¡Y que Don Lope á engañar
se atreviese á una mujer
como yo! Viven los cielos,

que he de ver esta Leonor,
y he de castigar su amor
con las iras de mis zelos.

CASILDA.

¿Dónde vas?

D. CLARA.

Dexame entrar.

CASILDA.

¿Pues quieres hablarla?

D. CLARA.

Quiero
saber esto.

CASILDA.

Pues primero
te advierto, para no errar,
que no la hables, ni por lumbre;
porque si el Doctor lo advierte
nadie habrá que me liberte
de una grande pesadumbre.

Vase Doña Clara.

Entróse, sin mas mirar;
esto ha sido lo mejor,
que ahunque me dixo el Doctor,
que no las dexase hablar,
poco importa, á lo que entiendo.
Si fueran hombre y mujer,
yo no los dexára ver
mas que el diablo; pero siendo
mujeres ambas á dos,

ni ello puede ser delito,
ni hago escrupulo maldito
de que ofenderán á Dios.

Sale Don Pedro y su criado.

CRIADO.

Esta, conforme á las señas,
es la casa del Doctor.

D. PEDRO.

El me dixo, que Don Lope
se iba, con intencion
de que pusiesen el coche;
pero ni á casa llegó,
ni sé, si es engaño todo.

CRIADO.

Aqui lo sabrás mejor;
pues ha de estar tu sobrina
en esta casa, si no
te engañaron, como dices.

D. PEDRO.

Con mil recelos estoy.
Pero aguarda; que aqui hay gente.

CRIADO.

La mujer es del Doctor,
que yo la conozco.

D. PEDRO.

A hablarla
llego.

CASILDA.

Yá será razon,

que salga acá Doña Clara:
que en el tiempo que ha que entró,
mas que vale la cadena,
habrán hablado las dos.

D. PEDRO.

Señora, escuchad.

CASILDA.

¿Quién es?

D. PEDRO.

El padre del huésped soy,
que llegó anoche á esta casa
por cierto acaso, y halló
tan buena acojida en ella,
como me ha dicho el Doctor.

CASILDA.

¡Este es padre de Don Diego!
¡Qué diré! ¡Valgame Dios!
¿Mas si el Doctor se lo ha dicho,
para qué me aflijo yo?
Seais, señor, bien venido,
y pues bien venido sois,
decidme, á lo que venís.

CRIADO.

Pues lo duda, esto es peor.

D. PEDRO.

Sin duda me han engañado.
Hanme dicho, que llegó
Doña Clara mi sobrina
de Sebilla anoche y yo

vengo á vuestra casa, á verla.

CASILDA.

¡A verla!

D. PEDRO.

Sí.

CASILDA.

Pues yo voy
por ella; claro está eso,
dizque sí; no sino, no. *Vase.*

CRIADO.

Eso sí, cuerpo de Christo.

D. PEDRO.

Cierto que entré con temor,
de que me hubiese engañado
Don Lope; pero debió
de ofrecersele otra cosa.

CRIADO.

Muy bien ha andado el Doctor
en todo.

D. PEDRO.

Haréle un regálo,
para pagarle esta accion.

Salen Doña Clara y Casilda.

D. CLARA.

¡Mi tio ha venido!

CASILDA.

Ahora
verás, si he mentido yo.

Veis aqui vuestra sobrina,
buena, sana y sin lesion.

D. PEDRO.

Sobrina, seais bien venida.
Llegad á mis brazos hoy,
que paga vuestra presencia
los deseos de mi amor.

D. CLARA.

Ya no tiene, á que aspirar
mi gusto, en viendoos, señor.

D. PEDRO.

Vuestra hermosura es muy rara:
toda vuestra madre sois.
Cierto que ya deseaba,
conoceros.

CASILDA.

El llegó
á buen tiempo, porque ya
se repuntaban las dos.

D. LEONOR *con manto.*

Yo he de salir, á buscar
á Don Lope, pues ya son
tan evidentes mis zelos,
que aquella misma á quien yo
escuché anoche, ha llegado
á hablarle á él. ¡Mas ay Dios!
¡No es éste su padre! Sí:
y ella está con él; mayor
es esta duda. ¡Qué es esto!

No lo entiendo.

CASILDA.

¿Pues, Leonor,
dónde vas con manto?

D. LEONOR.

Escucha.
¡Qué notable confusion!

D. CLARA.

Bien conozco, lo que os debo.
¿Mas quién os dixo, que yo
llegué anoche de Sebilla?

D. PEDRO.

¡Quién me lo dixo! El Doctor,
y Don Lope vuestro primo.

D. LEONOR.

¡Su primo! Valgame Dios.

CASILDA.

¿Qué te admiras? Es su tio;
que como anoche llegó
Doña Clara de Sebilla,
ha venido á verla hoy.

D. LEONOR.

¡Doña Clara es ésta? Ay Cielo:
no llegará mi temor
á tal desdicha.

D. PEDRO.

Don Lope
irá á casa; no es razon,
que esteis aqui: vamos, hija,

al coche. Señora, á Dios,
y perdonad los enfados
de los huespedes; que yo
sabré agradecerlo todo.

CASILDA.

Dueño de esta casa sois.

D. LEONOR.

¡Que esto mire, y que no pueda
impedirlo! ¡Qué rigor!

D. CLARA.

De este modo se asegura,
lo que mi amor receló.

CASILDA.

De este modo irán saliendo
los huespedes dos á dos.

Vanse todos, sino Leonor.

D. LEONOR.

¡Qué es esto, que me sucede!
¡Quién en el mundo se halló
tan lexos de los remedios,
y tan dentro del dolor!
Doña Clara y de Don Lope
el padre::: ¡Mas dónde voy!
No me confundan las penas:
afligido corazon,
dexad, que usurpe qualquiera
haliento, discurso y voz;
no falte en ellas, no falte
alguna ponderacion,

que las agrave; el sentido
calme en la menos atroz,
la memoria las conserve,
ponderelas la razon,
y el discurso desentrañe
lo mas hondo del rigor;
por si mi disgusto acaso,
por si acaso mi pasion,
de tantos dolores juntos
forma el ultimo dolor.
Doña Clara mi enemiga
hoy de Sebilla llegó;
Don Lope, por disculparse,
zelos forma de mi amor:
á mí en salir de mi casa
mi desdicha me empeñó:
mi padre há de estar ahora
con precisa indignacion:
mi hermano en Madrid tambien
ha de ayudar mi rigor;
Doña Clara está ya en casa
de Don Lope, y tal estoy,
que esto es lo que menos siento;
porque tan profundos son
mis males, que el de los zelos
es en mi pecho el menor.
Pero no es mucho, que á vista
del honor, no tenga, no,
fuerza esa pasion ociosa,

porque siempre colocó
en lo mas vivo del alma
sus pesares el honor.
¿Qué haré, pues? ¿Qué medio habrá,
de salir de tanto error?
Estarme en aquesta casa,
es dilatar mi afliccion;
ir á buscar á Don Lope,
es negarme al pundonor:
demás, que no ha de ampararme,
quien faltó á su obligacion:
impedirle, que se case
con Doña Clara; es horror;
grangear yo las finezas,
y darle satisfaccion
de sus zelos á un ingrato,
no es remedio, y es dolor;
pues el volver á mi casa,
será desesperacion.
Por todas partes, sitiada
de mil ahogos estoy;
de ninguno hallo salida,
ninguno dexa eleccion
para buscarlos, y en todos
crece á siglos el rigor.

¿Pues para quándo guardas el activo,
el riguroso golpe, hado violento,
si ahora me quitas el haliento,
que ya repito tarde ó fugitivo?

Rompe esta union vital executivo,
y muera con la vida el sentimiento,
pues enmedio de tanto deshaliento
solo el sentir, indicio es, de que vivo.
Antes que dure mas al alma unida
esta dura pasion, sabré la suerte,
que fortuna me tiene prevenida.
Y si el mal en costumbre se convierte,
se hará la pena parte de la vida,
y quitará las fuerzas á la muerte.

Sale Carlino.

CARLINO.

Don Lope se me escapó,
mientras yo ví á Don García,
y supe, que no tenia
peligro lo que temió.
Ya á Leonor vengo avisar,
que se empiece á prevenir,
porque ahora ha de venir
Don Pedro, y la ha de llevar
á su casa, imaginando,
que es Doña Clara, y asi
podré yo tener aqui,
sin andar siempre afanando,
á Doña Clara y Don Diego;
que desde aquel desvarío,
he pagado de vacío
la casa de mi sosiego.
Y ahora, si, llego, donde

la vida está, que me quadre,
me pienso holgar como un padre
que tiene un hijo Vizconde.
Pero aqui Leonor está;
ahora, pues, la diré
lo que ha de hacer. ¡Oh lo que
la señora se holgará,
sabiendo, que su fortuna
se mejora en su sosiego!
Daráme una joya luego:
una joya::: ¿Como una?
¡Oh qué albricias me has de dar
en oyendome, Leonor!

D. LEONOR.

Debes de querer, Doctor,
mi sentimiento apurar:
pues quando tan enojada
me miras de tus trayciones,
y de las viles acciones
de Don Lope tan cansada,
llegas fingido y esento
á hacerlas mas evidentes,
y con burlas, que no sientes,
á irritar mi sentimiento.
¿De qué quieres que te dé
albricias: de que he sabido,
quán villano, quán fingido,
burló Don Lope mi fé?
¿De que habeis entre los dos

dispuesto ¡quién tal pensára!
que viniese Doña Clara
de Sebilla?

CARLINO.

Mas, por Dios,
¿dónde el secreto habrá visto?

D. LEONOR.

¿De que anoche se apease
en esta casa, y triunfase
de mi aficion?

CARLINO.

¡Jesu-Christo!
Casilda anda por aqui.

D. LEONOR.

¿De que el padre haya venido
de Don Lope, y se haya ido
con él delante de mí
Doña Clara?

CARLINO.

¡Cómo qué!

D. LEONOR.

¿Que á su casa la llevó,
y rabiando me dexó,
porque en mi presencia fue?

CARLINO.

¡A Doña Clara ha llevado!
Muy buena la habemos hecho;
ya no quedo de provecho.
¡Oh mal haya mi pecado

y mi tardar, ¡Qué dirá
Don Lope, en viendo este error,
y que no puede á Leonor
llevar á su casa ya!
¡Y al pobre Don Diego, que
vendrá á ver Doña Clara,
con qué boca, con qué cara
le he de decir, que se fue!

D. LEONOR.

Dime, Doctor, donde está
Don Lope, porque he de hablarle,
ahunque me cueste, el buscarle.

CARLINO.

Luego señora vendrá.

Sale Don Diego al paño.

D. DIEGO.

Ay hermosa Doña Clara,
quan deseoso me trahe
amor de verte y hablarte,
que ya veo que estarás
de los sucesos de anoche
confusa; pero no habrá
cosa, que mi amor no intente
por escusarte un pesar.

D. LEONOR.

Eso, Doctor, es engaño.

CARLINO.

Digo, que ahora vendrá.
No sé, cómo detenerla. *ap.*

D. LEONOR.

Yo he de salirle á buscar.

Vá á salir Leonor, encuentra á su hermano, y quedanse los dos mirando.

CARLINO.

Aguarda.

D. LEONOR.

Aparta.

D. DIEGO.

¿Quién es?
¡Leonor!

D. LEONOR.

Muerta soy.

CARLINO.

Tomad;
si su hermano la ha cojido.
El mundo se ha de acabar
ahora.

D. DIEGO.

¡Pues tú, Leonor,
fuera de casa!

D. LEONOR.

Mortal
estoy.

D. DIEGO.

Mi honor de esta accion
recela algun grave mal.

CARLINO.

¡Mal año, y cómo se ha puesto

el hermano! Echando está
por los ojos mil saetas,
castigos de la hermandad.

D. DIEGO.

¿Qué dices?

D. LEONOR.

¿Qué le diré? *ap.*

D. DIEGO.

Acaba, Leonor, de hablar.
¡Doctor, qué es esto! ¡Mi hermana
en tu casa!

CARLINO.

Oh qué eficaz *ap.*
mentira me ocurre ahora,
para hacérsela tragar,
mas suave que otro tanto,
y mas dulce que otro mas.
¿Qué quieres, que te responda,
si tiene tu necedad
y tu imprudencia la culpa
de estas cosas, y otras mas?

D. DIEGO.

¡Yo la culpa!

CARLINO.

Tú la culpa.

D. DIEGO.

¿Pues de qué?

CARLINO.

De hacer andar

á tu hermana de este modo.

D. DIEGO.

¿Cómo?

CARLINO.

Escucha, y lo sabrás.

D. LEONOR.

Hablandole está el Doctor
aparte. ¿Qué le dirá?

CARLINO.

Tú te entraste anoche en casa,
como has confesado ya,
y hasta el quarto de Leonor
llegaste pian pian.
Estos pianes sintió
tu padre: y sin mas ni mas
la bola escurriste, quando
el cabe queria tirar.
El, que en el quarto de estotra
sintió el ruido, viene y vá;
y de tu culpa le echó
las cabras en el corral.
Metióla en un aposento,
con aquello de empuñar
la daga; y su vida entonces
estaba en el trís y el zás.
Dexóla encerrada, y fuese,
para saber, quién y quál
la debida reverencia
perdió á su paternidad.

Ella temiendo su muerte,
con un hierro, y no con mas
abrió como una granada
la puerta de par en par.
Vió el jardin abierto; y como
ruego de buenos no hay,
salto diera de la mata,
que parece un gavilán.
Fuese en casa de una amiga,
donde ayeriguado ha,
que tú te apeaste anoche
en mi casa; y sin parar,
se vino á ella, y la vieras
por aquella puerta entrar,
todo el haliento perdido,
todo el color desigual,
las acciones sin medida,
los suspiros sin compás,
la voz sin orden, los ojos,
sin atar ni desatar,
el corazon con modorra,
y el alma de Garibay.
Preguntó por tí: neguete;
porfió: neguéte mas:
y á la tercera negada,
el gallo empezó á cantar,
el gallo de tu pasion,
que, viendo á Leonor acá,
gargantcó, imaginando

que estaba en su muladar.
Turbamonos todos tres:
ella de la novedad,
de verte sin esperarte;
tú de verla, donde está.
Como la causa ignoraste;
yo de aquella, al verte entrar,
me ha cojido *antes que al cojo*,
que es afrenta, y es refrán:
y asi todos tres turbados,
da su razon cada qual,
hubo aqui una turbamulta,
que hasta aqui pudo llegar.
Con esto has sabido el caso.
Mira, si Leonor podrá
decir, que por tí padece
estos riesgos; que inquietar
pudiste á tu padre anoche;
que tienes de aqueste afan
la culpa; que tu imprudencia,
su casa la hizo dexar;
que por saberla, á la mia
vino; que tal, y que qual.

D. LEONOR.

¡Qué habrán hablado en secreto
los dos! Todo es recelar
nuevos riesgos.

CARLINO.

Si él le traga,

valiente embuste será.

D. DIEGO.

Bien reconocí yo anoche,
que fué imprudencia, el dexar
alborotada mi casa:
y asi; supuesto que está
Leonor por mí padeciendo,
yo mismo la iré á llevar
á mi casa, y con mi padre
la disculparé; pues ya
no hay otro remedio en esto.
No pudiera hoy otro afan
sucederme mas penoso,
que obligarme ahora á hablar
á mi padre, y descubrirme;
quando me importaba estar
oculto por Doña Clara.

CARLINO.

Ello ha sucedido mal.
Yo pensé, que lo enmendaba;
porque la quiere llevar
á su casa, como dice,
y luego me quedará
otro pleyto con Don Lope,
quando sepa lo que hay.

D. LEONOR.

¡Faltabame otra desdicha!
Ya es imposible, ver mas
á Don Lope; quando, ¡ay cielos!

su prima en su casa está.

D. DIEGO.

Vamos, Leonor: ven conmigo.
Tú, Carlino, no dirás
á Doña Clara, que he estado
aqui, sin entrarla á hablar;
que hará quexa de ello, y yo
vuelvo luego.

CARLINO.

Y hallará
muy buen recado. Por Dios,
que no sé, en qué ha de parar.

D. DIEGO.

Esto es ya lance forzoso:
hoy á mi padre he de hablar. *ap.*

D. LEONOR.

Esto es preciso: los zelos
la vida me acabarán.

CARLINO.

Esto es hecho: desde hoy
conocen mi habilidad.

D. DIEGO.

¿Pues qué podré yo decirle?

D. LEONOR.

¿Pues cómo me he de vengar?

CARLINO.

¿Pues cómo haré mas embustes?

D. DIEGO.

Pero ya que le he de hablar:::

D. LEONOR.

Pero ya que me ha engañado:::

CARLINO.

¿Pero ya qué embustes hay?

D. DIEGO.

Diréle todo el suceso;
que le tengo de empeñar,
en que ampáre mis intentos;
pues no hay otro medio ya.

D. LEONOR.

Haréle buscar; y luego,
si no enmienda mi pesar,
sabre yo darle la muerte
por amante desleal.

CARLINO.

Volveré á mentir de nuevo,
y mentiré mas y mas;
y dure lo que duráre
como mentira de pan.



JORNADA TERCERA.

Sale Don Lope y Casilda.

D. LOPE.

¿Qué vino mi padre ya?

CASILDA.

¿Ahora con eso vienes?
Pardiez linda flema tienes.
Esta es la hora, que está
en su casa con tu prima.

D. LOPE.

¡Ay bellisima Leonor,
quán de vuestra parte amor
nuestros deseos aníma!
Esto se ha dispuesto bien;
porque estando ella en mi casa,
seguro está lo que pasa
de su padre; y yo tambien,
averiguando el rezelo,
que ha formado mi temor,
podré, con riesgo menor
ver logrado mi desvelo.

CASILDA.

Yo apuesto, que esta es la hora,
que anda por tí preguntando
tu padre, y se está admirando,
de que no hayas ido ahora.
Y yo apuesto, que no pára
en una, ni en otra parte
con el deseo de hallarte
mi señora Doña Clara.

D. LOPE.

Este nombre tiene ya
Leonor. Oh suceda todo
quanto intentamos, del modo
que disponiendose vá.
Pero quiero ir, á ver
á mi nueva prima hermosa;
porque estará cuidadosa,
de no verme desde ahier.
Casilda, pues no está en casa
el Doctor, dile, que á verle
volveré, y agradecerle
quanto en este lance pasa;
pues ha sido su cuidado
siempre advertido y mañoso,
quien de estado tan penoso,
lo ha puesto en tan buen estado.

CASILDA.

Todo se lo pintaré
luego.

D. LOPE.

¡Ay hermosa Leonor,
desde este dia al amor
mi quietud consagraré. *vase.*

CASILDA.

¡Quál vá el pobre enamorado!
Miren lo que somos: ello
da miedo, con solo vello;
mal haya tan mal pecado.
qué decima tan sonora,
es una, que el dia de atrás
oí, que dice: eso, y mas
merece, quien se enamora.
Ello quarenta y tres años
en este mundo he vivido,
sin haver á nadie oído
de amor, ni de sus engaños;
pero ahora que tambien
he visto, por qué compás
vá el amor si vivo mas
que vivió Matusalén,
hago proposito aqui,
bueno, firme y oportuno,
de no dexar á ninguno,
que se enamóre de mí.

Sale Carlino.

CARLINO.

No he puesto hoy en cosa alguna
la mano, que no haya errado,

como un simple y un menguado.
Descomulgada fortuna,
que nunca estubiste queda,
¿qué te he hecho yo, me dí,
que fulmina contra mí
sus mismos rayos tu rueda?
Cesen pues injurias tantas;
porque si mas me amohinas,
echaré á rodar tus pinas,
y echaré á coces tus llantas.

CASILDA.

Mas ya ha venido el Doctor.
¿Doctor?

CARLINO.

¿Casilda?

CASILDA.

¿Qué tienes;
que me parece, que vienes
enojado, y sin color?

CARLINO.

Casilda mia: no ví
á nadie errar tan sin tiento,
como hoy á mí, en quanto intento,
y en quanto pienso; y asi,
cama habemos de apartar
desde hoy; porque yo digo,
que de acostarme contigo,
se me ha pegado el errar.

CASILDA.

Primero, si es necesario,
divorcio sabré poner.

DOCTOR.

¡Oxalá de mi poder
te saquen por el Vicario!
Pero vamos á mis yerros.
De casa habrá que salí
media hora.

CASILDA.

Ya te ví,
que te fuiste dado á perros,
luego que llevó á Leonor
su hermano, y á Doña Clara
su tio.

DOCTOR.

Pues ves, no pára
mi desgracia en ese error.
Salí triste, y sin ventura;
y á dos calles que pasé,
á un enfermo visité,
y en llegando, erré la cura.
Errada, sin mas tardanza,
ví al que me solia pagar;
tendí la mano á cobrar,
y erré tambien la pitanza.
Fuí de alli, á dar un billete
á una Moza: díle, y luego
su madre entró como un fuego,

y me llenó de alcahuete.
Cojióla á ella, y la dió
bofetadas dos ó tres
con linda fuerza; y despues
de los cabellos la asió,
y tendiendola en el suelo,
andubo con la mozuela,
primero á la saca pela,
y despues al saca pelo.
Pasé á llevar un recado
á otra; y apenas yo
se le dí, quando salió
un hermano disparado.
Asióme con fuerza fiera,
y pensando hacerme hastillas,
me pisaron las costillas
los palos de la escalera.
De esta calle fatigado,
á la Mayor caminé,
donde á Doña Clara hallé
en una tienda, parado
el coche, porque debió
antojarsele algo de ella;
y el tio, por complacella,
á comprarselo se apeó.
Yo viendo, que estaba el viejo
en la tienda divertido,
toqué á embuste, y advertido
entré conmigo á consejo.

Parecióme, que sería
cosa facil y acertada,
darle al viejo cantonada,
y que asi remediaria
el disgusto de Don Diego,
y el de Don Lope tambien;
y luego en un *sancti amen*,
lo puse por obra luego.
Al cochero pues me así;
dixele, que me siguiese,
exhortéle, á que lo hiciese,
y dos escudos le dí.
Salió Don Pedro, impidió,
que no siguiese mi engaño,
y el cocherillo picaño
los escudos se llevó.
Pero en él no es cosa nueva
mi dinero en tal estado;
porque al fin, lo mal ganado,
el cochero se lo lleva.

CASILDA.

¿Y de esto con tal dolor
veniais?

CARLINO.

¿No es deshaliento,
verme errar, en quanto intento?

CASILDA.

Mas va en tu salud, Doctor

CARLINO.

A lo que importa volvamos.
¿Don Lope ha venido acá?

CASILDA.

Ha venido; y se fue ya
como quatrocientos gamos
á su casa; y luego que
supo, que habia llegado
su padre, y se habia llevado
aquella dama:::

CARLINO.

¿Y se fue
sabiendo eso?

CASILDA.

Mirad:
mas dixo, que volveria,
y á tí te agradecería,
lo bien dispuesto que está.

CARLINO.

El sin duda ha imaginado,
que es Leonor la que llevó
su padre; y si eso pensó,
hallará muy buen recado.
Pero ello se ha de pensar
modo, como salir de esto,
y uno que tengo dispuesto,
si bien se llega á lograr,
pienso, que será bastante;
porque lo que está peor

á mi embuste, y al amor
del uno y del otro amante,
es, que Doña Clara esté
en esta casa, y asi
yo he de sacarla de aqui.
Ven adentro, y te diré,
lo que has de hacer; porque yo
quiero, que esta noche lleves
un recado á ella.

CASILDA.

¿Y te atreves
á eso?

CARLINO.

Sí.

CASILDA.

Pues yo no.

CARLINO.

No tiene que darte pena;
que no hay peligro.

CASILDA.

Pues vaya,
jura mala en piedra caya,
porque cae otra cadena.

CARLINO.

Vamos, pensaré otro engaño;
que me he apurado este dia,
quando pensé, que tenia
embustes para mi año.

Vanse, y salen Doña Leonor y Don Diego.

D. LEONOR.

¡Qué es esto! ¡Valgame el cielo! *ap.*
¿Dónde me lleva mi hermano?
Desde que salió de casa
del Doctor, va penetrando
las calles sin eleccion.
Atrás la casa ha dexado,
y sin hablarme palabra,
volviendo de quando en quando
á mí la vista turbada,
y el semblante demudado,
hasta esta calle he venido,
donde ya del sobresalto
parece, que el corazon
me está en el pecho estorbando.
El sin duda (¡muerta soy!)
sabe ya, ó ha imaginado,
que yo salí de mi casa
por Don Lope; y de su agravio,
tomar quiere la venganza
en mi vida. ¡Que inhumano
hace hoy de mis desdichas
caudal de su imperio el hado!

D. DIEGO.

Yo confieso, que en mi vida *ap.*
no he visto mas apurado

mi sufrimiento, ni el pecho
tan rendido al sobresalto.
Apenas salí de casa
del Doctor Carlino, quando:::
(¡oh nunca la hubiera visto,
pues el verla me ha dexado
entre tantas confusiones
ciegamente bacilando!)
quando ví en un coche, ¡ay cielo!
á Doña Clara. No acabo
de entender esto: y con ella
iba un caballero anciano.
Siguiendo he venido el coche,
y ahora se han apeado
en esta casa, y yo estoy
confusamente dudando
lo mismo que me sucede;
sin saber, cómo apurarlo,
ni cómo dexar tampoco,
de averiguar este caso.

D. LEONOR.

Esto es cierto; su inquietud, *ap.*
su enojo está confirmando:
sin vida estoy de mirarle.
Ya mi temor ha empezado
las congojas de mi muerte,
que ahora para mi estrago,
su saña y mi deshaliento
se están entre sí ayudando.

D. DIEGO.

¡Qué haré, amor!

D. LEONOR.

¡Qué haré, desdicha!

D. DIEGO.

¡De enojo y de zelos rabio!

D. LEONOR.

Su enojo temiendo estoy.

D. DIEGO.

¡Que el Doctor me haya engañado!

D. LEONOR.

¡Que el Doctor me haya vendido!

D. DIEGO.

Anoche en su casa, quando
no me quiso abrir la puerta,
bien conocí su embarazo.

D. LEONOR.

Bien temí yo su traycion, *ap.*
quando habló aparte á mi hermano.

D. DIEGO.

Entrar quisiera á esta casa, *ap.*
y el modo de entrar, no hallo.

D. LEONOR.

Huir quisiera mi muerte, *ap.*
y es imposible intentarlo.

D. DIEGO.

¡Oh lo que estorba Leonor
mis intentos!

D. LEONOR.

¡Qué enojado *ap.*
me volvió á mirar ahora!
El sin duda está aguardando,
que la noche, que ya empieza,
dilate su negro manto,
para quitarme la vida.

D. DIEGO.

Si, como tengo intentado, *ap.*
la llevo á mi casa ahora,
dexo de saber mi agravio,
por que ha de ser imposible
el salir de ella, en hablando
á mi padre. Quanto intento,
me ha sido el amor contrario
desde que llegué á Madrid.
Pues yo tengo de apurarlo,
ahunque se arriesgue mi vida,
para salir de este encanto.

D. LEONOR.

Cada instante me parece, *ap.*
que empuña el acero ayrado,
y que le esconde en mi pecho,
por vengar en él su agravio.
¡Qué poco en darme la muerte
tiene ya que hacer su brazo:
y en lo que importa el temor,
qué poco adelanta el caso!

D. DIEGO.

Bien está: pues esta noche, *ap.*
me ha parecido acertado,
en casa de una señora,
deuda mia (que en cruzando
esa esquina ha de vivir)
llevar á Leonor, en tanto
que vuelvo á averiguar:::
Esto ha de ser; Leonor, vamos.

D. LEONOR.

¿Dónde me llevas, señor?
¿Llegó de mi muerte el plazo?

D. DIEGO.

Despues sabrás lo que intento.

D. LEONOR.

El quiere sacarme al campo, *ap.*
para quitarme la vida.
Primero, señor::: (¡Oh quánto
el corazon afligido
se altera! Primero, hermano,
has de escucharme.

D. DIEGO.

Despues
me podrás habla: de espacio;
que ahora estoy muy de priesa.

D. LEONOR.

¡Duro lance! ¡Fuerte acaso!
Verdad es::: Señor, espera.
Verdad es, que de tu agravio

he sido cómplice yo.

D. DIEGO.

¡ Qué dices!

D. LEONOR.

Y que he dexado
mi casa, porque mi amante,
como sabes::: Mas si es llano,
que el amor::: Mi propio haliento
me ahoga ; que el amor, quando,
el pecho::: Pero deten,
deten el azero ayrado;
que ya:::¡Muerta soy!

D. DIEGO.

Espera. *Cae desmayada.*
¡Valgame Dios! De sus labios
faltó la voz, y el haliento,
quando estaba pronunciando
mi ofensa ; y ofensa tal,
que á profanar el sagrado
del honor se atreve. ¡A quién
habrá sucedido caso
tan penoso de improviso!
Pues, quando estaba trazando,
de averiguar las sospechas
de mi amor, he averiguado,
lo que ahun no llegué á temer;
y quiso el cielo, que, quando
oyendo estaba mi ofensa,
mi injusta hermana en mis brazos

se quedará desmayada.

Sale D. Pedro y un criado.

D. PEDRO.

¿Qué ya Don Lope ha llegado?

CRIADO.

Sí, señor.

D. PEDRO.

Huelgome mucho;
porque estaba deseando
verle su prima, y yo iba
con intento de buscarlo,
á la casa del Doctor.
Pero oye, aguarda. ¡Qué raro
espectáculo!

D. DIEGO.

Mil veces
tengo el acero empuñado,
con intento, de que sea
este el ultimo desmayo.

D. PEDRO.

Un caballero es, que tiene
una mujer en los brazos
desmayada. Bien será,
que lleguemos, por si en algo
le podemos socorrer.
Caballero, lastimado
de mirar vuestra afliccion,
he querido preguntaros,
si en algo os puedo servir:

esta es mi casa ; y en tanto
que cobra el perdido haliento
esa dama , vuestros brazos
entrarla pueden en ella,
donde tendrá algun reparo
su achaque y vuestra pasion,
y en mí un servidor entrambos.

D. DIEGO.

Este es el mismo, que ví
en el coche , acompañando
á Doña Clara ; y su casa
es la misma, donde entraron.
Ni pudiera suceder
mejor, lo que he deseado;
porque entrando allá, podré
saber, lo que estoy dudando
de Doña Clara, supuesto
que en este tiempo no falto
al cuidado de mi honor;
porque hasta que del desmayo
vuelva Leonor, y yo sepa
el agresor de mi agravio,
es fuerza, que se dilate
mi venganza ; y asi , entrando
allá dentro , he de apurar
la causa de mi cuidado.
Caballero, la fatiga,
con que me tiene este caso,
y el conocer la nobleza,

con que intentais remediarlo,
á que acepte la merced
que me ofreceis, me ha obligado.

D. PEDRO.

Haceismela á mí muy grande:
entremos, pues; y tú, Fábio,
vé luego, y llama al Doctor,
para que á esta dama hagamos
algun remedio.

CRIADO.

Yo voy.

D. DIEGO.

Bien la suerte lo ha trazado.

D. PEDRO.

Lastimame su fatiga.

D. DIEGO.

Hoy mis sospechas allano. *ap.*

D. PEDRO.

No se pierde nada en esto.

D. DIEGO.

Despues, honor, mi cuidado
buscará vuestro remedio.

D. PEDRO.

Vamos, caballero.

D. DIEGO.

Vamos. *vanse.*

Sale Don Lope y un criado, y por la otra parte Doña Clara, y otro criado.

D. LOPE.

¿Han avisado á mi prima?

CRIADO.

Ya, señor, la han avisado.

D. CLARA.

¡Qué ya Don Lope ha llegado!
¡Oh lo que mi amor se anima!

D. LOPE.

¡Quién tal desdicha esperára!

D. CLARA.

¡Que hoy cesará mi temor!

D. LOPE.

¡Que hoy he de ver á Leonor
con nombre de Doña Clara!

D. CLARA.

¡Que á Don Lope veré luego!

CRIADO.

Tu primo ha llegado ya.

CRIADO.

Aqui mi señora está.

D. CLARA.

Pues yo llego.

D. LOPE.

Pues yo llego.

¿Prima?

D. CLARA.

¿Señor?

D. LOPE.

¡Mas qué veo!
¡Esta no es Doña Leonor!

D. CLARA.

¡Pero qué miro! ¡Este, amor,
no es Don Lope!

D. LOPE.

Del deseo
el susto apenas reprimo.

D. CLARA.

Mi pecho se desanima.

D. LOPE.

¿Esta, dices, que es mi prima? *al criado.*

D. CLARA.

¿Este, dices, que es mi primo? *al otro.*

D. LOPE.

Dílo, acaba.

D. CLARA.

Dilo presto.

CRIADO I.

¿Eso preguntas ahora?

CRIADO 2.

¿Pues eso dudas, señora?

D. LOPE.

Valgame el cielo. ¡Qué es esto!
¿Esta dama no es aquella,
que entró en casa del Doctor,

y dió zelos á Leonor
anoche? Sin duda es ella.

D. CLARA.

Valgame el cielo. ¿No es
este, el que en la casa ví
del Doctor anoche? Sí;
él es sin duda; y despues
á Don Lope llegó á hablar,
quando de su padre huyó?

D. LOPE.

Ella es: ¡qué dudo yo!
¡Pues quién la ha podido dar
el nombre de Doña Clara!

D. CLARA.

¡Pues cómo el nombre ha tomado
de Don Lope!

D. LOPE.

¡Qué cuidado!

D. CLARA.

¡Oh qué confusion tan rara!

D. LOPE.

Turbada vuelve, á mirarme,
y vanamente se halienta,
como quien hablarme intenta,
y nunca se atreve á hablarme.

D. CLARA.

Mirandome está turbado,
como quien me quiere hablar,
y no se atreve á llegar

de su temor refrenado.

D. LOPE.

Pero el hablarla es mejor;
y saber, que engaño ha sido,
á mi casa haber venido,
quando esperaba á Leonor.

D. CLARA.

Mas mejor será, llegar,
y de él mismo saber yo,
con qué ocasion se movió
á entrar aqui, y á tomar
de Don Lope el nombre.

D. LOPE.

Ahora
su engaño descubriré.

D. CLARA.

Ahora me informaré,
de quanto mi pecho ignora.

D. LOPE.

Saber, señora, de vos:::

D. CLARA.

Saber de vos, caballero:::

D. LOPE.

Proseguid; que ya os escucho.

D. CLARA.

Proseguid; que ya os atiendo.

D. LOPE.

Todas mis dudas, señora,
han de cesar, en oyendo

lo que me quereis decir.
y asi, decid, que ya pienso
que conocereis la causa
de mi suspension.

D. CLARA.

Ya veo
la causa de ella, y asi
quiero saber: ¿con qué intento
entrasteis en esta casa?

D. LOPE.

¡Con qué intento! Bueno es eso:
porque es mia.

D. CLARA.

¿Vuestra?

D. LOPE.

Sí.

D. CLARA.

¿Pues quién sois vos? No lo entiendo.

D. LOPE.

Don Lope soy, de Velasco.

D. CLARA.

No está malo el fingimiento.
¡Don Lope vos!

D. LOPE.

Yo Don Lope.
¿Mas vos quién sois? Que hoy os veo
introducida en mi casa,
con tan absoluto imperio,
que ahunque á vuestra hermosura

le debe todo respeto,
como yo la causa ignoro,
de culpado me suspendo.

D. CLARA.

¡Hay mas raro engaño! Yo
soy Doña Clara Pacheco,
y soy prima de Don Lope.

D. LOPE.

¿Doña Clara vos? ¡Qué es esto!
Vive Dios, que estoy sin juicio.

D. CLARA.

¡Quién vió tan notable empeño!

D. LOPE.

¡Adónde estará Leonor!

D. CLARA.

¡Adónde estará Don Diego!

D. LOPE.

¡Qué de recelos me cercan!

D. CLARA.

¡Oh qué de peligros temo!

Sale Don Diego por una puerta, y Doña Leonor por otra.

D. DIEGO.

Mientras mi enemiga hermana
cobró su perdido haliento,
á otro quarto de la casa
se entró su piadoso dueño,
á disponer mi reparo,
diciendome, que aqui dentro

me entrase.

D. LEONOR.

¡Valgame Dios!
¡Qué casa es ésta! Temiendo
mi muerte::: ¡Pero qué miro!

D. LOPE.

¡Mas qué he visto!

D. DIEGO.

¡Mas qué veo!

D. CLARA.

¡Mas qué es lo que viendo estoy!

D. LEONOR.

¡Don Lope no es éste, Cielos!

D. LOPE.

¡No es Leonor ésta, desdichas!

D. DIEGO.

¡No es Doña Clara, tormentos!

D. CLARA.

¡No es mi primo éste, pesares!

D. DIEGO.

Don Lope es: rabio de zelos.

D. LEONOR.

Con su prima está. ¡Qué pena!

D. LOPE.

Leonor es, y con el mesmo
que ha causado mis temores,
y que yo hallé en su aposento,
viene hablando. Mil volcanes

está engendrando mi pecho.

D. DIEGO.

Doña Clara es, y el que estaba
con ella, el que con secreto
quiso hablarme anoche en casa
del Doctor. ¡Qué de recelos
me ha dado, el mirarlos juntos!

D. CLARA.

Mi primo es, el que siguiendo
viene á la misma Leonor,
que me ha dado tantos zelos.

D. LOPE.

Mas vamos á la venganza.

D. LEONOR.

Pero vamos al remedio.

D. DIEGO.

Mas salgamos de este encanto.

D. CLARA.

Pero averigüemos esto.

D. LEONOR.

Ya que á manos de mi hermano
morir cada instante espero,
muera conmigo el traydor,
que á mi honor perdió el respeto,
y no goce Doña Clara
las dichas, que envidio y pierdo;
que supuesto que mi hermano
ocioso tiene el acero,

no debe de conocerle:
conozcale pues; y luego
derrame la ingrata sangre,
que anima su infame pecho.

D. LOPE.

Sacarle quiero de aqui,
para averiguar mis zelos.

D. DIEGO.

Para saber lo que dudo,
sacarle á la calle quiero.

D. LEONOR.

Vive Dios, que han de ver todos
á lo que obliga un despecho.

Sale Carlino por un lado y Don Pedro por otro.

CARLINO.

¿Dónde está la desmayada;
que he de quemar mis Galenos
ó ha de mayar al instante?
¡Pero qué es esto que veo!
¡Don Diego y Leonor aqui!
Busquen, quien me cure luego:
que yo tambien me desmayo.

D. DIEGO.

Este es el piadoso dueño
de esta casa, y ya es preciso,
que se dilate mi intento.

D. LOPE.

En volviendose mi padre,
averiguaré mis zelos.

CARLINO.

Juntos, y de mancomun
estamos todos: no echo
menos á nadie del caso.

CASILDA *saliendo.*

A dar el recado vengo
del Doctor á Doña Clara;
y que es muy tarde, sospecho;
porque, si he de hablar verdades,
me he estado pasando tiempo
en cas de unas primas mias
y un hermanito que tengo.

CARLINO.

Casilda solo faltaba;
con ella todo está lleno.

D. PEDRO.

Lastimame vuestro mal;
y asi, señora, contento
estoy de la mejoria.
Llega, Carlino.

CARLINO.

Yo llego.
Quiero animarme, hasta ver,
en qué para este embeleco.
Dadme, señora, la arteria,

y veré, si el movimiento
se dilata, ó se comprime;
porque si él está compreso,
es menester evulsion.

D. LEONOR.

Aparta, aleve: ya es tiempo
de hacer voces los suspiros,
que embarazan el haliento.
Oídme todos, que á todos
toca, lo que decir quiero.
Tú, Don Pedro, has de ser Juez,
que mires mi causa atento:
tú, Don Lope, en mí has de ver,
á lo que llega un despecho:
tù, Doña Clara, tu engaño
has de oír: y tú, Don Diego,
mas atento has de escucharme,
como principal en esto.

D. CLARA.

¡Don Diego llama á mi primo!
Algun engaño recelo.

D. LOPE.

Principal en esto, dice,
que es su amante. ¿Ya qué espero?
Sin duda que le ha trahido,
á satisfacer sus zelos.

CARLINO.

¡Es ésta la desmayada!

CASILDA.

Doctor, ahora es buen tiempo,
de dar mi recado, mientras
Doña Leonor dice verbos.

CARLINO.

Y te escuchará muy bien.
Dexalo ya.

CASILDA.

Que lo dexo.

D. LEONOR.

Todos pues, todos escuchad atentos
de mis voces los ultimos acentos,
que entre el afan prolixo de mi suerte,
y entre el temor preciso de mi muerte,
con los esfuerzos de mi sentimiento,
articulan mis labios sin mi haliento:
y tú, Don Diego, ahora, ahunque enojado
estés conmigo, al fin, como agraviado,
no me escuches sin gusto,
que no quiero impedir tu enojo justo,
ni intentan mis razones
huir mi muerte en sordas dilaciones;
y asi, quiero advertida
tu saña sobornar con otra vida.
Ya pienso, que me oíste,
quando en tus brazos desmayar me viste,
que tube amor::: ¡Oh quánto aqui me afli- [jó!
Mi turbacion entonces te lo dixo,

y mi intencion te lo repite ahora,
no para disculparme; que no ignora,
que es ociosa salida de una culpa
hacer de amor disculpa:
porque amor es delito, y yo no admito
ni ahun disculpa en aquello que es delito:
bien que su lento fuego
esconde á la razon en humo ciego,
y tiene á los sentidos
en su misma ruina adormecidos;
pero en esto nosotras le ayudamos;
que este fuego al principio le arraygamos,
y como entonces, con la llama escasa,
parece, que regala lo que abrasa,
nos dexamos llevar de su blandura,
hasta que el alma toda en él segura,
ó faltando este engaño,
se apaga el fuego, y se descubre el daño.
Digalo yo, pues hoy me ha sucedido,
que de su ardor mi pecho ví encedido,
y faltando el amor, quedé de suerte,
que me puso entre riesgos de la muerte;
cobré la vista, que cubrió el halago,
huyó la llama, y pareció el estrago.
De esta ocasion, Don Diego,
de aqueste engaño ciego,
han procedido mis errores graves:
por él dexé mi casa, como sabes;

y lo que peor es, que mi recato
fié de un alevoso, de un ingrato,
que faltando á la fee de caballero,
y á las finezas de su amor primero,
á otro amor se ha rendido,
dexando el mio en manos del olbido.
Don Lope de Velasco es el que miras:
á cuya vida convoqué tus iras:
él es, Don Diego, el que me ha ofendido,
y quien en tantos riesgos me ha trahido:
él es, el que olbidando
su obligacion á un tiempo, é intentando
la ingratitud mas rara,
por su esposa ha elegido á Doña Clara,
que es la que ves presente,
para que de mi amor triunfar intente.
Arma pues de valor la diestra honrada,
y con la mano, tremula de ayrada,
empuña el justo vengativo acero,
y cruel y severo,
derramando su sangre fementida,
cobra mi honor, y quitame la vida.

D. LOPE.

¡Que haya trahido su amante,
para que vengue sus zelos!

D. DIEGO.

¡Qué Don Lope de Velasco
es éste! ¡Valgame el cielo!

D. LOPE.

Mataråle, vive Dios.

D. DIEGO.

Mi enojo están encendiendo
amor y honor; pues empiece
la venganza. Caballero;

Empuña la espada Don Diego.

D. LOPE.

Tened; no saqueis la espada:
afuera nos hablaremos;
que delánte de mujeres
se tratará mal un duelo.

D. DIEGO.

Bien decís.

D. LEONOR.

Ya me ha pesado
de haber á Don Lope puesto
en peligro de su vida:
¡Oh amor, qué raros efectos
están luchando en el alma!

D. LOPE.

Vamos, pues.

D. DIEGO.

Vamos.

Detiene Doña Leonor á Don Diego, y Don Pedro á Don Lope.

D. LOPE.

Don Diego,
espera.

D. PEDRO.

Don Lope, aguarda.

CARLINO.

Por Dios, que el diablò está suelto.

D. LEONOR.

Señor, hermano, detente.

D. LOPE.

¡Hermano dixo! ¡Qué es esto! *ap.*

D. CLARA.

¡Hermano dixo! ¡Qué escucho! *ap.*

CARLINO.

Ahora, señores, entro
yo, que de vuestras cabezas
la confusion estoy viendo,
como no sabeis el caso.
Estadme un instante atentos,
y vereis, que vuestro enojo
viene á ser la paz del medio.

D. PEDRO.

¡Medio! ¿Cómo?

CARLINO.

De esta suerte.
Dios ponga en mi lengua tiento:

que quiere decir verdades,
y por Christo que la temo.
Tú, Don Lope, has sospechado,
que Leonor quiere á Don Diego;
y tú tambien, Doña Clara,
de los dos tubiste zelos:
pues sabed, que son hermanos,
y volvedles el incesto.
Tú, Don Diego, que Don Lope
quiere á Doña Clara tierno,
sospechas; y que á Leonor
ha despreciado por esto.
Pues es engaño; que solo,
á Leonor quiere: y yo apuesto,
que en los dos á poco rato
los cuñaditos veremos,
grave honor de los azules,
dulce afrenta de los negros.
Tú tambien, Leonor, sospechas,
que tu Don Lope ha dispuesto,
el traher á Doña Clara.
Pues sabe ahora, y Don Pedro
sepa tambien, que el amante,
que la ha trahido, es Don Diego:
que enamorado en Sebilla,
hizo aqueste fingimiento;
y asi sabrá Doña Clara,
quál es su primo derecho.

Y ahora todos direis,
que yo soy un embustero,
porque aquesto os he callado:
pues sabed, que no lo niego.
Embustero soy á secas,
que el ser Doctor, es enredo:
y asi, como no lo soy,
para mi comer receto
sustancias de Celestina
á desmayos de Galeno.

D. LOPE.

Yo de tan notable engaño
salgo gustoso, y ofrezco
á Doña Leonor mi mano.

D. DIEGO.

Con eso el enojo nuestro
cesará, y á Doña Clara,
daré la mia contento.

D. PEDRO.

Y yo á Don Garcia, iré,
á llevar las nuevas luego.

CASILDA.

Y yo me quedo, Doctor,
con mi embaxada en el cuerpo.

CARLINO.

Pues, mi Casilda, allá fuera
puedes meterte los dedos.

Y aqui espiró la Comedia;
si tubiere algun acierto,
dén para enterrarla un vitor
los señores mosqueteros.



La brevedad con que se ha procurado satisfacer los deseos del Público, ha ocasionado algunas faltas de impresion. Las principales del tom. 1. y 2. se pueden corregir del modo siguiente:

TOMO I.

En el Prólogo.

Pagina.	*Errata.*	*Debe leerse.*
CLXXXXVII.	ne Aoxas.	*de Roxas.*
173.	s de.	*es de.*
	TOMO II.	
20.	luegos.	*luengos.*
256.	rea.	*era.*
267.	traéz.	*trazé.*
415.	entendimientos.	*conocimientos.*
457.	Lucas.	*Luca.*

Otras acaso habrá mas faciles de conocer y emendar por los Lectores advertidos.

NOTA.

La gran depravacion que se nota en las ediciones comunes, ha dado lugar á el arbitrio en algunas restituciones, en que puede acaso haber alguna impuntualidad: por eso se agradecerá se comunique al editor el sentido y letra legitima en los pasages errados ú en los interpretables, por aquellos que le hayan alcanzado.



